

GUADALUPE RÍOS
EDELMIRA RAMÍREZ
MARCELA SUÁREZ

DÍA DE MUERTOS



MOLINOS
DE VIENTO

**GUADALUPE RÍOS, EDELMIRA RAMÍREZ,
MARCELA SUÁREZ**

DÍA DE MUERTOS
La celebración de la Fiesta del 2
de noviembre en la segunda mitad
del siglo XIX



91

COLECCIÓN MOLINOS DE VIENTO
SERIE MAYOR • TRADICIONES



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general

Dr. Julio Rubio Oca

Secretaría general

M. en C. Magdalena Fresán Orozco

Director de Difusión Cultural

Bernardo Ruiz

Jefe del Departamento Editorial

Mariana Bernárdez

Producción

Teodoro Villegas B.

Sección de Diseño

Lilianna Ávila del Castillo

Distribución

Cristina Dávila

Diseño de portada: Domingo N. Martínez

Ilustración de portada: *Hasta el Edén*, Manuel Núñez Nava

Fotografías de Roberto Cano Rubio

Primera edición: 1995

Primera reimpresión: 1997

© Edelmira Ramírez, Guadalupe Ríos y Marcela Suárez

© Universidad Autónoma Metropolitana

Reservados todos los derechos, 1997

ISBN 970-620-775-9

Medellín 28, colonia Roma, 06700 México, D.F.

Teléfono: 511-61-92

Fax: 511-07-17

Impreso y hecho en México/ *Printed and bound in Mexico*

PRESENTACIÓN

EL DÍA de Muertos, es una fecha tradicional en el calendario de festividades mexicanas; año con año, desde la época prehispánica a la fecha y con las transformaciones que los tiempos van imponiendo inevitablemente a las antiguas costumbres, México celebra su Fiesta de los Muertos.

En este volumen se ha querido reunir una selección hemerográfica sobre la conmemoración de los fieles difuntos, que se publicó durante la segunda mitad del siglo XIX.

Antecedem a la selección cuatro artículos, el primero presenta un panorama general del suceder del siglo XIX; el segundo sintetiza los principales elementos de la tradición decimonónica sobre el día de muertos; el tercero ofrece una reflexión sobre la ausencia y presencia de la muerte, y el cuarto habla sobre la tradición de la calavera en México.

El material reunido se obtuvo del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional. De la gran diversidad de información que conserva dicho acervo sobre el tema, se eligió una muestra representativa que diera una idea de todos los elementos que confluían para la realización de dicha festividad en la segunda mitad del siglo XIX. Como se podrá observar muchas de las costumbres aún se conservan, pero también muchas se han perdido.

Agradecemos la colaboración de Liliana G. Castro, Rosario Rodríguez, Rocío Carballar, Patricia López, Carmen Ortiz, Consuelo Camarena y Rosa Ma. Rodríguez.

2 DE NOVIEMBRE

CALLAD en torno; la materia duerme
con el eterno sueño,
y el ángel del dolor las negras alas
lúgubre agita en el hogar desierto ó

Todo concluye al fin, humo es la gloria,
nube rota el contento
aroma de una flor que se marchita
la dorada ilusión tras que corremos!

Clavad en vuestra senda la mirada,
mundanales viajeros,
allí está de los séres que pasaron
mezclado al polvo, el polvo de sus huesos!

Luchamos sin cesar por la existencia,
ay! y apenas nacemos,
junto a la cuna agita su ramaje
melancòlico el árbol de los muertos!

¿Qué vale el mundo hermoso que atesora
el humano cerebro,
si en el cráneo vacío irá más tarde
en vagos sonos á quejarse el viento?

¿Qué vale la belleza arrolladora,
si en el oscuro hueco
que abrió con diente curvo la piqueta,
asqueroso gusano roe el cuerpo!

Misera humanidad, sueña en tu orgullo,
con placeres eternos,

la brisa que arrebató tus canciones
va a gemir en el triste cementerio!

JOSÉ PEÓN DEL VALLE

(*La Juventud Literaria. Semanario de Ciencias y Artes. Tomo*
1, n. 35, México, 6 nov. de 1887, p. 278.)

DESARTICULACIÓN DE UN SIGLO

GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE

EL MÉXICO independiente atravesaba por una difícil etapa de ajustes y cambios. Las diferentes clases sociales estaban representadas por grupos que, aislados, permanecían en constante sobresalto. La rivalidad entre los diferentes partidos —primero de la monarquía y la república, después, del federalismo y el centralismo, y por último de liberales y conservadores— generó un caos en la administración del nuevo Estado.

Quienes representaban el retroceso buscaban el poder para garantizar su predominio e influencia en la esfera política, económica y social. Por otro lado, se encontraban los que, con un espíritu reformador de la situación establecida, buscaban cambios; entre éstos se encontraba gente de posición *acomodada* que se oponían terminantemente a salvaguardar los intereses de su propia clase social, pues estaban conscientes de la necesidad de que las leyes se aplicaran conforme a los principios universales de los derechos del hombre.¹

Estas condiciones de diferenciación social, así como el estado de agitación del país, condujeron a que los militares ganaran más y más fuerza en la dirección de los asuntos políticos. Los altos funcionarios, buscando un apoyo a su situación cuando ésta se volvía incierta, hubieron de darles mayores prerrogativas.²

Los constantes cambios en todos los ámbitos sociales que el país seguía experimentando hacia la primera mitad del siglo XIX, condujeron hacia el fenómeno de "empleomanía",³ según lo llamó José María Luis Mora refiriéndose a la

¹ Véase Josefina Vázquez *et al.* *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1973, t. III.

² Cf. Diego G. López Rosado, *Historia y pensamiento económico de México. Clases sociales, partidos políticos*, México, UNAM, 1974, p. 86

³ Cf. *Ibidem.*, p. 87.

destitución de jefes y subalternos en cada cambio de administración, pues el gobierno ascendente creía prudente dar empleo a sus partidarios para recompensarlos por su valiosa ayuda, con el consecuente desempleo de los trabajadores del gobierno anterior.

Como resultado de esta situación, los hombres de la administración formaron una clase que, unida al clero y al ejército, gozaba de privilegios y amasaba grandes fortunas, originando con esta actitud un odio creciente del pueblo hacia ellos.

La pérdida de dos millones cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de territorio en 1848 empezó a despertar la conciencia nacional, que entre 1827 y 1877 fue desarrollándose poco a poco entre los habitantes de la nación.

Quedaba por hacer la obra gigantesca de la reforma social y económica, tarea mucho más difícil que la de la simple emancipación política.⁴

México necesitaba acabar con la ignorancia, el fanatismo, los abusos y privilegios; enfrentar nuevamente al hombre con el trabajo para iniciar la recuperación de la industria y la agricultura.

Las actividades en el área económica, paralizadas temporalmente por las guerras, necesitaban de un impulso, pues "la agricultura se limitaba a unos cuantos productos indispensables para la alimentación; México exportaba casi exclusivamente oro y plata; el trabajo estaba estancado; los impuestos sin cálculo; el país sin seguridad; los ingresos del erario desperdiciados y el crédito interno y externo abatido".⁵

La crisis económica, ya manifiesta desde años atrás, había sido atacada por hombres preocupados por detener el catastrófico descenso del país; los gobiernos se empeñaron en crear un clima de seguridad y orden, en limpiar los caminos de homicidas y ladrones... perseguir el alcoholismo, se ocu-

⁴ Cf. Agustín Cue Canovas, *Historia social y económica de México (1521-1854)*, México, Trillas, 1976, p. 249.

⁵ Lilia Díaz, *Historia General ...*, *Op. cit.*, p. 92.

paron de establecer escuelas y hospitales, así como de mejorar el sistema penitenciario. Reducir los gastos públicos suprimiendo inútiles y reduciendo al ejército.⁶ También planteaban soluciones al problema de la población y mencionaban la situación en que se encontraban sus ocho millones de habitantes, "vestidos de pieles o de un miserable lienzo, que apenas basta para cubrirles la carne, viviendo en chozas y tan ignorantes".⁷ El resto de la población, reunido en las grandes ciudades, no vivía mejor, hundido en la miseria, sin trabajo.

A la guerra civil entre partidos, que con un carácter nacional representaban intereses reales de la sociedad en que se formaron, le siguió la guerra contra la Intervención Francesa.

La situación del país no podía ser más caótica: se sucedían un sistema tras otro, una constitución tras otra, unos gobernantes tras otros. Sin una base sólida ni legítima para todos, imperaban las facciones, así como las diferentes autoridades que por llegar al poder dejaban a un lado sus principios. El México de entonces era un país de innumerables revueltas, pero no se había visto que cambiara, de hecho, la situación general del país en favor de los desposeídos.

La revuelta de Tuxtepec, que introdujo gente nueva en el gobierno, dio a conocer, a partir de 1876, la consigna pública de... "pacificación y orden; en seguida, progreso económico, y por último, libertades políticas, siempre y cuando fueran compatibles con las ideas de disciplina y desarrollo."⁸

A pesar de los tropiezos iniciales de la administración de Porfirio Díaz, el país empezó a entrar en la senda del

⁶ José Joaquín Herrero durante su gobierno en 1848 se empeñó en crear un clima de orden. Otro intento de salvar al país es el que planteó Sebastián Lerdo de Tejada quien la reforma económica en 1853. La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, permitieron a esta sociedad delinear un pensamiento político definido. Guiada por Benito Juárez.

⁷ Díaz, *Op. cit.*, pp. 91-92.

⁸ Cf. Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía!*, México, Botas, 1958, pp. 47-67.

progreso: se reanudaron las relaciones internacionales, el comercio de exportación y de importación aumentó considerablemente, el paso del mercado local regional y nacional se realizó con cierta rapidez, favorecido por enormes adelantos que en materia de comunicación ferroviaria y telegráfica también se efectuaron.

La política económica adoptada por Díaz influyó definitivamente en el descontento de las clases populares. Esta situación tuvo un gran significado para la vida del ciudadano común, llena de privaciones, miseria e incertidumbre.

A pesar de estas circunstancias especiales, ello no impidió que los mexicanos alternaran su vida con algún tipo de diversiones.

Todos los pobladores, sin distinción de grupos sociales, podían asistir a los lugares públicos a escuchar la música que se tocaba en plazuelas y parques, acudir a los paseos tradicionales, a los teatros y a otra clase de diversiones.

Era un siglo de transición y de cambios, la población seguía celebrando las fiestas y tradiciones, como la llegada de los Santos Reyes, la Bendición de los animales, el día de la Candelaria, el martes de Carnaval, el Miércoles de Ceniza, el viernes de Dolores, el día de la Santa Cruz, el jueves de Corpus, el 13 de junio, día en que las solteras van a ver a San Antonio de Padua para que les conceda un novio, el Día de Muertos, cuando algunas familias colocaban la ofrenda para que sus deudos pudieran comer aquello que les gustaba en vida.

Los episodios de las constantes luchas por los que atravesó el país cambiarían la cotidianidad de los mexicanos. La lucha por la sobrevivencia se imponía sobre un México nuevo. Los habitantes tendrían que enfrentar la vida diaria. Paralelamente a la organización de las nuevas fuerzas políticas, sobrevinieron los cambios sociales que la propia inestabilidad del país suscitó. Cuando la república fue escenario del arribo y luego del éxodo de los ejércitos extranjeros, sus habitantes tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias

para sobrevivir. Enfrentaron la desarticulación de la vida política y económica del país y sufrieron grandes penurias: hambre, miseria, inflación, desabasto, carencia, y desorganización de los servicios y falta de seguridad civil.

Los largos años de lucha propiciaron patrones de conducta y hábitos que quedarían en la conciencia colectiva y marcarían la cultura de los mexicanos. Sus experiencias más inmediatas fueron la de preservar sus costumbres y tradiciones hasta donde les fuera posible.

LLORAR EL HUESO

HOY el pueblo en romería.
Sin enlutados crespones,
Visita los panteones
Con la mayor alegría:
Es para él este día
De júbilo y aun de exceso;
Y sin que se sueñe un Creso,
Lo que ganó en la semana,
La bota de buena gana
En ir á llorar el hueso

Al cementario convierte
En solaz, en un paseo,
Y hallar procura recreo
En la mansion de la muerte.
Nuestro pueblo se divierte,
Encuentra placer en eso;
Y sin que le falte el seso,
Sin que se burle de todo,
Goza, en fin, goza á su modo
Con ir a llorar al hueso.

Para que su sed se aplaque,
Pues el sol le ha fatigado,
Va á poner al anisado
Y al aguardiente en un jaque
En el barrio de Tlascuaque
Celebra luego el suceso;
Y para hacer contrapeso
Al dolor y á la tristeza,
Con *barbacoa y cabeza*
Se pone á llorar al hueso.

Como la cabeza empacha,
Es decir, produce ahito,
Se toma con un *molito*
Llamado *salsa borracha*.
El *mole* no tiene tacha,
Huele muy bien, lleva queso
Y chile con tal esceso,
Que no es difícil inculque
Una sed tal... sed de pulque,
O sed de llorar el hueso

Entre un trago y otro trago,
Entre si lloro, ó celebro...
Se sube el pulque al cerebro
Y allí produce un extrago.
Viene despues el amago
De un valiente, ó de un travieso,
Que cual terrible sabueso,
Ataca con ruda saña,
Y se emprende una campaña
Por ir a llorar el hueso.

La Señora del figon,
Poniendo en el cielo el grito,
Exclama: ¡Gendarme!... ¡Pito!...
¡Jesús! ¡qué revolucion!...
Prolóngase la *funcion*;
Queda, alguno patitieso...
Llega el gendarme. —¿Qué es eso?
Pregunta con voz airada;
Y alguno le dice: Nada,
Estaban llorando el hueso

Poco despues, luego que
Ninguno riñe ni chilla,
Tendido en una camilla

Yerto cadáver se vé,
Altivo, idiota, de pié
Casi con febril acceso
Está el matador; y preso,
Por disposicion de un juez,
Estará seis años... diez...
Pero fué á *llorar el hueso*

Así, de épocas atrás
Se llora á los que murieron,
A esos séres que se fueron
Para no volver jamás...
¿Y, aun así te llamarás
Siglo, de luz y progreso?...
Un cadáver, un proceso,
Un crimen... ¡Profanacion!
¿Esa es, pueblo tu oracion?
¿El ir á llorar el hueso?

LUIS G. IZA

(*La Tribuna*. Suplemento al n. 335, t.II, México, 2 nov.
1880, [sin pag.])



Llorando al hueso.....
En el Pantón de Dolores

Visitaron desde luego al Sr. Gobernador con quien tuvieron privada entrevista, y en seguida, acompañados del Sr. Dr. Municipal Ramón E. Trujillo, pasaron al Instituto donde se hallan en este momento. De allí pasaron a visitar al algunas enfermas de la Sección de las niñas de hoy.

Los representantes médicos fueron en la mañana al Hospital de Niños y para darles a conocer sus trabajos en el Hospital de Niños, y para darles a conocer sus trabajos en el Hospital de Niños, y para darles a conocer sus trabajos en el Hospital de Niños.

LA FIEBRE AMARILLA
EN TAMPICO

Decrecimiento de la epidemia en la República

Hoy se ha informado que en el Departamento de Tampico, continúa en gran grado al Consejo Superior de Higiene y Sanidad, algunas estadísticas que demuestran una gran disminución.

En el Departamento de Tampico, continúa en gran grado al Consejo Superior de Higiene y Sanidad, algunas estadísticas que demuestran una gran disminución.

Victima de un Atrocarril
CORRESPONDENCIA RETARDADA

En el Departamento de Tampico, continúa en gran grado al Consejo Superior de Higiene y Sanidad, algunas estadísticas que demuestran una gran disminución.

ALEGRÍA, DERROCHE Y DIVERSIÓN
EN LA FIESTA DE LOS MUERTOS
DECIMONÓNICA
EDELMIRA RAMÍREZ LEYVA

*En la calle de la gran Tenochtitlan
hay gran fiesta y mucha gala en los
panteones, las familias mudan los
adornos de sus salas a los sepulcros
de sus deudos.*

Juan Panadero

SI BIEN durante la segunda mitad del siglo XIX, el día dedicado a la conmemoración de los fieles difuntos se consideraba un día solemne, melancólico, lleno de lágrimas y añoranza por los parientes y amigos muertos, de hecho era una mera formalidad, pues la realidad remitía a un verdadero día de fiesta colectiva, con tintes carnavalescos, llena de animación, alegría, gozo, comilonas, representaciones, gozo y en donde todas las clases sociales mostraban sus diferencias.

Algunas de las crónicas decimonónicas¹ señalan que la naturaleza se vestía a tono para celebrar a los muertos; así rememoraban el otoño como un mes melancólico, frío, triste, donde el amarillo de las hojas caídas enmarcaba la desnudez de los árboles, ofreciendo el paisaje perfecto para recordar a los muertos. Esto no debería verse como una coincidencia, pues de hecho, en general, hay una íntima relación entre las fiestas y las estaciones, así la conmemoración de los muertos es la fiesta del otoño, situada justamente antes de las dos grandes fiestas de invierno del calendario mexicano, la de la Virgen de Guadalupe y la de Navidad.

¹ Veáanse, por ejemplo, *La Sombra*, t. II, n. 71, 2 nov. 1866, p. 1. y la *Revista de Mérida*, año, 7, n. 1, Mérida, 6 nov., 1873, p. 3

Esa atmósfera melancólica del otoño, que parecía estar a tono con la recordación de los muertos, no era, como se dijo anteriormente, la característica emotiva que reinaba durante la fiesta de los difuntos, ya que el gran movimiento generado por los preparativos del festejo, creaba un ambiente de tensión prefestiva, en donde predominaban el bullicio y la agitación, y no precisamente un decaimiento del ánimo. Pero junto a los grupos que se preparaban para la celebración, también estaban los que observaban el recogimiento, la práctica de la oración, las lágrimas y el recurso doliente de los ausentes, es decir, una postura más apegada a la ortodoxia establecida por la Iglesia para esa fecha. De esta manera, se puede decir que ambos estados convivían en el día de muertos, pero con una predominancia del ambiente festivo, como lo constatan las crónicas de la época.

Así pues, junto a la fiesta popular convivía el ritual católico, y en este sentido no hay que olvidar que la asignación de la fecha de la conmemoración de los fieles difuntos fue establecida por la Iglesia, específicamente, al parecer, por el benedictino San Odilón, Abad de Cluny, quien hacia el 1049, a través de una revelación, fija el dos de noviembre para dedicarlo a las ánimas del purgatorio, lo cual fue apoyado y difundido por los Pontífices, generalizándose así la fecha de la conmemoración.²

Resulta curioso, que en el calendario religioso de la época no aparecía el 2 de noviembre como día de guardar, pero en cambio sí se consignaba la visita a los cementarios y el ornato de que eran objeto en todos los lugares del país.³

El ritual católico para celebrar a los muertos, desde San Odilón, consistía en la aplicación de misas, sufragios, oraciones de diversos tipos, responsos, limosnas y oblacones; siendo las plegarias la forma activa que tenían los vivos para ayudar a los muertos, incluso se vendían unas hojitas impre-

² Véase "La conmemoración de los fieles difuntos", *El Universal*, México, 2 nov. 1890, p. 2.

³ *Almanaque Mexicano de Artes y Oficios*, México, 1895, p. 84.

sas con varias oraciones que se podían adquirir a un precio mínimo.⁴

La fiesta popular para conmemorar a los muertos distaba mucho del recogimiento señalado por el ritual religioso, pues aunque la gente festejaba según sus recursos, había un derroche generalizado para cubrir los diversos requerimientos que exigía la festividad.

En el siglo XIX, había diferentes formas de recordar a los muertos, según la región del país y la clase social, aunque había costumbres que confluían: una de ellas y tal vez la más importante, era la visita a los muertos en su espacio terrenal, esto es, a los cementerios.

Todos los cronistas del dos de noviembre aluden a la gran cantidad de personas que visitaban los panteones,⁵ acto que se constituía, prácticamente como el paseo y punto de encuentro obligados de todos los sectores de la población.

Si a lo largo del año, los cementerios eran espacios donde los muertos reposaban solitariamente, resignados al abandono, el día de su fiesta, los panteones se convertían en lugares de sociabilización; en el espacio más importante donde se efectuaba la celebración colectiva, en donde convivían los vivos con los muertos.

Ahí, en los cementerios, los diversos grupos sociales mostraban su actitud frente a la muerte. Los de la clase alta, tomaban el paseo como un pretexto ideal para exhibir su vestuario, especialmente elaborado para tal día, así como sus joyas y el lujo que concedían a sus muertos a través de

⁴ Veáanse “La conmemoración [...], *loc. cit.* ; “Conmemoración de los fieles difuntos”, *El Album de la Mujer*, año 3, t. 5, n. 17, México, 1 nov., 1885, p. 167; V. Agüeros, “Día de finados”, en *El Apostolado de la Cruz*, t. I, n. 27, México, 1 nov. 1896, p. 389 y F. Flores Alatorre, “Los muertos”, en *El amigo de la Verdad*, 2a ép., año XVII, t. IV, n. 95, México, 31 oct, 1889, p. 1.

⁵ Al respecto se pueden consultar los siguientes periódicos: A. Puntador, “A telón corrido”, *El Gil Blas Cómico*, n. 25, oct. 28, 1895, p. 1; Micrós, “Funerales indígenas”, *El Mundo Ilustrado*, México, 1 nov, 1896, p. 279 y Espinel, “El otoño y las fiestas de noviembre”, *La República*, año I, vol. I, n. 215, oct. 31, 1880, p. 1.

monumentos, coronas, crespones, flores, cirios; en contraste con las clases de menores recursos, especialmente con los indígenas, que convivían con sus muertos en torno a las tumbas, mediante ofrendas, que colocaban sobre manteles blancos o bordados de colores, y en las cuales no faltaba el agua, el bizcocho de muerto, el chocolate, la fruta, las resinas, el mole de guajolote, las bebidas fermentadas, las rosas de papel negro y desde luego, mucho *cempazuchil*, para finalizar dando rienda suelta a la comilona, a la bebida y terminando muchas veces en riñas, muertes o cárcel, y desde luego con el campo santo convertido en un basurero.⁶

Por todo lo anterior, el dos de noviembre los panteones cobraban una animación inusitada, además, el amarillo naranja de la flor de muerto —la flor de la época y la preferida de los indígenas para ofrecer a sus muertos desde la época prehispánica— les daba un colorido de luz y vitalidad singular, que contrastaba con las lúgubres y presuntuosas coronas y crespones, típicas ofrendas de la clase acomodada. Las luces de los diferentes tipos de ceras que se ofrendaban, más los farolillos de cristal o papel que también colocaban en las tumbas, agregaban una nota de calidez y luminosidad que creaban una atmósfera especial.

La tradición de la ofrenda procede de las antiguas ceremonias prehispánicas; en el siglo XIX la costumbre aún estaba viva, pero mantenida esencialmente por los indígenas y las clases bajas, pues no era aceptada por la Iglesia; y las clases acomodadas la veían con malos ojos; no es sino hasta el siglo XIX que se revaloriza la costumbre.

En el mundo prehispánico, la ofrenda derivaba de las creencias que tenían sobre los muertos, así por ejemplo para los aztecas "el alma, el espíritu que sobrevivía tenía aún [...] muchos atributos materiales, [así] tenían [...] que alimentarse, que usar de sus armas, que beber su agua, y en determinados días, las familias hacían presentes a sus antepasados muertos,

⁶ Véase Micrós, *loc. cit.*

de alimentos y licores y otras ofrendas, por conducto de los sacerdotes".⁷

Según otros "a la muerte de algún individuo de su familia (los aztecas), hacían la cremación del cadáver y las cenizas eran guardadas en urnas, juntamente con fragmentos de metales preciosos, esmeraldas, tamales (y) grandes flores amarillas llamadas *zempoalzoचित*".⁸

Para el siglo XIX, los indígenas aún conservaban algunas de sus antiguas costumbres, aunque poco a poco, —obligados por las circunstancias o penetrados de las ideas cristianas, por la insistencia de la Iglesia— fueron contaminando sus rituales, así por ejemplo, solicitaban responsos por el alma de sus muertos, pero no creían que sus almas estuvieran "ya en el cielo, ya en el purgatorio, sino que aún vaga(ban) en la tierra, tomando participación más o menos directa en la vida humana, beneficiando a los buenos, librándolos de sus enemigos, o bien inspirando sombríos terrores y malas ideas a los malos; para uno y otro objeto [era] necesaria la ofrenda propiciatoria."⁹

Se podría decir que en el siglo XIX había dos tipos de ofrendas, la mencionada que se ponía sobre la tumba y la que se ofrecía en las casas, la cual se colocaba en un improvisado altar con agua, veladoras, flores y algunos otros elementos según las posibilidades de cada familia; pero había variantes, según las diversas regiones del país, pues cada una tendía a incluir sus productos típicos, como en el caso de Teololoapan, que citaba *El Universal* de 1893, en donde los pobladores utilizaban mucha cera para sus ofrendas, —por ser zona productora—, al grado que las familias entraban en competencia para ver cual regalaba con más luces a sus muertos.¹⁰

⁷ "Culto a los muertos", *El Mundo*, México, 2 nov. 1897, p. 1.

⁸ "El día de muertos", *El Universal*, México, 2 nov., 1893, p. 1.

⁹ "Culto a los muertos", *loc. cit.*

¹⁰ Cf. "El día de muertos", *El Universal*, *loc. cit.*

Pero volviendo a la visita a los panteones, un periodista de la época describe en los siguientes términos la estancia en la tumba: "El día consagrado á los difuntos, toda la familia se traslada al cementerio desde las primeras horas de la mañana, allí sobre la tumba de sus muertos colocan lo que llaman la ofrenda, flores, frutas y velas de cera, se sientan alrededor y permanecen todo el día; a las doce almuerzan de la colación que llevan consigo, liban todo el día en el colosal jarro de pulque, y de esta manera, como ellos dicen, lloran el hueso."¹¹

Cuando la gente no almorzaba en torno a la tumba, se proveía de alimentos comprándolos en los puestos, que con ese objeto se colocaban en los lugares de los paseos; comida típica de la temporada, era la cabeza enchilada de carnero o de otro animal; las que también, cuando tenían recursos, colocaban sobre las tumbas.

El exceso en el comer y el beber no debía verse como un mero acto de gula, sino habría que enmarcarlo dentro de la fiesta popular, en donde adquiere un estatus de comida ritual, y no sólo de glotonería, como los periodistas de la época insistían en calificar, así por ejemplo, Fortun afirmaba en 1851, "que para celebrar este fúnebre aniversario, recurrimos al estómago, nuestro pueblo en esto es muy español, la semana santa se harta de peces raros, la noche buena toma la ensalada de vetabel y de cacahuates, las pascuas almuerza barbacoa, y el día de muertos se precisa mucho dulce;"¹² y Ciriaco del *Centinela Español*, comentaba que, "como en México no han fiesta sin indigestión popular, los comerciantes se apresuran a armar sus tiendas y barracas en la plaza principal para vender los dulces de costumbre."¹³

¹¹ Juvenal, "México y sus costumbres", *Revista Semanal*, México, 7 nov. 1872, p. 3.

¹² Fortun, "Día de Muertos", *El Siglo Diez y Nueve*, México, nov. 3, 1851, p. 1117.

¹³ D. Ciriaco, "Costumbres mexicanas. El día de muertos", *El Centinela Español*, t. 1, n. 97, México, 31 oct. 1880, p. 2.

Desde luego, no se trata de indigestarse o de recurrir al estómago para celebrar las fiestas en México, sino que la comida es uno de los elementos importantes y de carácter univesal en las fiestas, pues hay que recordar que como afirma Pieper, "celebrar una fiesta" es un acto de afirmación del mundo y de la vida, es un asentimiento a esa realidad mundana, hecho de manera extraordinaria."¹⁴ Por su parte Cox y Moltmann consideran "dos notas típicas en la fiesta, a saber, como el exceso y la crítica, la burla, la risa [...] estos dos rasgos [dan] por resultado un contraste evidente, una yuxtaposición entre la vida cotidiana y la festiva. Se constata en la fiesta esa vida exhuberante, pródiga, pero no simplemente bajo el signo de la afirmación y el asentimiento, sino también de la contradicción, la confrontación y el desajuste."¹⁵ Nietzsche y Freud también señalan "el exceso, la prodigalidad, el derroche, el despilfarro y la transgresión de los límites prohibiciones, tabús, etc., como característica de lo festivo."¹⁶

Así pues, la comida que se preparaba con tanta acuciosidad para el día de los muertos formaba parte de los elementos centrales del festejo. Además se podría decir que en el caso específico del día de los difuntos, la comida tiene un valor especial, pues se asocia a la manutención de la vida, y justamente se celebra la muerte afirmando la vida con sus aspectos más primarios. Además, la comida no sólo es para los vivos, sino que lo importante es que se comparte con los muertos y ellos, por lo menos según los antiguos mexicanos, sí responden a la ofrenda.

No sólo los indígenas otorgaban un valor importante a la comida, también las otras clases sociales se dedicaban a su preparación con anticipación; un inventario general de los platillos que se elaboraban en la época dará una idea de su

¹⁴ J. Pieper, citado por L. Maldonado en su libro *Religiosidad popular. Nostalgia de lo mágico*, Madrid, Cristiandad, 1975, p. 200.

¹⁵ Cox y Moltmann citado en *ibid*, p. 203.

¹⁶ Citados en *loc. cit.*

variedad: calaveras de dulce y alfeñique, juguetes de azúcar, como esqueletos, féretros, demonios que cargaban con los muertos, ánimas envueltas en llamas, tumbas, ánimas, entierros de garbanzo, obispos de dulce, trinitarios de cabeza de garbanzo, borreguitos; chocolate, frutas frescas y cubiertas, mole de guajolote, cabezas enchiladas de becerro, borrego o chivo cocidas al horno, con su cebolla en los ojos y en el hocico, sacando los dientes, con salsa borracha, acompañada de chito y frijoles gordos; la barbacoa; los platos de ponche que se elaboraban con leche muy hervida, panocha y maíz molido; el *chacualole*, que era un dulce de calabaza hervida en agua, con panocha y pepitas enteras; tejocotes con hueso; pescados de jalea de tejocote, figuradas sus escamas con oro volador; muertos de jalea de tejocote; grandes tortas de maíz cocido, las inmensas calabazas en tacha, los grandes bizcochos de muerto, el turrón de almendra; dulce de chilacayote y calabaza, fruta de horno, puchas, y marquesote. Por lo que toca a las bebidas, se pueden mencionar las aguas frescas, bebidas fermentadas, pulque, aguardiente y vino.

De acuerdo al breve inventario citado, predominaban los dulces, que al parecer se hacían en gran escala. Se comía mucho dulce en el día de los muertos, tal vez para balancear el acre recuerdo de la muerte con el dulzor del azúcar.

Cabe apuntar, que la comida del día de muertos, variaba: según la región de país, en donde se realizaba la celebración. El cuidado con el que respetaban las recetas originales, da cuenta de la importancia que concedían a la comida, en la que incluso, su preparación se convertía en un verdadero acto ritual.

Como se dijo anteriormente, el exceso en la comida forma parte de lo permitido en las fiestas, pues éstas constituyen un corte en el tiempo cotidiano, y se convierten en tiempos especiales, donde el comer y el beber sin límites forman parte del festejo.

Pero en el día de muertos decimonónico, el derroche, el despendio, el exceso no sólo se refería a la comida, también

se gastaba en el vestuario, pues todos, fueran hombres, mujeres o niños, tenían que estrenar ese día, ya que los paseos eran los momentos ideales para lucirse, competir o seducir.

Después de la visita a los panteones que terminaba a las dos de la tarde para las clases acomodadas, continuaban en la tarde con otros paseos, por ejemplo el del Zócalo y el de la Alameda, y más tarde asistían a la imprescindible representación del Tenorio u a otro tipo de representaciones típicas del día, como las calaveradas. Las clases bajas, en cambio, disfrutaban con los títeres, que se presentaban en barracas que se ponían en torno al Zócalo, con disgusto de las clases altas que las veían con desprecio, pero que al pueblo, al parecer, le gustaban mucho.

Todas esas costumbres populares que se realizaban el Día de Muertos daban mucho que decir a los periodistas de la época, que hablaban de la formalización y candelarización de la fiesta de muertos, de tal manera que criticaban el que se les recordara sólo una vez al año y de acuerdo al calendario establecido por la Iglesia; advertían que el recuerdo y el pesar por los ausentes poco tenía de sincero, así Gutiérrez Nájera afirmaba: "Hoy es el día en que, para quedar bien con los vivos, nos acordamos de los muertos. Pudiera creerse que expulsamos a los difuntos de los demás días del año con el fin de que no nos estorben, y que nada más les permitimos salir, esto es, recibir en su casa, el día dos de Noviembre."¹⁷

Había también quienes reprobaban severamente las costumbres mundanas para conmemorar a los difuntos; generalmente las consideraban desde el ángulo religioso, por ejemplo Francisco Flores Alatorre advertía que "no reprobamos el que las tumbas se adornen, sino el espíritu con que esto se hace. Poner por pedestal de la vanidad humana las cenizas de nuestros padres o bienhechores, escribir con estas demostraciones sobre sus tumbas la palabra 'recuerdo' cuando el corazón pronuncia la palabra 'olvido', es una mentira

¹⁷ El Duque Job, "Noviembre dos-1890", *Revista Azul*, t. IV, n. 1, 3 nov. 1895, p. 1.

que repugna. El cariño se demuestra haciendo el bien a los que amamos, y sólo la oración y buenas donas pueden aprovechar a las almas que duermen en el Señor."¹⁸

Otros reprobaban la fiesta, la alegría, el holgar de los vivos so pretexto de los muertos, Luis G. Iza es un representante de esta corriente: "Lleguemos al cementerio, pero no en romería, ni en son de fiesta, lleguemos, sí, con la frente inclinada por la meditación y con el corazón. Lleguemos á visitar á los muertos; pero no a profanar sus sepulcros con el ruido de nuestra algaraza y con nuestras observaciones impías."¹⁹

Por otra, parte es interesante observar el hecho de que todos los actos que formaban parte de la fiesta de los muertos derivaban a su vez en una serie de consecuencias económicas positivas para varios sectores de la sociedad, pues generaba una derrama considerable de dinero, que se traducía en beneficio para varios sectores de la sociedad. Por ello "después de todo, [comentaba un periodista] si consideramos esta vanidad de los ricos desde un punto de vista puramente mercantil, encontraremos que tiene su utilidad. Da dinero a las canterías, da trabajo a los arquitectos y escultores, produce derechos al fisco, desarrolla el gusto suntuario de los sepulcros [...] produce también un movimiento extraordinario en muchas ramas de la vida industrial, los jardineros ganan mucho con sus ramilletes, lo cual hace progresar el cultivo de las flores, los que labran cera, ganan con la venta de los cirios, lo cual mantiene el cultivo de las colmenas [...] los empresarios de ferrocarriles se llenan los bolsillos este día, las modistas ven llegar el día de muertos con alborozo [...]"²⁰

¹⁸ F. Flores Alatorre, *Op. cit.*, p. 1.

¹⁹ Luis G. Iza, "Los vivos y los muertos", *La Tribuna*, t. II, México, 2 nov., 1880, p. 1.

²⁰ "El Día de Muertos. (Los Inmortales)", *La República*, vol. VIII, n. 133, México, 2 nov. 1883, p. 1.

Pero desde luego, estaba la contraparte de los beneficios, pues el saldo negativo de la festividad se traducía en robos, riñas, muertos, presos y el gasto excesivo para los padres de familia, quienes a la postre eran los que costeaban la dispendiosa fiesta.



MUERTE

... Y LA muerte decía:

Yo soy la encantadora y triste maga,
Que al segar el amor y la alegría,
La fiebre del dolor por siempre apaga.

La vida es el ensueño,
Más el perpetuo despertar la quiebra;
Y yo vierto los ojos el Beleño
Que al infinito enhebra.

Que haya otra vida quieres...
Para qué te entristeces, por qué río!
Yo soy lo que tu hallaste en las mujeres!
Soy la consolación para tu hastío!

Que hay otra vida, sueñas...
¿No ves que de ambición eres el germen?
Tu mal es incurable y me desdeñas!...
Dichosos son los que en mis brazos duermen!

Reclínate, ven luego,
ya viviste, gozaste y padeciste...
Quema mi boca inextinguible fuego,

Anda, ven, estoy triste!
Vivir es florecer en primavera
y tu ya floreciste!... es la caída!
No morirás mientras que yo no muera...
y tu vida es mi vida!

RUBÉN M. CAMPOS

(*El Mundo. Semanario Ilustrado*. T. II, n. 18, México, 1 nov., 1896, p. 278.)

EL MUNDO.

MEXICO, DOMINGO 1.º DE NOVIEMBRE DE 1906

NUM. 4



2 DE NOVIEMBRE, Por J. M. Villasana.

Maldito, ya no se qué sentiré—¡Oh dolor del extranjero!— ¡por cuánto he deseado el volver!— ¡pero! ¿por qué? ¿Por qué?

LA MUERTE COMO AUSENCIA

MARCELA SUÁREZ ESCOBAR

COMO ESTRATEGIA de supervivencia, la humanidad ha organizado su experiencia inmediata a través de la construcción de modelos culturales. Estos modelos varían de acuerdo a las distintas realidades y a las diferentes capacidades o aptitudes de los grupos para “colorear” o alterar esas realidades.

La muerte es el miedo mas grande del hombre, porque conlleva las nociones de fin, de ausencia, de angustia, de dolor y de vacío, y porque implica las situaciones de cambio y transformación. Todo esto ha impulsado a las culturas a construir ideas y creencias sobre la muerte, la vida y la inmortalidad. La idea principal radica en la negación del fin y de la ausencia, el problema de la necesidad de la eterna presencia.

La angustia y el miedo están vinculados a la noción de pérdida, y esto origina la búsqueda de poderes suprahumanos, y con ellos, la creación de discursos religiosos y de poder. Esta construcción conlleva la elaboración de conceptos y categorías primero, y discursos y normas después. Se inventan así los dioses, la forma de relacionarse con ellos, y ligado a esto los valores, las reglas, y la construcción de las ideas enlazadas con el asunto de la inmortalidad.

Inmerso en los pensamientos de vida y muerte aparece el culto a la madre como idea cíclica de renacimiento, y unida a esta noción, la de la posible resurrección a través de un nuevo nacimiento, la muerte como una metamorfosis que genera de nuevo vida, ya sea terrenal, o espiritual en el “mas allá”. La preocupación fundamental se centra en la inmortalidad o reintegración y tal vez, para los ateos, en el problema de la trascendencia.

De esta manera la angustia por la muerte ha sido una de las condiciones básicas para la existencia y construcción de

las religiones a lo largo de la historia de la humanidad, al mismo tiempo que las reacciones ante la muerte expresan las actitudes ante la vida, y constituyen un reflejo de las mentalidades colectivas y de la religiosidad de las diferentes culturas.

La idea de la muerte estrechamente adherida a la vida puede incluso expresarse a través de símbolos de regeneración de eterno retorno, ya sea a través del sacrificio de los héroes religiosos, de sacrificios de animales o de víctimas expiatorias.¹ El miedo a la desaparición conduce a la realización de actividades para el logro de "la salvación", salvación que puede interpretarse como la posibilidad de continuación de la vida o regeneración de ella. Gran parte de estas acciones se organizan para construir los ritos.

El hombre es el único ser vivo que sabe que va a morir. En situaciones históricas de crisis y de gran mortandad de seres humanos por enfermedades, guerras o hambres, la angustia que genera la muerte puede conducir a las personas a la violencia y a su propio exterminio, por ello los dirigentes intentan combatir la desaparición del grupo enlistando males y buscando agentes, y así transforman la gran angustia en pequeños miedos, más manejables, más combatibles.² La angustia se canaliza así hacia la fabricación y exterminio de culpables.

En México, en el universo prehispánico la muerte tuvo como concepto y realidad una gran importancia. Los hombres consideraban que la muerte y la vida se encontraban unidos "siendo una consecuencia de la otra",³ y en particular en la sociedad mexicana, en donde la dependencia de la agricultura y la guerra eran fundamentales para la supervivencia. La madre tierra apareció simbolizando los orígenes,

¹ Cf. María de Jesús Buxo y Rey. La inexactitud y la incerteza de la muerte, Carlos Álvarez Santaló, coord. *La religiosidad popular*. T. II, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 205-223.

² Cf. Jean Delameau. *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 40-41.

³ Cf. Eduardo Matos Moctezuma. *El rostro de la muerte*, México, G.V. ed. 1991, p. 35.

y la muerte en lucha, la victoria. Se pensaba en dos destinos diferentes para el cuerpo y para el alma: para el primero la tierra como alimento para Tlaltecuhltli, y para la segunda o Teyolía, la Casa del Sol, el Tlalocan o el Mictlan.⁴ Los cuerpos de los individuos fallecidos por muerte natural se colocaban en posición fetal para ser incinerados o enterrados; quizá todo esto constituyera la búsqueda del retorno al vientre materno para poder renacer.⁵

En religiones como la cristiana la insistencia en la vida desemboca en la construcción de conceptos y símbolos alrededor de la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma. Es la negación de la muerte en la obstinación de la inmortalidad del alma, y aquí, el problema es el futuro de ésta y su eterno sufrimiento o felicidad, así como las obras que generaron uno u otro destino. Para el mundo cristiano se creó la idea del pecado y del purgatorio, y este se convirtió en un instrumento muy importante para la promoción de obras y méritos. De este modo se canalizó la angustia, porque "la muerte era temida, pero mas que la muerte en sí, se temía morir en pecado",⁶ por ello en occidente desde entonces, gran parte de la preocupación se desvía hacia el tema de "el bien morir".⁷

La muerte cercana

En la cultura mexicana urbana de finales del siglo XX existe el consenso del sostenimiento del silencio cuando se trata de

⁴ Cf. Eduardo Matos Moctezuma. *Vida y muerte en el Templo Mayor*. México, INAH, 1994, pp. 48-52.

⁵ Cf. Eduardo Matos. *El rostro de la muerte*, *Op. cit.* p. 31-32.

⁶ Cf. Juan del Arco. *Religiosidad popular en Jaén durante el siglo XVIII*. Carlos Álvarez Santaló coord. *La religiosidad popular*. T II. Barcelona, Anthropos, 1989, p. 311.

⁷ Una de las funciones de la aparición de la asistencia hospitalaria en México en el siglo XVI, fue que dentro de la reproducción de valores cristianos en la "conquista espiritual" era muy importante preparar al agonizante para "el bien morir". La presencia de altares y la celebración de misas en los hospitales, fueron tan imprescindibles, como la atención médica y la dotación de medicinas. Véase Marcela Suárez. *Hospitales y sociedad en la ciudad de México en el siglo XVI*. México, UAM, 1988, *passim*.

nuestra muerte o de la muerte de personas queridas y cercanas. Se intenta ignorar y callar, y para ello se utilizan mil subterfugios, desde el alejamiento de la idea a través de la mentira o el ocultamiento, hasta el distanciamiento de la muerte cuando se confina al enfermo terminal en alguna institución.⁸

Es difícil pensar en la muerte personal o cercana, aun cuando tenemos la certeza de ese hecho fatalmente inevitable. El terror que da la noción de fin puede generar diversas respuestas, desde la negación de la probabilidad de morir, hasta la aceptación serena del hecho, y en el caso de aquellos que tienen la posibilidad de conocer su próxima muerte, la tranquilidad de contar con la oportunidad de prepararse y organizar su última acción humana, la de morir.

El ocultar la verdad o el conocimiento del deceso, despoja al individuo de su último derecho, el de organizar su muerte, el de compartir sus miedos, el de la viabilidad de una relación de amor, cariño y solidaridad para el momento final de todos. Todo ser humano requiere de una mínima dosis de cariño y reconocimiento para poder vivir, pero al que conoce de su muerte próxima, hay que brindarle todo el calor humano, ternura y afecto que se pueda dar. Las mentiras sólo generan desconfianza ya que en el amor y cariño va implícita la verdad. Para el que sabe de su próxima muerte, quizás sea el tiempo para subsanar las irregularidades que se cometieron en la vida, o también, por que no, el momento de organizar su ritual funerario, el último acto social.

Recordando nuestra herencia colonial, ya en la España de los siglos XVII y XVIII el testar era una actividad que complementaba "el bien morir", así lo señalaba el jesuita Nieremberg en su "ars bene moriendi partida a la eternidad":

...postrer remedio, que aprovecha
para que el alma no se turbe, ni

⁸ Cf. Asunción Álvarez. *El enfermo ante la muerte*. Revista Ciencias No. 38. México, UNAM, jun. 95, p. 13.

espante con el miedo a la muerte,
es hacer con salud el testamento,
y ordenar y disponer todas sus cosas,
como dijo el profeta Isaías al rey
Ezequías, y lo aconseja San Agustín..⁹

Hoy el tener la oportunidad de despedirse constituye un elemento fundamental para la tranquilidad previa al deceso.

La obtención de tranquilidad sólo puede ser en tiempos anteriores al fallecimiento, porque nunca podemos sufrir la propia muerte, no nos percatamos de ella porque simplemente es la terminación de nuestra vida. Puede sufrirse la crisis previa a la muerte, o la idea de la muerte, pero la muerte en sí misma, jamás.¹⁰

Los rituales y ofrendas

Posiblemente los que rodean al fallecido, experimenten un miedo o sufrimiento mayor que el que se sabe próximo a morir, e independientemente de la religión que profesen, la reacción humana puede ser de dos formas: un intento de acercamiento a lo sagrado a través de oraciones, o la construcción de rituales "que celebren la vida para liberar la angustia y apaciguar el miedo provocados por la desaparición de la persona".¹¹

Los que quedan vivos intentan honrar la memoria del fallecido, conservar de alguna manera sus huellas dejadas en vida, y el dolor de los deudos con frecuencia se convierte en trabajo y buenos deseos. De esta manera, el crear una ofrenda al muerto o para el muerto, puede significar que se este pensando en una muerte temporal o relativa, en un retorno posible o en un tránsito hacia la otra vida.

⁹ Cf. Citado por David González y Manuel José de Lara, en *Actitudes ante la muerte en los hospitales sevillanos*, Carlos Álvarez Santaló, *Op. cit.*, p. 276.

¹⁰ Cf. León Olivé. *La muerte, algunos problemas filosóficos*, *Revista Ciencias* No. 38, México, UNAM, Abril-Junio de 95, *passim*.

¹¹ Ma. de Jesús Buxó, *Op. cit.*, p. 217.

De esta manera cuando se piensa en muerte y en rituales funerarios o en ofrendas mortuorias, es necesario acudir a la noción de hierofanías,¹² de aquello que manifiesta lo sagrado. En este sentido es importante reflexionar sobre la tierra madre que une a los vivos y a los muertos, los muertos que vigilan la simiente para los vivos y alimentan con su cuerpo la tierra, y que a través de diferentes rituales regresan al "gran útero" para su regeneración; en los vivos que ofrendan a los muertos para proteger las cosechas y su propia vida, y así en la fertilidad, la fecundidad y las fiestas agrarias, la agricultura y las simientes, unidas a los muertos.¹³

En el mundo cristiano occidental el discurso religioso creó el purgatorio y la presencia de los muertos entre los vivos, "con el permiso de Dios y para el bien de los vivientes",¹⁴ y desde entonces los muertos están con nosotros como compañeros, cómplices, parásitos, huéspedes o enemigos, y tanto para su "salvación" a través de ritos post-mortem, como para la tranquilidad y supervivencia de los vivos, se ofrenda dentro de una religiosidad muy cercana a la utilidad.

El final

Si consideramos la muerte como final o límite, y aceptamos que pueden existir distintas formas de morir, independientemente de la desaparición física de los individuos,¹⁵ quizá entonces la mejor forma de enfrentarnos a la muerte, no sea a través de un análisis sobre el límite de la vida, ni

¹² Cf. Mircea Eliade. *Tratado de historia de las religiones*, México, ERA, 1988, p. 21.

¹³ Cf. *Ibid.* pp. 318-319. Véase también Eduardo Matos, *El rostro de la muerte*, *Op. cit.*, passim.

¹⁴ Cf. Jean Delameau, *Op. cit.* p. 125.

¹⁵ León Olivé afirma que cuando una persona dejó de ser la persona que era, y cuenta con un futuro nuevo, murió, porque las personas son el conjunto de factores físicos, psicológicos y externos, todos ellos agrupados, y la muerte de la persona se da cuando existe una ruptura de esa condición de reagrupamiento, que además incluya la conciencia, la memoria, y la capacidad de proyectar un futuro. León Olivé, *Op. cit.*, p. 34.

como el inicio de otra, sino como parte de la vida misma y desde el punto de vista de la acción del hombre.

Independientemente de cualquier religiosidad, o más bien lejana de ella, la aptitud de enfrentarse a lo finito, privilegio único del hombre y tal vez lo único que lo distingue de los otros seres, genera fuerza interior, y capacidad de razonamiento para la posibilidad de búsqueda del sentido de todas las cosas.

"REQUIEM"
PARA JOSÉ M. OCHOA

¡OH SEÑOR, Dios de los ejércitos,
eterno Padre, eterno Rey,
por este mundo que creaste
con la virtud de tu poder;
porque dijiste: *la luz sea,*
y a tu palabra *la luz fue,*
porque coexistes con el Verbo,
porque contigo el Verbo es
desde los siglos de los siglos
y sin mañana y sin ayer,
requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!

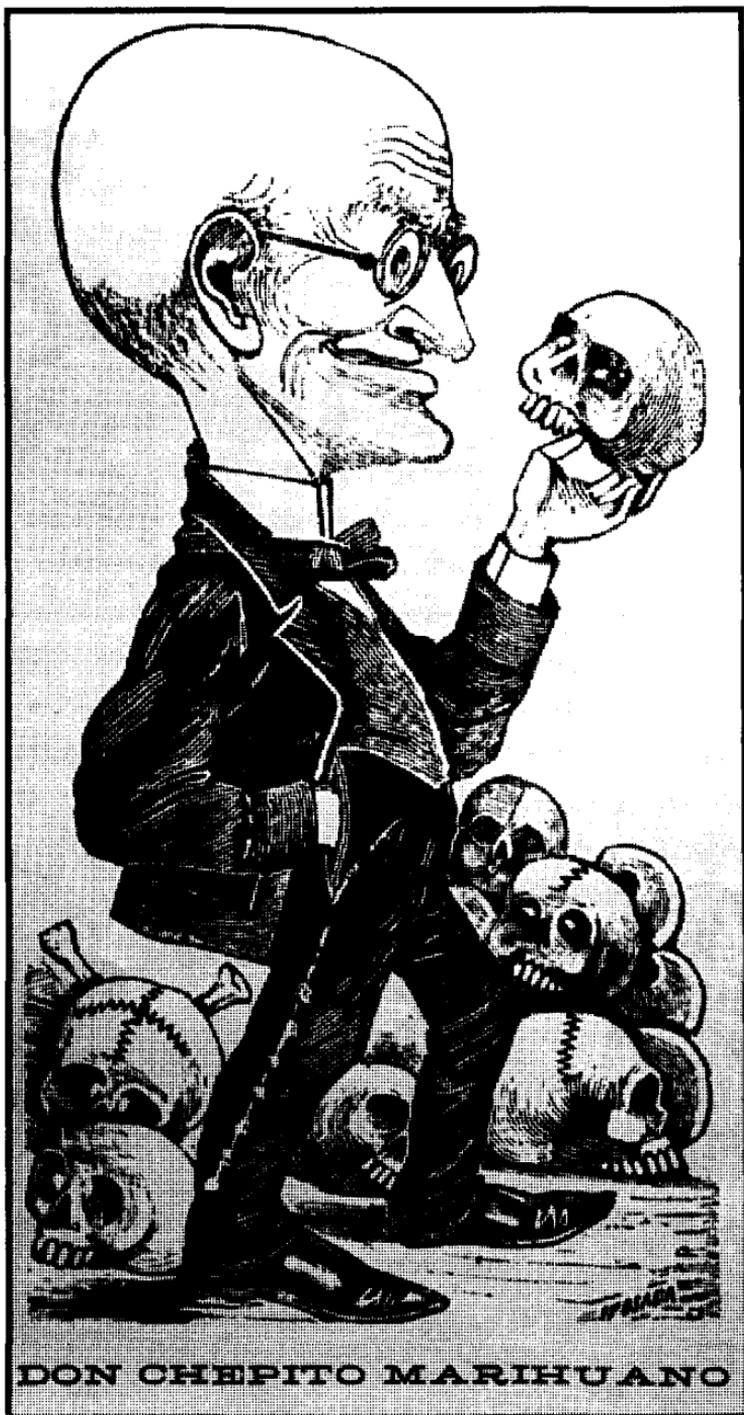
¡Oh Jesucristo, por el frío
de tu pesebre de Belen
por tus angustias en el Huerto,
por el vinagre y por la hiel,
por las espinas y las varas
con que tus carnes desgarré,
y por la cruz que borraste
todas las culpas de Israel;
Hijo del Hombre, desolado,
trágico Dios, tremendo Juez:
requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!

¡Divino Espíritu, Paráclito,
aspiración del grave Iavéh,
que unes al Padre con el Hijo,
y siendo El *Uno* sois los *Tres*,
por la paloma de alas níveas,
por la inviolada donceller

de aquella Virgen que en su vientre
llevó al Mesías Emmanuel;
por las ardientes lenguas rojas
con que inspiraste ciencia y fe
a los discípulos amados
de Jesucristo, nuestro bien:
*requiem aeternam dona eis, Domine,
et lux perpetua luceat eis!*

AMADO NERVO

(*El Mundo. Semanario Ilustrado.* T. II, n. 18, México, 1 nov.
1896, p. 279.)



DON CHEPITO MARIHUANO

CALAVERAS EN EL ARTE MEXICANO

GUADALUPE RÍOS DE LA TORRE

LA REPRESENTACIÓN gráfica de las calaveras no puede desligarse de las manifestaciones del concepto de la muerte, ya que la una nos lleva al conocimiento de la otra. El tema de la calavera-muerte ha tenido, a través de la historia del arte mexicano, diversas concepciones plásticas, producto del proceso histórico de México, en el periodo prehispánico, en la tradición medieval representada en la época colonial y en la era moderna, en la que José Guadalupe Posada tuvo un papel trascendental.

En el México precolombino las culturas mesoamericanas hicieron de la muerte una constante representación plástica cuyo símbolo fue la calavera, representada en los códices, pinturas murales, piedras, cerámica y en el tzompantli que describe Bernal Díaz del Castillo:

Pasamos adelante del patio, y vamos a otro cu donde era enterramiento de grandes señores mexicanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre y humo, y tenían otras puertas y figuras del infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras y zancarrones, puesto con gran concierto, que podían ver mas no se podrían contar, porque eran muchas, y las calaveras por si los zacarrones en otros rimeros...¹

Esas representaciones tuvieron para los indígenas un concepto dialéctico entre la vida y la muerte, expresado en forma de dualidad. El hombre del mundo prehispánico no tenía temor por el más allá ni preocupación por la muerte, vivía con la idea de la supervivencia del alma, incluso la

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1976, p. 176.

muerte fue siempre para ellos una recompensa, como lo afirma fray Bernardino de Sahagún:

Decían los antiguos que cuando morían los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir casi despertando de un sueño y se volvían en espíritus o dioses y cuando alguno moría, de él solían decir Teotl.²

El hombre prehispánico concebía la muerte como un suceso más de un ciclo constante expresado en leyendas y mitos. La Leyenda de los Soles nos habla de esos ciclos, que son otros eslabones de ese devenir, de la lucha entre la noche y el día, entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Es el que nos lleva a alimentar al sol para que no detenga su marcha y el porqué de la sangre como elemento vital, generador de movimiento. Es la muerte como germen de vida.³

El concepto de muerte que se tuvo en el México prehispánico se convirtió en contrapunto del concepto y representación de la muerte en el mundo colonial.

El triunfo de la muerte para la Europa de los siglos XIV al XVIII fue un tema popular que se manifestó repetidas veces en las artes plásticas, en la literatura, en el teatro, por mencionar sólo algunas de esas expresiones artísticas. La muerte se representó con vida en forma de esqueleto, con la guadaña en la mano sobre su carreta triunfal. Se proclamó dueña de todas las vidas, sin distinción de clase arrasó a nobles y plebeyos, y el hombre, temiendo o anhelando el juicio final, tuvo siempre presente la gloria o el infierno.

De acuerdo con este concepto, los evangelizadores del siglo XVI llegaron a la Nueva España e impusieron el Cristianismo, religión que hace de la vida lo pasajero y de la muerte la liberación y principio de vida eterna. Un ejemplo:

² Citado por Paul Westheim, *La calavera*, México, Era, 1971, p. 29.

³ Cf. Salvador Elizondo, *et al.*, *La muerte, expresiones mexicanas de un enigma*, México, UNAM, 1975, p. 16.

"las piras funerarias mexicanas fueron en general un trasunto de las españolas, inspiradas en los grabados e impresos que llegaban a la Nueva España".⁴

Una muestra de piras mexicanas la tenemos en la región de Coatepec, Puebla, erigida en 1701 en memoria de Carlos II, y otra, en la de María Braganza, levantada en Oaxaca en el año de 1759 para dar consuelos funerarios al rey Fernando VI por el fallecimiento de su esposa. En ambas piras la muerte, representada en forma de escultura, lleva corona real y ocupa un sitio central preponderante.

De igual manera se ve cómo aparece siempre la calavera al pie de la cruz en el arte barroco:

Todo canto a la muerte en el mundo barroco es un canto a la vida eterna. Al pie de la cruz aparece siempre la calavera. Referencia al monte Calvario, referencia al triunfo sobre la acechanza omnipresente de la muerte, por la muerte del hombre en el sacrificio de la redención.⁵

La concepción calavera-muerte ha sido una expresión que posee antecedentes del mundo prehispánico junto a la influencia del medioevo europeo a través de la conquista española. Ambos elementos, fusionados, han trascendido hasta el México contemporáneo por medio de tradiciones que poseen un carácter eminentemente popular; uno de ellos es el culto en ciertos lugares de la provincia mexicana que se manifiesta que con gran arraigo y tradición, como en la isla de Janitzio, Michoacán, por citar un ejemplo.

La gran importancia del concepto popular que de la muerte tiene el mexicano es una mezcla de llanto, juego, burla y temor; es símbolo del dolor que representa lo fugaz de la existencia, así como sinónimo del no ser, alzándose

⁴ Francisco de la Maza, *Las piras funerarias en la historia y en el arte de México*, México, UNAM, 1953, p. 35.

⁵ Jorge Alberto Manrique, *La muerte... expresiones*, p. 4.

sobre nosotros con una fuerza que no está a nuestro alcance detener, como algo forzoso y necesario, incluso se ha dicho que en el momento de nacer comenzamos a morir.

La muerte representada por la calavera ha sido asimilada por el pueblo en diferentes formas: los cráneos de azúcar o chocolate entre los que afanosamente la gente busca el que lleva su nombre, para comer con agrado su propia calavera.

De igual manera no puede faltar para el 2 de noviembre el famoso *pan de muerto*, que representado en forma un tanto abstracta hace recordar las articulaciones óseas, los huesos del cuerpo humano.

Se puede afirmar que en general el mexicano desde su infancia ha estado familiarizado de una u otra manera con la representación de la calavera. Sin embargo, a la muerte, y por ende a la calavera, se les ha dado un significado universal de terror y misterio, de ahí que el pueblo mexicano haya creado un sinnúmero de cuentos y leyendas con base en dichas imágenes que, no obstante, tienen influencia europea, ya que en su mayoría datan de la época colonial:

La Llorona, era a veces una joven enamorada que había muerto en vísperas de casarse y traía al novio la corona de rosas blancas que no llegó a ceñirse; era otras veces la viuda que venía a llorar a sus tiernos huérfanos; ya la esposa muerta en ausencia del marido a quien venía a traer el ósculo de despedida que no pudo darle en su agonía; ya la desgraciada mujer, vilmente asesinada por el celoso cónyuge, que se aparecía para lamentar su fin desgraciado y protestar su inocencia.⁶

La calavera también ha servido al artista mexicano para hacer crítica social y política:

Se hizo tan insoportable a fines del siglo XVIII la erudición pedante y la ridiculez de las metáforas, de

⁶ Luis González Obregón, *Las calles de México*, México, Botas, 1972, p. 4.

las piras y de los panegíricos funerales, que comenzaron a aparecer satirizando funerariamente a los personajes políticos y a las gentes más populares que se conocían.⁷

Se adelantaba festivamente para los vivos el juicio *post mortem*, a manera de ofrenda el 2 de noviembre, día de los finados. Estos impresos reciben popularmente hasta hoy y desde entonces el nombre de *calaveras* y constan de la imagen caricaturesca de la persona y de su panegírico festivo, que en mofa de la tradición siempre debe ser consignado en verso.⁸

Algunos estudiosos del tema coinciden en que los artistas Constantino Escalante (1836-1868) y Santiago Hernández (1833-1908) fueron los primeros en litografiar figuras de calaveras, representaciones hechas con un enfoque y crítica de tipo político en el bisemanario *La Orquesta*. Sin embargo, se ha considerado a Manuel Manilla el primer caricaturista que grabó calaveras; éstas después habrían de alcanzar su plenitud con José Guadalupe Posada al enfatizar en ellas la vida costumbrista del siglo pasado y principios del XX, así como al personificarlas como seres altamente conocidos de la época.

Manuel Manilla (1830-¿1890?)

Trabajó como grabador en la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo y utilizó por primera vez el buril llamado velo, que tiene varios filos paralelos. Su producción consta aproximadamente de quinientos grabados, de los cuales ninguno está firmado por el autor. Su obra se considera diversa y magnífica.⁹

⁷ Cf. Gabriel Fernández Ledezma. "El triunfo de la muerte", en *Artes de México*, México, INBA, nov. 1948, p. 16.

⁸ *Loc. cit.*

⁹ Jean Charlot fue el primero en dar noticia sobre Manuel Manilla por medio de datos que le fueron proporcionados por Blas Vanegas Arroyo, hijo del famoso impresor Antonio Vanegas Arroyo. Cf. Arsacio Vanegas Arroyo, "Manuel Manilla grabador mexicano", en *Forma*, vol. I., no. 2, México, nov-dic. 1926.

Grabó ilustraciones para corridos, cuentos, novelas, canciones, programas para circo y magia, juegos manuales, sucesos sensacionales y cotidianos como escenas de temblores, cárceles, prisioneros, condenados a morir fusilados, y otros. El grabador hace énfasis en la vida costumbrista de México. También realizó retratos de héroes nacionales, como Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón. Gran parte de sus estampas están dedicadas a temas de tipo religioso, así como a la representación de figuras malignas como *La carátula del Brujo Verde*, y entre los personajes que ilustra en esa carátula se encuentran diablos y sapos a los cuales les da movimiento, elasticidad lineal y mucha gracia.

Las Calaveras de Manuel Manilla

Manuel Manilla grabó las calaveras para que se publicaran en las famosas hojas volantes:

También en México, durante la Colonia, se publicaron, con otros nombres, algunos de estos ocasionales bajo la forma de hojas volantes, *los canards* franceses, que se voceaban por las calles en gritos que a muchos parecieron semejantes al graznar de los patos, de ahí, según algunos investigadores, el extraño nombre de *canard* que aún se da a la noticia sensacional. Tiene en común a las hojas volantes los títulos sensacionales, los grabados de grandes dimensiones, la tipografía espectacular y el relato pormenorizado y crudo, la intención moralizante y los vicios que todo lo resumen, en tono grandilocuente y sentimental.¹⁰

Las hojas volantes, publicaciones que consistían en una hoja impresa por los dos lados, no se imprimían diariamente, sólo cuando los sucesos de interés lo imponían, más las que

¹⁰ Cf. Antonio Rodríguez, *Posada, el artista que retrató a una época*, México, Editorial Domes, 1977, p. 17.

aparecían en la festividad del día de muertos. Sobre las calaveras de Manilla se afirma lo siguiente:

Las calaveras de Manuel Manilla son creación personal del lenguaje plástico, donde los volúmenes blancos y negros contrastan con energía, llegando su obra al corazón sencillo del pueblo mexicano.¹¹

La realización caricaturesca de las calaveras de Manuel Manilla a nivel formal se manifiesta con mayor rigor en la temática y composición que en el dibujo por sí mismo, ya que éste es rígido y primitivo. Entre la producción de sus calaveras se encuentran las siguientes: *Aprendiz de todo oficial de nada*, *El toro embolado*, *Calavera Poncianista*, *Hércules en la lucha con la muerte* y *La Torre Eiffel*.

Si José Guadalupe Posada conoció a Manuel Manilla fue tal vez en el taller tipográfico de Antonio Vanegas Arroyo y es muy probable que haya recibido de él cierta influencia en cuanto a la realización de las calaveras, así como en la forma, expresión y movimiento de los personajes ilustrados por Manilla.

El embrión de la obra de Posada se encuentra entre los grabadores populares, principalmente Manilla. Este embrión cargado de posibilidades, lo va a recoger un artista excepcional intrínseco, José Guadalupe Posada.¹²

Aunque no hay noticias ciertas, es muy probable que Manilla y Posada hayan trabajado juntos desde 1888 o 1889, año en que José Guadalupe entró al taller de imprenta y

¹⁰ Cf. Antonio Rodríguez, *Posada, el artista que retrató a una época*, México, Editorial Domes, 1977, p. 17.

¹¹ Carlos Macazaga Ramírez de Arellano, *Las calaveras vivientes de José Guadalupe Posada*, México, Editorial Cosmos, 1976, p. 86.

¹² Pablo Fernández Marcos, "El destino glorioso del grabador popular", en *Dominical*, suplemento de *El Nacional*, México, 24 de feb. 1952, p. 26.

litografía de Antonio Vanegas Arroyo; para entonces Manuel Manilla ya tenía mucho tiempo al servicio de la casa, allí ilustró durante diez años corridos y hojas volantes de las cuales algunas aparecen en forma de composiciones con los grabados de Posada.

No se sabe a ciencia cierta en que año murió Manuel Manilla, algunos autores afirman que dejó de trabajar para la casa de Vanegas Arroyo en 1892, y murió de tifo en 1895. Para otros, la muerte de Manilla sucedió en 1899. Sea el año que fuere la fecha de su muerte, lo importante es tener la noticia de la existencia de un artista de fuertes tendencias enraizadas en el ámbito popular de México, cuyo arte, salido de su inspiración, trascendió y fue recogido por otro artista comprometido con el pueblo de México: José Guadalupe Posada.

Las Calaveras de José Guadalupe Posada (1852-1913)

Siguiendo la tradición de Manuel Manilla, José Guadalupe Posada hizo grabados de calaveras para el 2 de noviembre, día de muertos.

Con Posada una vez más está presente la figura de la muerte en el mundo conceptual del mexicano; Posada recrea el símbolo y contrae con sus receptores la fascinación de la fantasía popular.

Las calaveras de Posada son la nota constante de la crítica del pueblo; esta crítica bien pudo ir dirigida al burgués de la sociedad que pregonaba el lema de *orden y progreso*, a los personajes del momento, los artistas, políticos, y en general a la vida costumbrista del México de su época.

En las calaveras de Posada han desaparecido de su imagen el misterio y el temor de las épocas feudales. Es la antítesis de lo pavoroso, pues causa, cuando no la satisfacción de hacer justicia, un inefable regocijo. Con sus calaveras hace Posada la crítica más aguda y mordaz, se sirve de la muerte para pintar muy a lo vivo

ese morbo de la sociedad decadente de su época, llega hasta la nuestra sin haber conseguido limpiarse de tanta escoria.¹³

Posada viste y hace actuar a la calavera según el mensaje que representa; de esta manera, vemos ejemplificar a personajes de la élite porfirista como *La calavera catrina o la calavera de un lagartijo*; o a las figuras de la Revolución como *La Coronela, La Calavera zapatista, La Calavera revolucionaria*.

Tampoco José Guadalupe pasa por alto el grabar a los curas, a los soldados y en general al pueblo dedicado a toda clase de oficios tan pintorescos como el herrero, el albañil, el carpintero, el zapatero y otros. Así también graba a las mujeres en el mercado: tortilleras, queseras, atoleras, tamaleras. Hasta los mismos vendedores de las hojas volantes de calaveras de la editorial de Vanegas Arroyo son motivo de inspiración para el grabador; lo expresa aquel grabado llamado *Rebumbio de calaveras*.

Al no detenerse ante ningún aspecto de la sociedad de su tiempo, a la que supo captar con verdadero realismo, es de suponerse que dicha sociedad se vio plenamente identificada con aquellas calaveras que poseen una mezcla de humorismo y sátira. El artista sitúa a las calaveras en un marco de escenas costumbristas como la parranda, la borrachera, las súplicas amorosas, los pleitos callejeros y de vecindades, las alegres fiestas donde se comen fritangas y se bebe pulque; todas ellas están dotadas de vida y movimiento, pues juegan al trompo, tocan la corneta, andan en bicicleta o bailan el jarabe tapatío.

Sin embargo, esas calaveras no fueron lo único que realizó Posada, ya que también salieron de sus manos las estampas inspiradas en comentarios populares de espantos y aparecidos: *La aparición del fantasma de Pachita la alfojarera o La confesión de un esqueleto*; este tipo de grabados hace referencia a lo fantástico en doble sentido. De igual manera, realizó un gran número de calaveras en carátulas de libros, como las

¹³ Macazaga, *Op. cit.*, p. 19.

hechas acerca de personajes conocidos de la vida política, intelectual y artística, entre los que se encuentran la de *Porfirio Díaz*, *José Ives Limantour*, *Bernardo Reyes*, *Justo Sierra*, o la actriz *María Conesa*.

Cabe mencionar que entre las disposiciones artísticas de José Guadalupe estuvo la de crear personajes que le permitieron alcanzar sus objetivos de crítica en contra del sistema social y político de que fue testigo, y uno de los personajes más característicos de su obra es *Don Chepito Marihuano*. El recurso de utilizar un personaje para hacer crítica tiene antecedentes en otros artistas, como en Francia con Honoré Daumier y su personaje *Robert Macaire*; otro ejemplo fue el del yucateco Gabriel Vicente Gahona, *Picheta*.

Don Chepito Marihuano, personaje imaginario que representa al mexicano, en ocasiones tiene que enfrentarse a un juez o a una banda de poderosos bandidos, en otras asume los papeles de torero, boxeador y de calavera. *Don Chepito* dignifica al pobre y al ignorante frente a las arbitrariedades del rico y del culto. Con su ingenio, se evade una y otra vez del contacto difícil con la autoridad; su forma de actuar es un no dejarse aprehender, es desconfiado y temeroso.

Existe un grabado del personaje imaginario del grabador que está íntimamente ligado con la calavera, ya que dicho personaje se encuentra rodeado de cráneos, y con el porte y gesto que lo caracterizan observa con especial atención a uno de ellos.

José Guadalupe Posada utilizó a la muerte como personaje de sus grabados, lo que le sirvió para exponer en forma gráfica a la sociedad de la época porfiriana.

En las hojas de calaveras, texto y grabado cultivan la vida en lugar de rendir pleitesía a la muerte, induciéndonos a aceptar como algo verdadero la transmutación de la muerte misma.¹⁴

¹⁴ Justino Fernández, *El arte del siglo XIX en México*, México, Imprenta Universitaria, 1967, p. 197.

La producción monumental de miles y miles de grabados, del artista se ve sublimada en sus últimos años. Este camino se refleja en sus calaveras, que como las demás son simples osamentas al principio carentes de expresión vivaracha, pero se van convirtiendo en verdaderos personajes; las órbitas de los ojos llevan trazos que perfilan una mirada y algunas veces pestañas que dan mayor caracterización; las mandíbulas anatómicas articuladas al cráneo dan con sus pelados dientes expresiones vivaces que antes no logró artista alguno, convirtiendo así las mondas calaveras en calaveras llenas de vida.

Con ello dio un soplo de vida a los inanimados esqueletos de los panteones, convirtiéndolos en seres que actúan en el mundo de los vivos, atreviéndose a mostrar la misera e injusticia, en ocasiones como sátiras dolorosas, en otras con buen humor. Así vemos a los esqueletos bailando, cantando, montando a caballo, haciendo declaraciones de amor, asistiendo a parrandas, peleando y rebozando de alegría; utilizando la ropa adecuada para la ocasión y para la clase social a la que representaban, para así poderlas identificar: el soldado, la vieja mojigata, el señor cura, la indígena, el revolucionario, y los propios personajes tanto de la vida política como de los escenarios artísticos.¹⁵

La representación de la calavera hecha por Posada, de una u otra manera nos refleja la igualdad, ya que la única diferencia se advierte a través del ropaje.

Se afirma que los últimos grabados hechos por el artista fueron *La calavera de Francisco I. Madero* y *Calavera soldadera*, y aparecieron en noviembre de 1912. Dos meses después murió el artista.

Es importante anotar que un gran número de estudiosos del arte contemporáneo de México niegan la paternidad de José Guadalupe Posada sobre las calaveras *Huertista* y *Zapa-*

¹⁵ Para mayor conocimiento del tema, véase Fondo Editorial de la Plástica, *José Guadalupe Posada, ilustrador de la vida mexicana*, México, Fondo Editorial de la Plástica, 1963, *passim*.

tista, afirmando lo siguiente: Posada no vivió los acontecimientos de febrero de 1913, el estilo no corresponde al propio del artista, ambas calaveras no representan ni a Victoriano Huerta ni a Emiliano Zapata, incluso se afirma que Manuel Manilla es el verdadero autor.¹⁶

Sin embargo, otros autores dan opiniones afirmativas en cuanto a que ambos grabados sí fueron realizados por Posada, abogando que la técnica es la misma utilizada por él y la cronología no debe ser pretexto para anularle dicha paternidad. Afirman que son de Posada puesto que Manuel Manilla falleció a fines del siglo pasado.¹⁷

En la actualidad, los grabados de Posada han servido para ilustrar portadas de libros, discos, cancioneros, hojas para celebrar el día de muertos; la obra del grabador ha tenido la particularidad de llegar y trascender al pueblo y no tan sólo a una minoría, convirtiéndose en un hecho eminentemente popular.

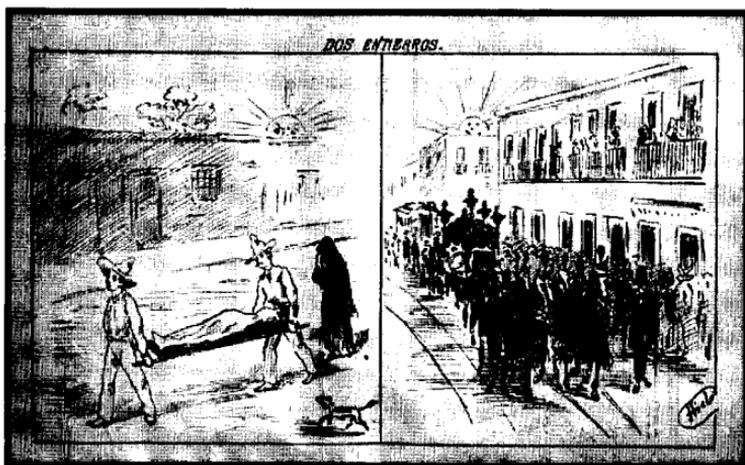
El mexicano, a través de su historia, ha representado a la muerte por medio de esqueletos o simplemente con la calavera; la definió con el título genérico de *calaveras*, lo que le ha servido a lo largo del tiempo para expresar en forma franca y abierta a la sociedad de su época.

En forma gráfica se pudo retener gran parte del momento histórico que les tocó vivir, haciendo de su arte un arte expresivo, con los elementos necesarios para ser comprendido por el pueblo de México; realizaron un arte popular simplemente por ser artistas sensitivos, sin perseguir compromiso político en favor de determinado régimen.

¹⁶ Cf. Luis Cardoza y Aragón, *José Guadalupe Posada*, México, UNAM, 1963. Cf. José Antonio Murillo, *José Guadalupe Posada*, México, IFCM, 1963. Cf. Jaled Muyades, *La revolución vista por José Guadalupe Posada*, México, Talleres Policromía, 1969.

¹⁷ Entre los autores que afirman que son de Posada véase Diego Rivera, *Las obras de José Guadalupe Posada grabador*, México, Mexican Folways, 1930. Antonio Rodríguez, "Signos y glorias de México", *Así*, México, 1943. José Clemente Orozco, "El primer estímulo", en *Siempre*.

DOS ENTIERROS.



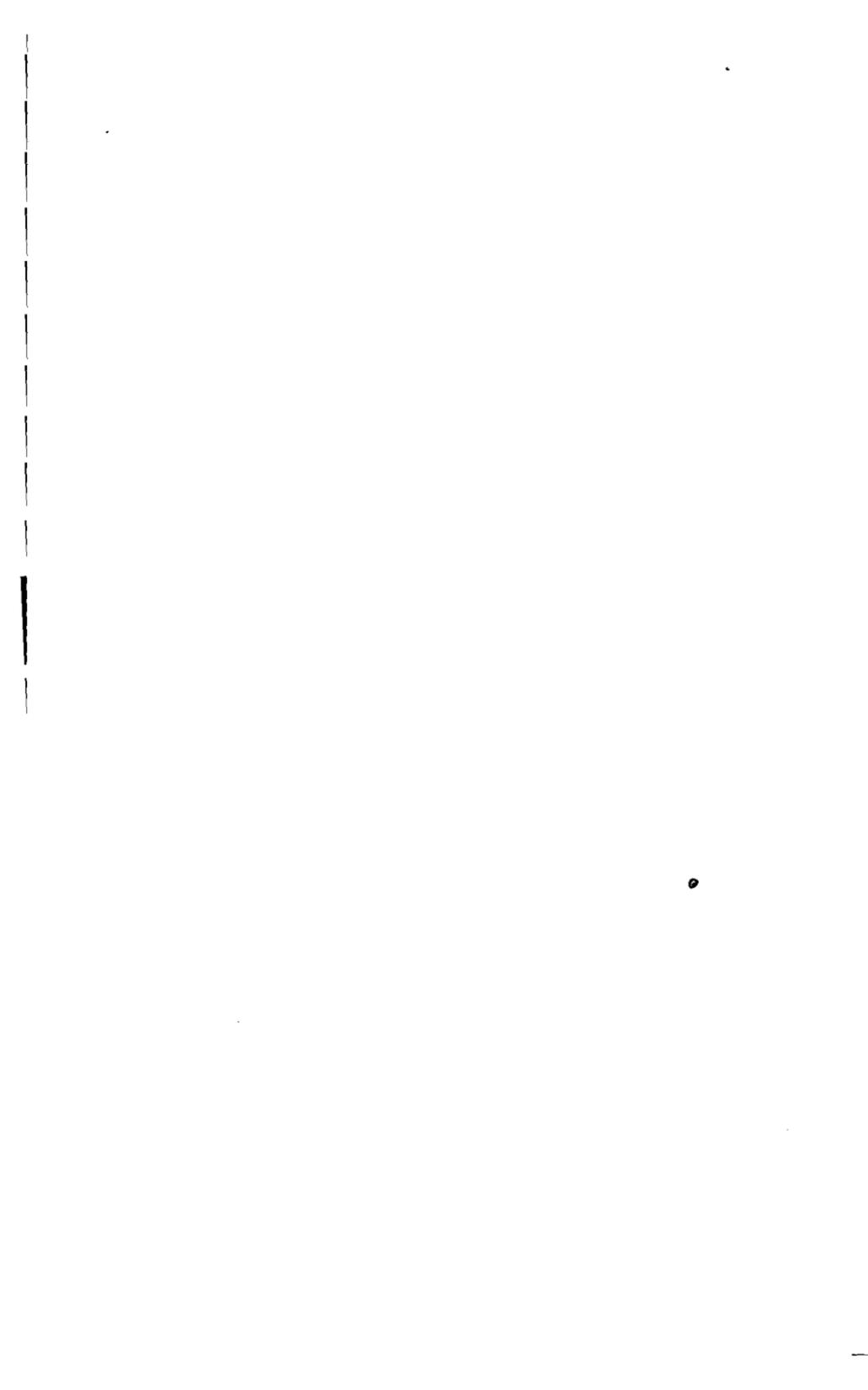
SELECCIÓN
HEMEROGRÁFICA
EL DÍA DE MUERTOS
(1850-1899)*

Nota: En la reproducción de las noticias se conservó la ortografía original. En varios casos, se reprodujeron sólo fragmentos de los artículos. El material se ordenó por orden cronológico.

AÑO CRISTIANO ABREVIADO

DIA 2. La conmemoracion de los fieles difuntos.- Es de fé que existe un lugar llamado *Purgatorio*, donde las almas que en él moran satisfacen á Dios la pena debida por las culpas de que ya se arrepintieron. La Escritura, los Santos Padres, la tradición y aun la misma razon, persuaden la certeza de este dogma católico, y en virtud de esa persuasion, la Iglesia ofrece sufragios en alivio de aquellas afligidas y castigadas almas. Santo es el pensamiento (se lee en el libro de Macabeos) santo y laudable es el pensamiento de rogar á Dios por los difuntos, para que se vean libres de sus pecados. Por tanto los fieles moradores deben ofrecer sacrificios en sufragio de los muertos, si han de entrar en los sentimientos de su madre, la Iglesia.

(*La Civilización. Revista Religiosa, Científica, Literaria, Americana y Política.* 2a. ép, n. 5, México, 17 oct. 1850, p. 1.)



LA FIESTA DE LOS DIFUNTOS

*La muerte es una puerta
abierta en el cielo, y en cuyo
umbral dejamos un cadáver,
es una cosa que no tiene nombre,
es un puñado de ceniza!*

Bossuet

EN ESTE DIA todo de lágrimas, en que se anuncia el dolor por el tañido funeral de la campana, por el velo que enluta los altares y las piras que se levantan de enmedio de las naves de los templos, el corazon se comprime, y el espíritu se abisma en contemplaciones religiosas y sublimes. Todos los vivientes hacen libaciones por sus padres, deudos ú amigos muertos. Por aquí oran, por allí riegan de lágrimas un féretro, mas adelante ponen una corona de flores sobre la tumba de un niño, y de en cuando en cuando se oye, como un rumor, la música que acompaña al canto que se consagra á los difuntos. Hoy es el dia de los recuerdos fúnebres, en que el pensamiento retrocede treinta años, trescientos años, para admirar á un guerrero como Napoleon, á un diplomático como Richelieu, á quienes en este dia contempla convertidos en polvo! ó va mas allá, hasta encontrar el paraíso terrenal, donde sorprende á Adan comiendo la manzana que la Eva seductora le dá por instigaciones del genio del mal.

Si es que, el pensamiento se remonta hasta los tiempos de Adan y Eva, al momento se fija en el quebrantamiento de la ley prohibitiva, y en que, de este quebrantamiento brotó la vida, esa primavera de algunos años, y la muerte, ese fantasma que torna el polvo al polvo y arrebató los espíritus para llevarlos hasta el seno de Dios. Sí, la vida y la muerte brotaron á un mismo tiempo, como dos ecsistencias contrastadas, como el bien y el mal, como la luz y las tinieblas.

Y, ¿el hombre conoce lo que es la vida y lo que es la muerte? ¿Sabe por quién llora en este dia, en que se celebra

la fiesta de la muerte? ¿Por quién llorais, vosotros, los que rodeais las tumbas? ¿Acaso, por qué recordais que el primer hombre cometió parricidio dando la muerte á todos los hombres? ¿Llorais porque no teneis en vuestra presencia el polvo animado que se llamaba padre, hermano ú amigo, creyendo que no les volvereis á ver, porque olvidais insensatos! que en esta vida terrenal hemos nacido para habitar no mas un día é ir á vivir luego á la eternidad..?

¿O llorais por las calaveras, por los huesos, por el polvo que encierran esos sepulcros frios? ¡Enjugad vuestras lágrimas y contener vuestros gemidos! Porque si Adan perdió al género humano en el paraiso, Cristo lo restauró en la Cruz: si no teneis delante á vuestros parientes ni á vuestros amigos, tened fé en el otro mundo y los vereis en espíritu, porque en esas tumbas han dejado el fango que sus almas animaban sobre la tierra; y si creéis que con vuestras lágrimas se animarán los restos de los que fueron, esa creencia es una mentira.

Que no os horrorise tampoco la muerte, porque no es más que el término de la jornada que hemos hecho para llegar á la verdadera vida: es una escala puesta en medio de dos mundos, desde donde vemos á los hombres abajo; y al objeto de todas nuestras esperanzas arriba. O como dice Montaigne: "La muerte es una de las piezas del órden del unvierso: es una de las piezas de la vida del mundo." Si esto es así ¿Por qué temerla? ¿Por qué tenerle horror? Si está en el órden de las cosas que el hombre se reproduzca; que de la infancia pase á la juventud, y despues, recorra las demás edades de la vida hasta llegar á la muerte; y se quiere la niñez y se ama la juventud y se adora, en fin, toda la vida, porque en ella hay sol, brisas y olores; ¿por qué se teme entonces la muerte, cuando es una verdadera reproduccion; cuando es como la primera alborada de una primavera eterna, donde brilla el astro que dá luz al sol, alas á la brisa y es la esencia de todos los perfumes?

"Tememos la muerte, dice Aimé-Martin, porque cerramos los ojos á los beneficios de la vida. Si supiéramos mejor

lo que Dios ha hecho por nosotros, sabríamos mejor lo que nos tiene reservado." ¿Y qué nos tiene reservado? La religion lo dice, y en este dia solemne, vosotros los que llorais, podeis ocurrir á ella, porque ella sola puede ensanchar vuestros corazones y contener vuestros suspiros: porque ella sola puede daros para honrar la memoria de los difuntos aquello, que Aristídes pedia á sus hijos y amigos para honrar su muerte. Oid lo que les dice estando prócsimo á morir: "Dejaos de lágrimas, de libaciones y de honores fúnebres: con virtudes es con lo que se honran las cenizas de los muertos".

Félix Romero

(*La Cucarda. Periódico Político y Literario*. Tomo I, n. 12, Oaxaca, 4 nov. 1850, pp. 6-7.)



DIA DE MUERTOS

...HOY es el día de llanto, y la multitud se reúne en las plazas ó en los cementerios para pasearse.

Hoy se van á encender velas en las tumbas, y es tanto el ahinco funeral del pueblo, que la autoridad para mitigar las penas y la espresion del dolor tiene que restringir el tiempo que es dado visitar los panteones... Hoy en fin, para disipar las ideas de tristeza profunda hay esposicion, en que vamos á distraernos, á olvidar lo que nos recuerdan las campanas... La humanidad ha llegado á tal grado de sensibilidad, que no la deja estallar y se reprime por no enternecerse... Mirad á todo el mundo vagando por las calles, ó ecsaminando los productos de horticultura, entre las que este año tenemos que contar algunos peces de colores, miradlo en la noche dando vueltas alrededor del zócalo del monumento á nuestra independencia, monumento que no es presente, no pasado, ni futuro; miradlo animado y bullicioso, y no podreis esplicaros lo que es el día de muertos; pero si seguíis á cada uno de esos hombres y de esas mugeres hasta su casa, veréis en todas las frentes una señal de tristeza, porque unos recuerdan á sus deudos perdidos, otros no pueden dejar de pensar en la muerte con miedo, y otros que no tienen por quién llorar, sienten una tristeza vaga que no pueden esplicarse...

Pero estos pensamientos melancólicos se ocultan porque el mundo solo sufre labios que rian, fisonomías alegres y contentas. Entistecerse es insultar a la sociedad.

Los aniversarios son acaso un error de fecha, ha dicho Larra. Pero los aniversarios como el de hoy, no tienen ese carácter, sino que son las ventajas positivas del calendario. Ya que sabemos contar el tiempo y dividirlo, fijemos los días en que debemos alegrarnos, en los que debemos pecar, en los que debemos arrepentirnos... Si todo eso está establecido, señalemos tambien el día en que hemos de pensar en los muertos: ¿no los olvidamos todo el año?. Para celebrar este

fúnebre aniversario recurrimos al estómago; nuestro pueblo en esto es muy español; la semana santa se harta de peces raros, la noche buena toma la ensalada de betavel y de sus cacahuates, las pascuas almuerza barbacoa, y el día de muertos es preciso comer mucha fruta y mucho dulce... los dulces tienen figura de calaveras, y de ánimas del purgatorio, los juguetes son piras y entierros... ¿Hay en esto algo de filosofía? ¿Se quiere acostumbrarnos á la muerte, hacerle perder su horror y contemplarla con indiferencia?

¡Quién sabe!

Pero ¿Por qué entristecerse? ¿No es mejor la suerte de los que dejaron este mundo y concluyeron su penosa peregrinacion? ¿No gozan de paz y de quietud, que no pueden turbar nuestros estériles lamentos? Llorad sobre las tumbas, llorareis sobre huesos que se desmoronan y nada mas. ¿El Alma del que fué podrá comprender nuestro dolor? [...]

Fortuno

(*El Siglo Diezy Nueve*. 4a. ép., año XI, T.V, n. 1040, México, 3 nov. 1851, p. 1117.)



EL DIA DE LUTO

LLEGÓ Noviembre con su aire frío, con sus vientos helados que arrebatan en torbellino las hojas secas de los árboles.

El clamoreo de las campanas y el aspecto triste de la población anuncia que ha llegado la hora del recojimiento.

Mirad las calles de México: una inmensa multitud enlutada las cruza y se dirige á los cuatro ó cinco panteones que tiene la ciudad.

El luto es hoy el traje oficial de etiqueta, el que exige el día, porque los pueblos cultos del siglo XIX tienen sus sentimientos y afecciones arreglados por el día.

Se ama mucho á una persona y se le felicita el día de su cumpleaños, si muere, pasados los nueve días se le debe llorar solo el día 1º de Noviembre.

El amor y el dolor los reglamenta el almanaque, lo cual siempre economiza gastos y lágrimas.

Bajo la inspiración de una idea tan mezquina como ésta se creó el luto.

Salvo el color, el luto no es moda del siglo. Cuenta algunos siglos de antigüedad, pero solo hasta hoy se le ha dado la significación de exterioridad que lleva.

Hoy se ha hecho del luto un padron, un anuncio, un *memorandum* más ó menos lato. Lo que es en sí nada significa, ni siquiera la extensión del amor que se tenía al que ha muerto.

—Ese joven va diciendo con su luto que si ha quedado huérfano ha heredado en cambio algunos miles de pesos.

Ese viudo, lleva luto y lo enseña á sus amigos sonriendo y diciéndoles que la fortuna que el tuvo no la tienen todos, que jamás se casen, que ese lazo indisoluble pocas veces se digna la muerte romperlo á tiempo y cuando pesa ya demasiado.

—Esa viuda bajo sus tocas negras hace brillar como dos hojas de fuego sus bellísimas miradas; su boca sonríe, su

mano saluda con coquetería luciendo un brazo artístico, cuya blancura resalta mas con el color negro de su traje y de su guante: esa viuda es una plaza vacante que espera sustituto, y su traje oscuro significa la patente de libertad, la salvaguardia para cometer sin indiscrecion toda clase de ligerezas.

Vosotros los que amais de veras, mientras que lleveis sangrando en el corazon un dolor cuya fuente ocultan la fria losa de una tumba y la venalidad de un correcto epitafio, vosotros los que quereis mantener incólume el recuerdo del que fué y ya no es, no vistais el luto que viste el mundo, ó bien encerraos con él y dentro de él adonde el mundo no pueda ir a comentarlo.

Los panteones están llenos; la multitud los invade, recorre sus lúgubres calles y se divide en grupos. Unos de estos se detienen a contemplar el lúgubre adorno de un sepulcro, otros leen con rostro indiferente las inscripciones grabadas en la piedra, éstos ven una tumba modesta y pasan adelante para ir á contemplar una estátua ó un espléndido mausoleo levantado con los mármoles de Tangassi y adornado por el buril de Piatti: aquellos sin ocuparse de ese insultante [lujo] van á llorar á un rincon del cementerio adonde ya no hay inscripciones, ni estuco, ni dorados, adonde van los restos de todos, allí deben estar los de los deudos de aquellos desventurados: no podrian pagar un sitio y los arrojaron de el como el inquilino que no paga la casa... iy como se atreve á llamarse el hombre *el rey del mundo* cuando no cuenta ni con una vara de tierra para descansar de la vida si no la compra!

La humanidad todo lo corrompe, todo lo adultera; en vano la muerte, como su señora, su árbitra y su heredera, quiso ser su niveladora. La humanidad ha roto el nivel, y prodiga las distinciones á un puñado de polvo para cubrir su última miseria en un catafalco suntuoso y un escogido dístico, y no escucha á la religion que todo el día le entona su solemne memento.

Pero á cada momento nos divagamos en reflexiones inútiles.

Sigamos con esa gente visitando el panteon, que al fin es el teatro del dia.

Recorramos los epitafios... cómo no hay un hombre malo.

Si la raza actual desapareciera sin dejar de su pasado mas libro ni mas indice que los epitafios de los panteones, la raza que viniera creeria que sus antecesores habian sido todos ángeles ó santos.

Mas perdonemos ese último engaño á la humanidad, siquiera tiene pudor y oculta la llegada que le roe las entrañas.

(*La Sombra. Periódico Joco-Serio Ultraliberal y Reformista*. T. II, n. 71, México, 2 nov. 1866, pp. 1-2.)

LOS MUERTOS

LA IGLESIA católica sublime y grandiosa en todos sus actos; consagra la solemnidad de este día á la conmemoración de los difuntos, ella acompaña con sentidas plegarias, á todos los católicos que lloran la memoria de algun sér querido ¿quién no recuerda en este día santo la solicitud y los afanes de un padre que descendió al sepulcro rodeado de amor y de respeto de sus hijos? ¿quién no lamenta la pérdida de una madre tierna y amorosa, de un hermano ó de un amigo? todos tenemos que dirigir nuestras miradas, en este día, á ese mundo desconocido, terrible en los misterios que encierra; pero consolador por la esperanza, que como brillante estrella, aparece entre sus nubes.

Ante la verdad de la muerte, toda mentira desaparece; y el escéptico burlador, el orgulloso ateo y el desgraciado indiferentista, inclinan humildemente la cabeza, ante esa guadaña cortadora que á nadie perdona cuando llega á herir, el orgullo de la razón humana se confunde con el polvo del sepulcro, dejando libre el paso a Dios, Señor y creador de todos los séres, que con un soplo destruye la osadía del hombre que débil é impotente, trata de luchar con él.

Terrible é innegable verdad, y ante la cual, la pompa y la vanidad mundana, se convierten en la triste ortiga que crece al pié de los sepulcros, todo concluye aquí, el pobre ya no es pobre, ni el rico, rico, porque la muerte ha establecido esa igualdad ante la cual, nadie puede ser más grande ni más pequeño. La humanidad entera seguirá recorriendo ese camino sembrado de placeres, seguirá orgullosa luciendo en su frente la corona de la ciencia, pero siempre llega el día en que depuesta esa corona se declara vencida, porque la sujeta un poder desconocido, de Dios.

J.J.A.

(La Revista Universal. Diario de Política, Religión, Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Variedades y Anuncios. T. 1, n. 80, México, 2 nov. 1867, p. [1].)

EL SALON DEL ZOCALO

COMO nunca elegante está este año el salón formado en la plaza de armas para el paseo con que se celebran las festividades de la época. Nuestro colega el *Monitor* ha hecho la descripción de sus adornos con notable exactitud y nos parece que no podemos hacer cosa mejor que copiar su artículo relativo. Antenoche no hubo mucha concurrencia quizá porque las bellas estaban cansadas y desveladas, á consecuencia del baile del Casino. Anoche debe haber estado mucho mas animado el paseo y hoy apenas habrá espacio para la concurrencia. La empresa prepara algunas novedades con que sorprenderá á sus favorecedores agradablemente. Nosotros le deseamos grandes entradas en justa recompensa de sus esfuerzos y no podemos menos de felicitarla por el buen gusto con que ha formados el salon. He aquí el artículo del *Monitor* á que nos referimos:

"Alegre y muy concurrida estuvo ayer toda la Plaza de Armas, pero con especialidad el zócalo y su círculo exterior, al par que todo lo que ocupa su hermoso jardín con el embanquetado. En los costados Este, Oeste y Sur, están colocados varios de los puestos en que se ostentan surtidos de dulces de variadas y escogidas clases, entre los que resaltan las calaveras de fino alfeñique para recordar que hoy es el día de los difuntos. Los juguetes que representan entierros y tumbas, tuvieron con los niños que se los disputaban espendio rápido.

Los dos estensos jacalones de títeres, que por muy prominentes afean aquel compuesto recinto, habian desde la mañana comenzado á llamar la atención del pueblo con es especie de diversiones pueriles que tan populares han llegado á ser.

El centro del zócalo, á pesar del activo afán, del señor empresario, aun no estaba concluido, pero demostraba ya en el estado en que se hallaba, un aspecto que indicaba seria

al terminarse realmente encantador. Una eminencia en el centro construida con barro, adornaba con césped muy verde y con plantas de clase mas frondosa, de ancho follage y con frescas flores, que con grandes circulares del pié á la cumbre, figuraban un ramillete [bouquet], coronado también de flores y plantas de las mas vistosas que presentaban un aspecto encantador, es lo que mas llama la atención. En el derredor y cimétricamente, se ven ondular numerosas linternas venecianas, que entrelazadas con muchas pipas caprichosas y albortantes han de inundar de luz todo el recinto, tanto en el interior como en el exterior. En cada una de las numerosas columnas se ven guirnaldas y ramas de hojas con flores, que abrazan en el centro un pendon nacional, con otros gallardetes, banderas y colgajos, cuyos colores rivalizan con los matices de las rosas que pululan abundancia. Tras de estas columnas hay un barandal que circunda el zócalo entero: siguese un tablado en que descansan sillas, unos sofas situados en dos gradas en que han de sentarse las bellas concurrentes para formar una esplendorosa guirnalda, que ha de circluir aquel sitio, que con ellas se ha de asemejar mucho al paraiso. Creemos que la compostura del zócalo estará enteramente adornado con todos sus dijes para mañana en la noche, hora en que probablemente concurrirán al paseo todas las bellas. Estamos ciertos de que ya la inquietud reina en muchas de ellas, porque hemos visto concurridos los cajones de modistas dias ha; y mas de cuatro pollitas, á la hora en que lean esta relacion imperfecta, tendrán preparadas las galas que han de lucir en la Plaza de Armas. Anímense, pues, las niñas que tuvieren intencion de ir, y estén seguras de que las nubes no han de tener el impertinente antojo de descargar sus aguas para impedir que gocen de una fiesta que promete ser muy agradable".

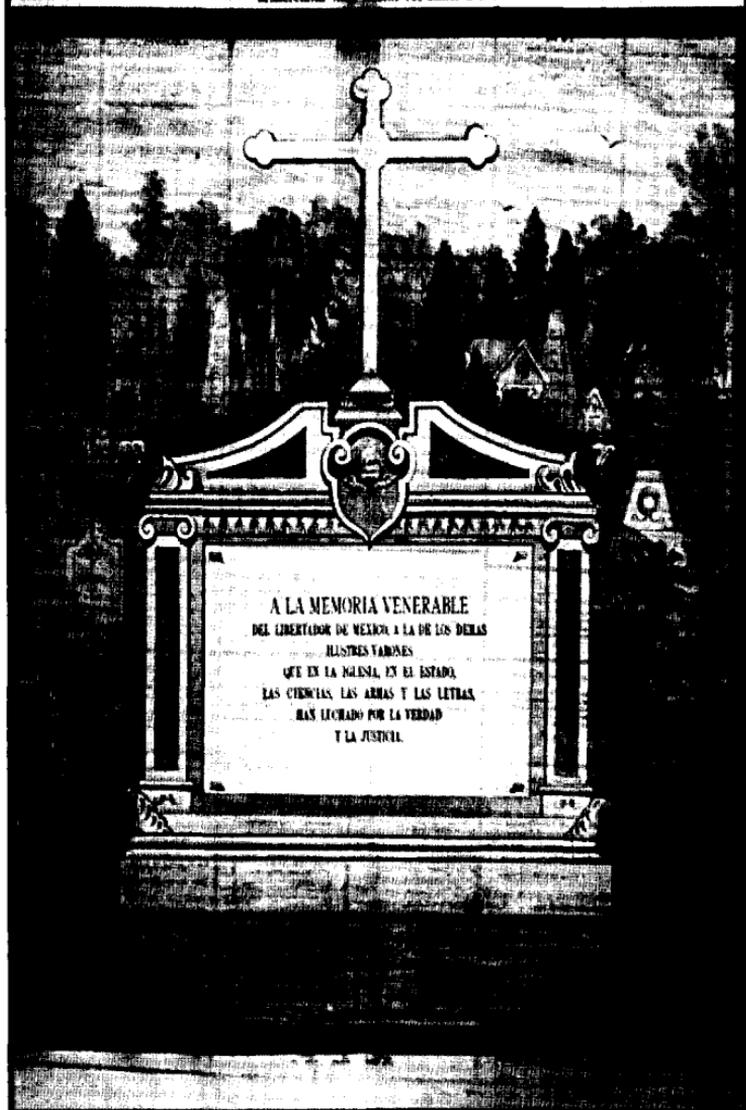
Creemos que la compostura del zócalo estará enteramente adornado con todos sus dijes para mañana en la noche, hora en que probablemente concluirán al paseo todas la bellas. Estamos cierto de que ya la inquietud reina en muchas

de ellas, porque hemos visto concurridos los cajones de modistas días ha; y mas de cuatro pollitas, á la hora en que lean esta relacion imperfecta, tendrán preparadas las galas que han de lucir en la Plaza de Armas. Anímense, pues, las niñas que tuvieren intención de ir, y estén seguras de que las nubes no han de tener el impertinente antojo de descargar sus aguas para impedir que gocen de una fiesta que promete ser muy agradable."

(El Boletín Republicano. Periódico Independiente. Sección Noticias Sueltas. n. 108, México, 3 nov. 1867, p. 3.)



Misericordia mei, saltem vos amici mei:



EL DIA DE DIFUNTOS

Post tenebras spero lucem
Job

I

TODOS los dias del año celebra el mundo la fiesta de los vivos. Un dia solemne consagra la Iglesia católica á celebrar la fiesta de los muertos.

A la mitad del melancólico otoño, cuando el cielo se envuelve en densas nubes y caen marchitas las hojas de los árboles que el viento helado arrastra con caprichoso torbellino, cuando la luz, lenta en el aparecer y presurosa en el huir, extiende y dilata los dominios de la noche, millares y millares de espíritus heridos por un mismo sentimiento, hacen pausa en la loca actividad de las cosas humanas, y acuden á una cita misteriosa y tierna que se llama "la conmemoración de los difuntos."

La conmemoracion de los difuntos es lazo invisible que une á las generaciones que pasaron con la generacion que pasa. Esta se agita entre el contrario impulso de lo que fué y de lo que será, entre los polos opuestos del recuerdo y la esperanza. Por la esperanza humana, que engaña casi siempre, el hombre se forma á su imágen y semejanza, un mundo de quimeras; por el recuerdo cristiano, el hombre piensa en la verdad de su origen y en la certidumbre de su destino.

Por mas imperio que alcancen las seducciones de la materia; por más combatida y maltratada que aparezca la idea de lo espiritual y de lo infinito, no se hallarán por fortuna muchas almas que hoy no dejen la confusa gritería de los vivos para llevar el pensamiento lleno de reverencia y amor á la región silenciosa de los muertos.

Cortad ese lazo invisible que une á los dos mundos; suponed desligados á los que fueron de los que somos y habreis arrancado con mano impía el mas poderoso encanto

de la vida del corazón: habréis convertido al hombre en inferior á un árbol caído, el cual si fuere cortado, reverdece y pululan sus ramas; y si su raíz penetra, y la tierra envuelve su tronco, el amor de las aguas germina y se vigoriza como si hubiera sido plantado en un principio.

Si interceptais el camino por donde llegan las almas que aun *militan*, hasta las almas que *triunfan* ó *padecen*, hareis de la humanidad una especie de obra por entregas, que obedece solo á la ley del tiempo, la más ininteligente y monótona de todas las leyes. No querais olvidaros de *los que duermen*, dice San Pablo, para que no los contristeis como los demas que no tienen esperanza.

Dígase á la madre, que ha visto morir al hijo de sus entrañas, que ya de aquel hijo no queda mas que un puñado de polvo, que pasó para siempre, como luz que se apaga, como flor que se deshoja, como sonido que cesa; y la madre, en vez de saborear el sublime deleite del dolor en la placida comunicacion de los espíritus y con la esperanza de su ósculo eterno en mas serenas regiones, caera en el tenebroso desconcierto de la imbecilidad ó la desesperación.

No basta la mano descarnada de la muerte para arrancar del alma á los seres bien queridos: el alma los contempla y acaricia como tibia y dulce vislumbre del sol que se oculta, como aroma suave del campo que Dios bendice, como postreros ecos de una armonía que se pierde.

Para los corazones sensible y generosos hay una muerte pequeña que se llama *ausencia*, pero hay una ausencia grande que se llama *muerte*, para todo hombre nacido de mujer, que, como dice Job, vive breve tiempo y está lleno de miserias, sale como flor y se rompe y huye como sombra, y nunca permanece en el mismo estado: y sentirá su corazón dolorido miéntras viva, y su alma llorará con amargura.

La muerte de los séres amados sería un tormento horrible si no lo dulcificase la esperanza: la muerte de las esperanzas que embellecian la vida, hace del corazón un sepulcro tiste y sombrío, ante el cual jamás se pronuncia una palabra de

compasion, jamás suena el blando rumor de una plegaria. Vivir sin esperanza es morir, pero morir sin el consuelo de dejar de padecer.

Por eso la fiesta de los difuntos tiene indefinibles atractivos para una gran parte de la humanidad: es la fiesta de los corazones tristes y de las almas atribuladas. [...]

S. Catalina

(Boletín Diario de la Revista de Mérida. Sección Mercantil y de Anuncios. Sección Variedades. Año I, n. 1, Mérida, 6 nov. 1873, p. 3.)

ESPIRITU DE LA PRENSA DIARIOS DEL AYER

EL MENSAJERO. La Morada de los muertos intitula su editorial que es un artículo notable por la fé religiosa, que vierte, por las sanas ideas que derrama. En seguida copiamos algunos de los pensamientos de nuestro colega: El egoísmo humano, efímero y falible, no penetra jamás á la mansion eterna, en donde solo existe la comun misericordia, y en donde solo llegan las prendas del amor del Padre. "Las diferencias, la desunion y el desamor, se quedan en la tierra". El hombre religioso en todas partes personifica su alma ante Dios: pide perdon de sus errores y espera porvenir en la otra vida. "El hombre que obedece á la naturaleza, ve la vida en todas partes como el espíritu de la creacion: deduce que en la muerte se dejan los despojos en el mundo, y que el comun aliento vuelve á su Creador, porque el alma es una, y los cuerpos son los que se multiplican". La inteligencia humana todo lo busca, todo lo descubre; pero la ciencia y, el saber se paran siempre á orilas de la tumba; porque allí, sobre aquel bordo, comienza la noche del misterio, comienza la eternidad, comienza Dios. "El acaso es la vida del incrédulo y el descreido; y allí, en el fondo del acaso mismo, está una voluntad, está una fuerza, y esa fuerza y esa voluntad son el espíritu que anima, y el espíritu que anima es Dios, y Dios es el destino; que sobre el acaso mismo determina el fin de la criatura". Todo el artículo del Mensajero se hace notable por sus elevados pensamientos, por su fé, por su forma. Vé la muerte como es, una funcion natural de su existencia, considerando la tumba como la claraboya por donde se entrevee la eternidad. Considera que la visita á los camposantos es una muestra de respeto á los que fueron, una memoria á los séres á quienes amamos. El *Mensajero* no se publicará hoy.

LA ÉPOCA. Así se expresa á propósito de la conmemoración de los difuntos:

"Las religiones antiguas difundieron creencias distintas y se observaron varias costumbres para con los difuntos; pero aquellas creencias no dieron la conformidad á los que habian perdido uno de los séres queridos, ni llenaron el vacío que quedaba en los humanos corazones.

"La religión de Dios se encargó de hacer comprender al hombre que tenia una alma, que era inmortal, y que, alejada la materia á quien le daba vida, marchaba á la eternidad; que las almas de los buenos irían al seno del Señor y las de los malos á regiones de corrección. Ya entónces brilló la luz de la fé, se alimentó la esperanza, las conciencias se animaron.

"Si este dia se ha consagrado al recuerdo de los difuntos, si, vamos á su mansion á derramar nuestras lágrimas, lágrimas nacidas de los recuerdos del pasado, alimentadas con las penas del presente y las sombras del porvenir, no debemos, no, profanar esos lugares; por el contrario, debemos llegar allí con el respeto, con la veneración y el sentimiento que se le deben tributar á los que ya no existen."

Bien se expresa la *Epoca*. Tambien nosotros creemos que la visita á esos lugares santos donde reposan las cenizas de los que nos precidieron en el *último viaje*, debe hacerse con religioso recogimiento, con respeto, con fé.

La *Epoca* no se publicará hoy.

LA VOZ DE MÉXICO. Trae un sermon inédito sobre el dia de difuntos, y contesta un Boletín del periódico francés, que dice la Iglesia va á morir, terminando así el periódico religioso, su arranque contra el *Trait d'Union*. "Enemigo de la fé, perded toda esperanza; pasareis como la sombra de una nube de verano, y la Iglesia, Maestra universal del género humano, proseguirá con el eterno cántico de su gloria, en que se anuncia su perpetuidad militante y triunfante sobre el error y sobre las pasiones". La *Voz* no se publica hoy.

LA COLONIA ESPAÑOLA. De su artículo humorístico sobre el día de difuntos, tomamos el siguiente párrafo:

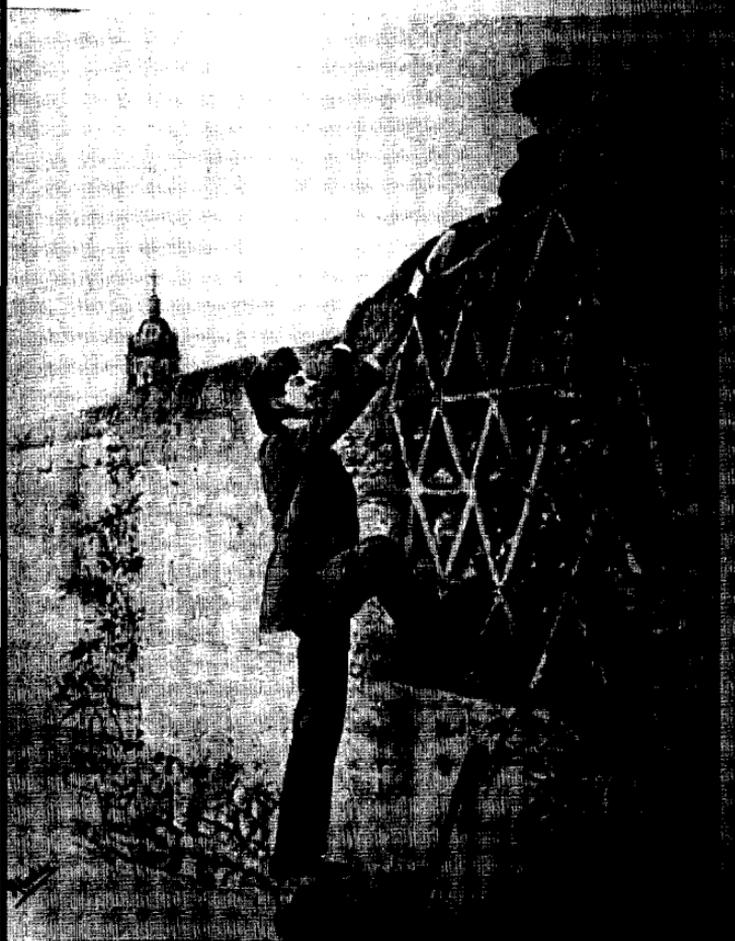
"En este momento, me decía yo, los vivos de México se encaminan al cementerio, unos, cargados con coronas de inmortales, y con funerales cirios que piensan colocar sobre las tumbas de sus deudos; otros, después de haber dado amorosa cita á *otras*, se pasean entre los sepulcros esperando la hora feliz en que la huérfana desolada se presente en el panteón á arrojar flores sobre los frios restos del autor de sus días, que al par que amorosas miradas á esos otros que la aguardan: los de más allá, se introducen entre la multitud que acude á hacer la fúnebre visita con la loable intención de apropiarse uno que otro pañuelo para evitar que el propietario de esta utilísima prenda llore demasiado, no teniendo con qué enjugar sus lágrimas. Ahí deben encontrarse, pensaba yo, transportadas en espíritu al cementerio, la viuda inconsolable, el huérfano desvalido, el amigo solo en el mundo, en fin, todos aquellos á quienes impía Parca ha hecho un desaguisado. Todos están tristes, todos lloran, todos cumplen con el imperioso saber de recordar en este día de ordenanza á los que dejaron de existir y de quienes maldito el recuerdo que hicieron en los demás días del año. Este espectáculo me conmueve profundamente. Mas yo desearia saber, no lo que hacer los vivos á quienes estoy viendo en este momento, sino aquellos por quienes se llora, aquellos á cuyos restos están destinados estos cirios, esas coronas, esas lágrimas que se van á derramar en el panteón. Daria un ojo de la cara por ver que es lo que en este momento hacen los muertos.

(*La Bandera Nacional*. Año I, n. 30, México, 2 nov, 1877, pp. 1-2.)

EL MUNDO

MEXICO, DOMINGO 8 DE NOVIEMBRE DE 1944

Si amor es más fuerte que la muerte.



En el panteón.—Recuerdo del día...

Costumbres Mexicanas EL DIA DE MUERTOS

VALIENTE chasco se llevan los europeos si creen que voy á escribir un artículo lacrimoso. No existe nada de esto en la costumbre que hay en México de solemnizar el día de los fieles difuntos. Se trata de una fiesta tan alegre como la Noche buena, tomando de pretexto á los amigos y parientes que trasladaron su domicilio á los cementerios.

La fiesta se solemniza cambiando de trajes, es decir, es decir estrenando ropa nueva, quizá para recordar que nuestro cuerpo es un ropaje que cambiaremos el día de la muerte. Se manifiesta el sentimiento adornando los sepulcros con flores naturales y artificiales, y se deplora el fallecimiento de los deudos rellenándose el estómago los vivos con calabaza en *chacualole* y borregos de alfeñique.

Quince dias antes de la ansiada fiesta se nota un movimiento desusado en las calles y en el interior de las casas.

Entran á las tiendas de ropa viejas y pollas, pobres y ricos en busca de telas para vestidos, desde el raso de clase superior hasta la humilde manta estampada.

Es de ver como las pollas *cursis* se afanan en transformar sus sombreros y trajes cambiando flores y cintas, encogiendo ó alzando mangas y *colas* hasta que dan una copia exacta del figurin. En cada casa se oye el ruido de las máquinas de coser, ahogando las lamentaciones del desgraciado padre de familia que ha empeñado hasta la camisa ó ha recurrido al auxilio de los usureros para que estrene trajes su numerosa familia y se compren ceras y coronas para los parientes muertos.

Como en México no hay fiesta sin indigestión popular, los comerciantes se apresuran á armar sus tiendas y barracas en la plaza principal, para vender los dulces de costumbre, tales como calaveras de azúcar, borregos de alfeñique, *calabaza en tacha*, y frutas *cubiertas*.

Los vendedores de juguetes fabrican *tumbitas* de tejamanil y *entierritos* con sus *monaguillos* de papel y cabeza de garbanzo; otros hacen esqueletos de barro con su correspondiente guadaña en la mano derecha, y en la izquierda un hilo que por un sencillo mecanismo hace levantarse á un *fraile*, cada vez que la *muerte* mueve el brazo.

Llegado el día de la fiesta acude la gente á los panteones.

Los ricos se contentan con manifestar su lujo y su gusto, cubriendo los sepulcros con ramilletes y *bouqueteros* de cristal y encendiendo enormes cirios. Los curiosos recorren todos esos sepulcros, entreteniéndose en admirar los adornos, sin pensar en la fragilidad de las cosas humanas. Los novios se dan cita en aquella república de la muerte, y cambian cartas y miradas, soñando con vivir mucho.

Se pasea en el cementerio como se pasea en el Zócalo ó en la Alameda, pensando en todo, menos en los difuntos.

La gente pobre, á pesar de sus preocupaciones y de su horror á la muerte, profana las tumbas de sus deudos y amigos, extendiendo sobre ellas blancos manteles, sobre los cuales almuerzan cabezas de carnero asadas en el horno y mole de guajolote, dejando el panteón convertido en un basurero con la inmensa cantidad de hojas de lechuga, pedazos de tortilla y huesos de las cabezas que comieron.

A las dos de la tarde se retiran los concurrentes á sus casas, y por la tarde salen á recorrer las calles para lucir los trajes que han estrenado.

Cuando hay jacalones en la Plaza principal, se pasa el resto del día y parte de la noche viendo las detestables representaciones de pequeñas comedias y zarzuelas, ejecutadas por cómicos de la legua, cuyo espectáculo termina con un baile algo más que deshonesto, cuyo trabajo desempeña una bailarina tísica vestida con un traje abigarrado. El tal baile enloquece a las *calaveras* de casa de vecindad, los cuales gritan hasta el fastidio dirigiéndose á la bailarina: ¡Otro Petronila! ¡Más arriba! ¡Callate cócora!. Y tras frases tan insulsas y falta de chispa y oportunidad como esta.

Las *pollas* y los *pollos* concurren al zócalo, y se pasean oyendo los acordes de la música militar y *recortando*, (palabras textuales) los trajes ridículos que llevan las personas de mal gusto.

A las doce y media de la noche ha concluido la fiesta de los muertos.

Apáganse los farolillos de papel que iluminaban al Zócalo y las barracas en donde se expenden los dulces.

Los muertos salen entonces de sus sepulcros y se lamentan de las profanaciones que sufrieron y del ruido que no los ha dejado dormir en todo el día.

Los habitantes de la ciudad se entregan al reposo y solo quedan en vela los padres de familia haciendo cuenta de lo que gastaron y de lo que gastarán en la próxima Noche Buena.

D. Ciriaco

(*El Centinela Español. Periódico Político y Literario*. T. I, n. 97, México, 31 oct. 1880, p. 2.)



Recuerdos e Impresiones EL OTOÑO Y LAS FIESTAS DE NOVIEMBRE

[...] ANTES, cuando no había en el centro de México mas paseo que el de las Cadenas, encanto de las cotorras de hoy, la visita á las iglesias en que se ostentaban algunas reliquias auténticas ó falsas, de hueso ó de cartón, y el paseo á los cementerios el día de los muertos era lo que atraía la atención de las gentes. Esas reliquias eran una verdadera curiosidad que sería interesante describir en páginas edificantes para enviárselas á Paul Parfait que, podría agregarlas, como una confirmación hispano-americana á sus bellos cuadros de la "*Foire aux reliques*" [...]

Después del día 1º se hacía la visita á los cementerios. El *high-life*, [...] visitaba en la mañana los cementerios, y el bajo pueblo, el *lou life* los visitaba en la tarde. La mantilla no debía rozarse con el rebozo, ni la levita con la chaqueta en esos lugares en que reina la niveladora Muerte. El mundo se resiste a creer que somos iguales ante la tumba, y sobre todo el *high-life*, es el que se encabrita mas con semejente idea. El *high-life* está curioso con sus preocupaciones, y los cronistas están mas curiosos con su *high-life*.

En aquella época los cementerios eran pocos y horribles. Santa Paula que ya era una necrópolis elegante para el tiempo, daba miedo y asco. El sistema de gavetas quitaba toda poesía á la tumba y todo salubridad al edificio y al barrio. El de los Angeles, era lo mismo. El Campo-Florido era miserable y triste, el de San Diego inmundo, el de San Fernando comenzaba á ocuparse con algunos sepulcros artísticos, pero las gavetas conservaban todavía las inconveniencias de la manera antigua.

A esos lugares sombríos, anti-higiénicos y espantosos iba á divertirse la gente de México y á disfrazar sus deseos de

huir, bajo la forma de la devoción á las almas de los fieles difuntos [...]

Espinel

(*La República. Periódico Político y Literario*. Año 1, vol. I. n. 215, México, 31 oct. 1880. p. 1.)

LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

*¡Orad! no dice a su son;
¡Orad! sus dobles inciertos,
Y aun duda mi corazón...
¿Por qué rezo una oración?
¿Por los vivos, ó los muertos?*

SEGUN el Ritual Romano, celebran hoy los cristianos la conmemoración de los *fieles difuntos*, excluyendo piadosamente, de su recuerdo á los muertos infieles.

¡Oh, caridad cristiana! Sin embargo, la humanidad consagra una memoria á todos los que fueron y ya no son.

Paga hoy el hombre su tributo á lo que se llama *muerte*, como si nacer y morir no fueran dos fases del poliformismo de la materia humana.

¡No existe la muerte! Ella es una necesidad de la materia, la redencion del espíritu. Morir es resucitar.

Pero el hombre no siempre comprende esta verdad dictada por la filosofía y el cristianismo, y tiembla y palidece y llora cuando comprende que el ángel de la muerte le va á envolver entre sus alas negras.

Tiembla, y llora ¿por qué? ¿Le espanta el *más allá*, ó le duele abandonar para siempre esa ilusión nada agradable que llamamos vida? No lo sé; pero hay algo desconocido y grande en los sepulcros y en el espacio; algo desconocido y grande tambien en nuestro Corazón...

Rogad por los muertos; pero no los lloreis. Ellos han roto sus cadenas, mientras que nosotros continuamos arrastrando las nuestras y sujetos con ellas á la roca de la vida, como Prometeo en el Cáucaso, para agonizar lentamente!

Lleguemos al cementerio, pero no en romería, ni en son de fiesta, lleguemos, sí, con la frente inclinada por la meditación y con el corazón brotando plegarias.

Lleguemos á visitar á los muertos; pero no á profanar sus sepulcros con el ruido de nuestra algazara y con nuestras observaciones impías. Lleguemos al borde de las tumbas

para saludar a los que se fueron; pero no para insultar su memoria. En ese caso, es preferible no hollar el venerando polvo de los cementerios; ese polvo humano; polvo de la virtud, del talento, del dolor, de la hermosura y de la desgracia...

Lleguemos, pues, con el corazón comprimido, y la garganta estrangulada por la mano del dolor, doblemos la rodilla ante la tumba que guarda los restos de un sér querido, y oremos por él, exhalando en nuestros suspiros, ese torrente de ternura y de lágrimas que producen todas las afecciones del pasado.

Dejemos á un lado los grandes cirios y los soberbios blandones; las ricas coronas de terciopelo negro y los fastuosos adornos; allí, en el cementerio, sobran la vanidad humana, la riqueza y los lacayos. Sobre el sepulcro no se debe poner otra cosa que flores naturales, plegarias y lágrimas de cariño.

[...] La ovacion rie á los muertos cuando se hace pública, pierde todo el mérito que pudiera tener; esa ovacion debe hacerse en la soledad, durante el crepúsculo de la tarde, cuando la plegaria de la naturaleza y el silencio del cementerio arrancan de nuestro corazón no sabemos que sentimientos tan puros, tan santos, tan indefinibles.

Pero visitar a los muertos sólo para exhibir lindos trajes; tomar su memoria por pretexto para entregarse á distracciones inusitadas; gozar, reir, ostentar y llamar *fiesta* á la conmemoración de los que han dejado de ser, eso nos parece un sarcasmo, una burla sangrienta...

Y esa costumbre sin embargo, inmoral y repugnante, está autorizada por la época, lleva el *fiat* de la civilización.

Es justo que rindamos un tributo piadoso á la memoria de los que duermen el sueño eterno; que roguemos por el descanso de sus almas; pero, ¿por qué no hemos tambien de rendir su homenaje á la moda y al lujo, llevando al cementerio nuestros recuerdos mezclados con un poco de vanidad?...

Nuestra sociedad, petrificada en la indiferencia, apenas se apercibe de lo que pasa en su torno; parece que no tiene tiempo más que para ocuparse de sí misma; de sus goces y de sus placeres, tiene la conciencia, de que la vida no es otra cosa que una simple estación del ferrocarril del otro mundo, y ve pasar á los muertos con los ojos enjutos; las lágrimas, si es que quedan algunas se reservan para engañar á los vivos, y no para llorar á los difuntos.

Además, el consuelo es una necesidad del alma ¿Ha de convertirse la sociedad en plañidera, para ir constantemente llorando y rezando detrás de los entierros?

Dejemos el *funeris apparatus*, ya que el mejor modo de curar un dolor, es distraerlo.

¡Gocemos, á la salud de los difuntos!

(*La Tribuna. Diario Independiente.* Suplemento n. 335, T.II, México, 2 nov. 1880, s/p.)



Recuerdos de México-1808

LA FIESTA DE LOS MUERTOS

HACÍA muchos días que todo me anunciaba la llegada de esta fiesta. Junto á las *Cadenas*, en el espacioso átrio de la Catedral, no se veía otra cosa que vendedores de juguetes representando túmulos, comitivas fúnebres, esqueletos, calaveras y demas atributos de la muerte. No había una clase de la sociedad que no estuviese representada en aquellos diminutos juguetes para los niños, distinguiéndose fácilmente sus categorías; pues desde el obispo mitrado, hasta el general de lujoso uniforme, desde el rico propietario, hasta el modesto artesano con alguno de sus instrumentos en la descarnada mano; todo era una representación ó recuerdo de que la muerte nos iguala á todos.

Aquellos puestos eran invadidos por una chillona y compacta muchedumbre de niños y niñas.

No ménos curioso era el espectáculo que ofrecían á las observadoras miradas del viajero, los *jacalones* ó tiendas improvisadas en el *Zócalo*, donde se expedían las calaveras y canillas del dulce favorito de la temporada; y allí se veían también los voluminosos vasos del *pulque* de diversos colores, descansando entre las flores de la estación.

Todo es allí una alusion viva al término irremediable de cuanto existe, si se exceptúa á las hermosas hijas de la ciudad de Moctezuma, que ostentan entónces en sus trajes los colores más brillantes del iris, y en cuyo rostro encantador no se ve sino vida, contento y animacion, lo mismo que en todos los semblantes. Así, aunque como hemos dicho, los dulces y juguetes recuerdan la muerte, los hombres la hacen olvidar. Y no puede ménos que ser así; pués allí la mujer con sus encantos, el amor que se traduce en las miradas, los niños con sus juegos los gritos de los vendedores, y las risas y palabrería de los hijos del pueblo, cuyo contento se ha aumentado con la repetición de sus besos á los vasos del

pulque, todo manifiesta un placer grande y bullicioso, que no turban las campanas con su grave y magestuoso sonido funeral, doblando por los que fueron y convocando á hacer oracion por ellos.

Los individuos de aquella sociedad, parece que recuerdan que las horas de la vida pasan para no volver, y quieren gozar hasta el último instante, sin distraer tan preciosas horas con el recuerdo de los séres queridos que ya no existen, y cuya falta es inútil lamentar.

Desde que se aproxima la fiesta de los muertos, los teatros de segundo y tercer órden, se encuentran en las tardes y en las noches invadidos por una concurrencia numerosísima, que acude á las funciones de *títeres*, ó de comedias y zarzuelas representadas por pésimas Compañías de aficionados, en que nunca falta su respectiva bailarina; y es tal la costumbre que existe en México, de concurrir á los *títeres* en aquellos dias, que allí encuentra á personas de gran ilustración, de elevada posicion social y aún años avanzados.

Pero, ha llegado el verdadero dia de la fiesta: el clásico 2 de Noviembre.

Los teatros, hasta los principales se hallan henchidos de concurrentes desde las cuatro de la tarde.

Los mozos, criados, etc., todos se encuentran satisfechos, pues ya han recibido la *calavera*, obsequio en numerario que, unas veces voluntariamente, y otras por el recuerdo que han hecho ellos mismos, han tenido que condescender los amos, los compadres, y muchas veces aún los conocidos.

Los cementerios ó panteones son el punto en el que se reunen millares de personas de todos sexos, edades y condiciones, que se van renovando continuamente. Las tumbas se encuentran, en lo general, adornadas de guirnaldas de flores amarillas y lazos de crespon. Algunas ostentan los retratos de las personas que en ellas descansan; y aquí, y allí arden grandes hachones de cera, frente los sepulcros de los deudos de algunos que pueden gastar ese lujo. Una que otra persona se halla arrodillada sobre la losa, que cubre á algún sér

querido. En muy pocos ojos se ven las lágrimas que arrancan al corazón los recuerdos, y la concurrencia con ávida curiosidad lee las inscripciones de los sepulcros, los versos de las cintas que penden de las coronas fúnebres, y moteja los pensamientos, ó se rie de las frases que acaso, dictó un cariño acendrado.

Los que van pasando hacen sus observaciones sobre cuál es el sepulcro que tienen más luces y mejores colgaduras. Así la murmuración no abandona al hombre ni en la última morada, ni el desvalido deja de ser mirado con indiferencia suma, porque no puede ostentar en ella un esplendor y grandeza capaces de atraer la admiración de los curiosos y alegres visitadores de su tumba, en el día en que la Iglesia Católica, recuerda á sus fieles el deber que tienen de orar por el descanso de us hermanos! Para los que visitan los panteones, y en general para casi todos no tienen significación aquellos hermosos versos de Mr. de Lamartine:

*Sí, caros manes, dicha duradera
De quien sabe llorar, es el lloraros
Pedazos sois del corazón, y fuera
Olvidarse á sí mismo el olvidaros.*

Yo cruzaba por entre aquella multitud indiferente y desconocida para mí, en el panteón de San Fernando, con el corazón oprimido de tristeza, al pensar que no podía acercarme á humedecer con mis lágrimas las flores colocadas por mi mano misma, sobre el frío lecho de las personas que me habían abandonado aquí en este suelo porque tanto suspiraba yo. Ah! qué sentimiento tan profundo invadía mi alma, al ver que en aquel sitio no podía leer las cifras de algunos sepulcros que me habían de traer á la memoria la historia de otros días más felices!

Aquellas urnas encerraban la verdad, las cenizas de hermanos míos; pero hablaban más al pensamiento, que al corazón. Este se ha acostumbrado á suspirar más bien por

egoismo. Sí porque ¿qué otra cosa es lamentar la muerte tan sólo de aquellos á quienes nos liga algún lazo de amor, amistad ó parentesco, y cuya ausencia deja un vacío en nuestro pecho? ¿Qué otra cosa es, si no egoismo, llorar únicamente por los séres que hacen falta al nuestro?

Con el alma llena de estas ideas recorría yo el panteon, deteniéndome algunas veces con la multitud ante algun gran mausoleo. Allí estaban los restos de algunos héroes, cuyos nombres traían al pensamiento grandes recuerdos históricos. Allí estaban confundidos los hombres de todas las opiniones políticas en que desgraciadamente se ha visto dividido nuestro país, porque la muerte lo nivela todo, y á la morada última no llena los rencores y malas pasiones. En todos aquellos sepulcros había flores y coronas fúnebres, que ninguna mano sacrílega se atrevía á tocar.

Ya me resolvía á separarme de aquel sitio que estaba infiltrado en mi sér tanta melancolía, cuando vino á detenerme la presencia inesperada de un paisano y amigo mio, que al verme exclamó:

—Has visto á Guadalupe?

—No— le repuse.

—Pues ella debe estar aquí, segun los informes que tengo: necesito que tú me acompañes.— Y diciendo esto, me tomó del brazo y me obligó á seguirle.

Guadalupe era una graciosa morena á quien mi amigo hacía el oso, muchacha llena de fuego, gracia y simpatía, que más bien que hija del frio cielo de México, parecía nacida bajo el sol de los trópicos. Esta circunstancia había hecho desaparecer la tranquilidad habitual de mi amigo, que sin pedir permiso se introducía, llevándome consigo, por entre aquella compacta muchedumbre. Tanto fué su empeño y afán, que al fin encontramos el objeto deseado.—Mi compañero no era de esos que se conforman con expresar el amor con los ojos, á larga distancia siempre del objeto amado. Así, por el hecho de haber hablado con Guadalupe en una tertulia, se creyó no sólo autorizado á dirigirle la palabra en

aquel sitio, sino tambien á presentarme á ella, como en efecto lo hizo cuando yo méos lo esperaba. Qué encantadora ha venido vd. á la fiesta de los muertos, Guadalupe. Abandonarian su tumba muchos de ellos, si sintiera que vd. en este momento pasa á su lado, y le dirían tantas palabras de amor, como...

—Qué lisonjero es el paisano de vd.,— me dijo Guadalupe, sin dejar concluir la frase á mi amigo, y como temiendo una nueva descarga. Ya vería vd.—continuó— los versos del sepulcro de Sofia.

—Sí señorita, y me han agradado tanto, que son los únicos que he copiado en mi cartera. Como que los dictó el amor—interrumpió mi amigo, que no quería dejar pasar la oportunidad de declarar su pasion aquella tarde; y se acercó más á Guadalupe. Yo, disimuladamente, llama la atencion de la amiga que la acompañaba, haciéndole notar la belleza de un sepulcro que representaba un monton de piedras informes colocadas sin idea, sobre las cuales, crecía el musgo y se entrelazaba la yedra, rematando con una cruz rústica. Continuaron ambas señoritas la visita del panteon, y nosotros con ellas. Inesperadamente nos detuvimos ante un modesto sepulcro junto al cual ardían dos cirios, y oraba con las lágrimas en los ojos un hombre de avanzada edad. Sobre la losa se leía este sólo nombre: Cármen...

Guadalupe reconoció en aquel hombre á un antiguo amigo de su casa, y llena de ternura, le dijo:

—¿Es vd., D. Andrés? Hacía tanto tiempo que no le veía! Pero... ? qué sepulcro es ese, ante el cual se encuentra vd. llorando? Ah! Guadalupe! A quién había de llorar si no fuese á Cármen; á mi hija.

En este momento miré sin intencion á mi amigo y le encontré demudado, queriendo ocultar su emocion y fingiendo entretenerse en ver á los que pasaban á nuestro lado. —Cómo! —replicó Guadalupe— Cármen ha muerto, y nunca nos participó vd. nada hasta que por esta triste casualidad vengo á saberlo!

—Qué quiere vd.! la desgracia anonada; yo he sido muy desgraciado, y no quise hacer participe de mis pesares á nadie.

—Pero de qué, y cuándo murió? Perdone vd. si renuevo su dolor; pero...

—La historia de su muerte es bien larga y triste; acaso algun dia se la cuente yo á vd. Por ahora, bástele saber que hace algunos meses que murió, siendo la causa un jóven yucateco que... Al oír aquellas palabras, no pude ménos que desconcertarme. Guadalupe, perspicaz é inteligente como pocas mujeres, comprendió que era inconveniente proseguir allí, é interrumpió al anciano D. Andrés, despidiéndose y citándole para su casa al dia siguiente.

Mi amigo, sobre cuya situacion no podía haber ya duda alguna, para manifestar que nada había escuchado, ó cuando ménos, que le era indiferente saber ó nó aquella historia, quiso anudar el hilo de su interrumpida plática con la hermosa Guadalupe. Yo no pude distinguir lo que le dijo; pero no perdí una sóla palabra de las que ella respondió.

—Todo es inútil; y si ántes dudaba contestar á vd., hoy le dijo que no piense más en mí.

—Pero...Guadalupe!

Que no piense vd. más en mí. Además, es vd. yucateco, y yo necesito saber esa historia. Hay en la frente de vd. una nube sombría, desde que ha escuchado á D. Andrés. La historia de Cármen, que mañana sabré, y que ha fingido vd. no interesarle nada, debe estar íntimamente ligada con la de vd.: despues de oirla, acaso no podría contestarle de la manera que hoy lo hago. Adios...

Nos despedimos, llevando cada cual ocupado el pensamiento con las ideas más confusas y extrañas.

La noche habia tendido ya sobre la tierra sus sombras, y la ciudad iba quedando gradualmente sumergida en el mas profundo silencio.

Más tarde, al retirarme al hotel, de vuelta del Gran Teatro Nacional, encontré que en mi cuarto me esperaba una

persona: era mi amigo que necesitaba desahogar sus penas, refiriéndome la historia que al día siguiente había de escuchar Guadalupe de los labios de D. Andrés.

En efecto, mi amigo, con un amor imprudente é irreflexivo, había conducido al sepulcro á una hechicera jóven de quince años, que no era otra que la que descansaba en el panteon de San Fernando, y ante cuya losa oraba s desconsolado padre.

Nos pasamos el resto de la noche en esta larga confidencia que acaso pueda publicar algun dia; lo cual por hoy me está vedado.

Mérida, 1870
Francisco Sosa

(El Nacional. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Agricultura, Minería y Comercio. Año I, n. 50, México, 2 de nov. 1880, pp. 1-2.)

MAÑANA

SOMOS felices ¿quién se atreve á negarlo?

Mañana se celebrará en los cementerios el dia de difuntos con la algazara de costumbre.

Alegraos, ciudadanos noveleros, que vosotros dareis pábulo á ese instinto humano que se llama curiosidad.

¡Regocijaos, codiciosos del bolsillo ajeno! tendreis ocasión de ejercitar la destreza de vuestras manos!

¡Batid palmas, jóvenes elegantes, y no elegantes! vosotras podreis desplegar todo el atractivo de vuestras coqueterías y lucir vuestra más preciosa falda en San Fernando y San Diego.

Tengan otros pueblos más cultos el lamentable criterio de no hacer manifestaciones fúnebres ruidosas, en el dia consagrado á honrar la memoria de los que fueron.

Nosotros no hemos de ser tan plagiarios que vayamos á copiar lo que la experiencia y el buen sentido de las naciones adelantadas nos enseñan.

Cada pueblo tiene su modo característico de ver las cosas; y esto ya lo observó en su tiempo el gran razonador Pascal, cuando dijo que unos cuantos grados de latitud sobre el meridiano, bastaban para cambiar completamente, el sentido moral de los pueblos.

Nuestro modo de sér especial, es el movimiento, la animación; todo aquello, en fin, que tienda á agruparnos en un mismo sitio, y que deleite nuestros sentidos, ya se trate de una revista de tropas, de unos fuegos artificiales, de una corrida de toros, ó de un entierro.

Verdaderamente no podemos bendecir a la Providencia que tales inclinaciones nos ha dado. ¿Qué sería de todas la manifestaciones públicas, sin las exterioridades?

Es verdad que los preceptos morales del cristianismo, sólo nos dirigen á perfeccionar el espíritu, pero esto no obsta para

que al mismo tiempo presentamos algun esparcimiento agradable á los sentidos.

¿Quién no se duerme ante la perspectiva de la moral pura? Buscadme en estos tiempos, aunque sea con linterna de Diógenes, un hombre capaz de oír sin bostezar los discursos de Platon, sobre la inmoralidad del alma, el sermón de la montaña de Jesus ó las homilías de Bossuet.

Pero si dais al cuadro su correspondiente colorido: si sabéis que teneis miles de espectadores de vuestro dolor, verdadero ó fingido; si los sepulcros de los ricos, soberbiamente adornados, impresionan al sentido de la vista; si añadís á esto luces, cantos, sollozos, toques de campana, entónces ya es otra cosa, las ceremonias tienen atractivo y a buen seguro que no faltarán concurrentes al espectáculo.

¿Cómo no compadecemos de la candidez de los historiadores romanos que aseguran haberse oído en las orillas del Tiber, durante los primeros años del Cristianismo, voces que gritaban: "¡El Dios Pan ha muerto!" al ver que dios Pan aún vive entre nosotros?

Algunos pueblos más atrasados que el nuestro, como que son salvajes, tienen todavía la puerilidad de honrar sin estrépito á sus muertos.

Queremos conservar nuestras costumbres del día de difuntos. La tradición y la historia, entran por mucho en estas costumbres y además el negocio que hace mucha gente para quien este día es como una feria.

Examinad mañana á un concurrente á los cementerios en los pequeños sacrificios que la visita le impone. Ved cómo se resiste á quitarse el sombrero si el aire sopla un poco frío, y observad con qué vacilacion hinca la rodilla en tierra si aquel día ha estrenado un pantalon ¿Y de esto qué se deduce? me preguntareis. ¿Que las visitas á los cementerios en este día son inútiles? ¿Qué deben suprimirse?

Iba yo á contestar formalmente que sí; pero recordando lo que son las costumbres populares, no puedo menos que decir con un personaje de zarzuela:

—Siga su curso la procesion.

Florian

(*El Nacional. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Agricultura, Minería y Comercio.* Año II, n. 208, México, 1 nov. 1881, p. 1.)

o nuestra
no lo fué
uero que
e, lo civi-

star como
perros y
miradas
á escapar
dientes y

ana esta-
como un
recha, los
ajos y te-
la boca
rufiendo.
desgreña-

5 Gabriel

ed á edu-
oci yo á
... y al
ce inten-
aran.



EL DUELO.

Torpe... no era torpe para en-

Esto dijo Margarita, y se echó del mor-

deza, pe-
andar, o

Gustit
sobre to

Se había
- Por
lealtad d
rándome

Ya no
algunos
mi donce
Gabrie
dijo.

- ¡Le
más crin
llega has
Saturni
á un pit
se ciega
ta brut
cuando l

Una t
impacie
á Gabrie
del mor

MIENTRAS DOBLAN

LA MUCHEDUMBRE invade los cementerios como una marea oscura. Los cirios arden junto á las cruces blancas de las tumbas, en el verde enverjarado de los sepulcros, en las doradas arandelas de los nichos. ¡Oh fiesta de los muertos qué, triste eres!

Para estimar y comprender mejor tu honda tristeza, es necesario ir á esos Campo-Santos ignorados, á esos humildes cementerios de los pueblos, á esos musgosos atrios de parroquia, con sus cruces de palo y sus cipreses altos.

Aquí la vanidad lo invade todo! No tenemos espacio para pensar en esos pobres séres que partieron ántes que nosotros; la ola nos arrastra, el viento nos empuja, el rumor de la mar nos ensordece y ni aún ni siquiera vemos la mano que nos señala el hondo abismo, como tampoco acierta á distinguir el pasajero, en una noche oscura y tempestuosa, la roja luz que anuncia el próximo peligro. En nuestros países tropicales y bien queridos por el sol la muerte es menos triste. Aquí los Campo-Santos brotan flores y la violeta empina su cabeza de ametista sobre el césped de las tumbas. La luz colora todo, y entre esas avenidas de árboles frondosos cuya raíz se encaja en la madera de los ataúdes, entre esas callejas aromosas de naranjos, se piensa con fruicion religiosa en el poema de los universales metamorfoseos. El cielo está muy claro, muy tranquilo y tras él se figura nuestra fantasía el país de las almas, el lugar en donde nos aguardan todos los que amamos; las flores que la escarcha del invierno no ha podido marchitar alfombran el cementerio humedecido; el aire nos trae en sus sonoras ondas rumores de hojas que se mueven, murmurios de agua y trinos de ave; la gran natualeza nos rodea con todos sus encantamientos prestigiosos y la muerte pierde una parte larga de su espanto, la muerte se trueca en la transformacion inacabable; ya no es el cadáver ese pobre y mezquino cuerpo maniatado que se pudre en la estrechez

hedionda del sepulcro, es un puñado de materia orgánica que se descompone, que entra en el torbellino de la vida, en el gran Cosmos; es un puñado de materia cuyos átomos van á formar la tez aterciopelada de las amapolas y el esmalte brillante del *mysothis*, el oro de la estrella que tilila y la pluma del pájaro que vuela.

Pero en las ciudades brumosas del Norte, la muerte cobra todo su terrible horror; allí es donde Lutero dice contemplando á los que yacen en el Campo-Santo de Worms: *Invidéo quia quiscunt*, envidia á los que duermen; allí es donde el espíritu se encoge ante el sepulcro; allí es donde los muertos tienen frio, padecen hambre y sienten sobre sus desnudas carnes tentáculos invisibles y mordedura de gusano; allí parece que la vida se prolonga en esas hoquedades subterráneas y los cierzos que bajan de las nevadas cimas de los montes, van cargados de quejas y sollozos, tristes vagidos de los pobres niños que lloran en la tumba y que llaman con grandes voces á la madre, y hondos lamentos de la doncella enamora en cuyo seno de alabastro hormigean los gusanos de la tumba.

Jamás pueblo ninguno de la tierra ha sentido mejor ese terrible espanto de la muerte que el Egipto. Las formas oscuras de una absurda teogonía les enseñaban que hay algo que sobrevive al hombre en el sepulcro y que esa sombra de la vida, como la llamaban, há menester de alimentarse y de nutrirse, de trabajar y de rezar como nosotros. Tenía aquella creencia algo del Purgatorio cristiano, pero era todavía más espantosa. La muerte se convertía en una irresistible catalepsia, en una tortura inenarrable y casi eterna, y el cadáver en uno de esos enterrados vivos cuyos suplicios nos refiere la leyenda. La momia sentía las exigencias de la vida, sin poder satisfacerlas; la acosaba la seda, padecía el hambre, y sus brazos osificados de esqueleto no podían procurarle la gota de gua clara que refrescara sus ardientes labios ni el pedazo de pan que mitigase su hambre. En ciertos dias los egipcios llevaban á las tumbas de sus deudos, todas vueltas al oriente,

panes y manjares que eran como la provision de sus sepulcros; y los ricos, pintaban en las paredes de los hipogeos figuras de servidores y de esclavos, llevando en sus manos bandejas con alimentos y garrafas de agua. Aquella inmensa servidumbre inmóvil bastaba para la vida de ultratumba.

Para nosotros, la muerte no es ese suplicio horrendo. El cristiano ha puesto en cada tumba el *Resurrexit!* Resucitará. La fiesta de los muertos es con más propiedad la fiesta de los resucitados. Subsiste sin embargo, purificada por un dogma divino, la creencia de que podemos todavía consolar á los séres que amamos y mitigar sus penas aún despues de muertos. Es la doctrina del amor en una forma más perfecta. Ya el cadáver no sufre las torturas físicas del hambre, de la sed y del cansancio; pero padece en ese Purgatorio místico en donde se depuran los espíritus; ya no recibe el tributo de los manjares y los panes, sino el tributo de las oraciones; pero cada oracion abrevia el plazo de su destierro y su martirio, como cada uno de esos manjares del paganismo mitigaba el hambre devorante de los muertos; el mismo lazo liga á los séres que son con los que ya no viven esta mezquina vida de la tierra; solo que en la piel del gusano han brotado alas, y la tosca materia se ha hecho espíritu.

Hay mucho todavía de horrible y de espantoso en nuestros cementerios. La imaginacion popular sigue mirando el movimiento de la vida, bajo la dura losa de las tumbas. Por eso llevan los frutos y manjares de la ofrenda, que es, en rigor, la misma usanza egipcia. Ayer he visto en el silencio de un humilde Campo-Santo, á una doliente madre que llevaba para la tumba de su hija una muñeca. La pobre niña es ya un cuerpo disyecto, un poco de materia que se descompone, podredumbre y nada. En su cuerpo descarnado han hecho su festin los gusanos; falta un pedazo de labio á su pequeña boca y un pedazo de párpado á sus ojos apagados: sus opulentos rizos rubios son ya una madeja enmarañada de filamentos asquerosos; se ha escapado el perfume y está rota la urna. La madre, empero, con esa persistencia terca del

cariño, no quiere creer en aquella descomposicion y aquella muerte. Su sentimiento se rebela contra ese misterioso trabajo de la destruccion. Mira la cuna con sus colchas blancas y su cortina de encaje; el peine de marfil con que aliñaba la cabellera blonda de la niña; el vestidito azul que describía tan bien sus brazos blancos y los botines de raso que aguardaban tristemente bajo de la cuna. Allí conserva un bucle cortado á la cabecita de la muerta; un guante diminuto que oprimió su mano, y la última rosa que adornó sus rizos. La casa guarda aún las huellas de la niña, como guarda el cojín el hundimiento que le imprime la rodilla. Esa porcelana rota era en la que tomaba su tisana la enfermita. Aquella es la muñeca que le compraron, para que tomase aquel brevaje amargo. El canario se ha muerto en su jaula de alambres dorados, porque ya no hay quien cuide de él. Ya no hay voces, ya no hay ruidos, ya no hay risas, y la madre, moviendo todavía la cuna, piensa en aquel semblante rafaëlesco que se fué descolorando poco á poco; en esa palidez marmórea que iba revistiendo el cuerpo de aquel pedazo de su alma; en su tocesita seca y sus bracitos flacos, tan estenuados y tan débiles; en la luz mortecina de sus ojos azules que parecían hundirse, ya rodeados por las tristes violetas de la muerte; en su voz moribunda que ya no tenía vigor para la queja, y en las azules venas que se iban perfilando en su garganta: oye el golpe de la cucharilla de plata en la porcelana de la taza; la ahogada respiracion, los gemidos apenas perceptibles de la niña; mira al doctor con su semblante adusto y sus dedos cargados de sortijas, la ansiedad del padre, los pasos recatados de las enfermeras... Luego, vuelve á lanzar aquel grito desgarrador que solo se lanza una vez en nuestra vida de dolores; llora mucho, mucho; caen sus lágrimas sobre el helado cuerpo de la muertecita, quieren arrancarla de aquel lugar y se ase con fiereza á los barrotes de la cama, ¿por qué le disputan esa última entrevista? ¿por qué le niegan ese diálogo supremo? y habla y habla como si todavía pudiera oirla, y le pide por Dios que no se vaya, y la besa á un tiempo

mismo en todas partes, como si fuera á devolverle con sus besos el calor, la vida, el alma, hasta que cae postrada ante la crueldad inflexible de la muerte, ya no tiene fuerzas más que para prorrumpir en ese amargo llanto, que va paulatinamente descendiendo como una lámpara que se apaga, como una vida que se extingue; hasta que llegan y rodean de cirios aquel lecho blanco, y lo cubren de rosas recién cortadas y de lirios blancos; hastan que llegan, por último, los enterradores y la arrebatan de sus brazos que ya no tienen fuerza para resistir, y la colocan como una virgencita de cera en el pequeño ataúd con clavos de oro; ya no grita, ya no hace esfuerzos, ya no llora, ya está resignada; oye los duros golpes del martillo que encaja los clavos en la estrecha caja, y ve cómo se la llevan despiadados á ese país de donde nadie vuelve.

Su madre la tierra
El seno le abrió,
el húmedo musgo
Su frente cubrió

!Pobre madre! Con esa persistencia tierna del cariño no quiere, no puede creer que su hija ha muerto; y cuando sopla el viento en las heladas noches de Diciembre, llora pensando que aquel blanco cuerpo siente frio en la tumba, y no tiene quien lo arrope ni quien bese sus piés color de rosa para calentarlos. Por eso pasa allí las tardes, junto á la triste lápida mortuoria, esperando escuchar algun ruido, y trae para su hija el aro con que solía correr por los jardines ó la muñeca cuyos vestidos cosía con sus manitas de ángel. ¡Ay! ¡Qué duro que es el sueño de los muertos cuando no oyen el gemido doliente de las madres!

M. Gutiérrez Nájera

(*El Nacional. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Industria. Agricultura, Minería y Comercio.* Año II, n. 208, México, 1 nov. 1881, p. 1.)

LA MUERTE

DEJAR de existir!. Hé aquí una idea terrible, que llena de espanto á la humanidad, y que sin cesar la persigue, turbando hasta las horas fugaces del placer.

La muerte ha sido colocada por los cristianos en la puerta del infierno, unida al pecado para hacerla más odioso y terrible, y los paganos también la llevaron al imperio de Pluton, probablemente con idéntico objeto.

Unos y otros habrían querido sustraerse á su fatal dominio, dejándola allí para siempre prisionera, y aun llegaron los últimos á intentarlo, según la fábula, valiéndose del libertino Sísifo, para que la encadenara, alentando que éste expía en el Averno, subiendo á la cima de alta montaña una roca enorme, que se precipita espontáneamente, para hacer interminable la tarea.

No hay poder humano, en efecto, que á competir con el de la muerte alcance, y pues es así, dejémosla mal de nuestro grado, que ejerza su funesto oficio, renunciando a la esperanza de que se le colme la medida, porque ésta no tiene fondo; es como el tonel de los Danaides; y hagamos algunas reflexiones que en lo posible nos consuelen de tan triste convicción.

De tal modo está grabada en nuestra mente la terrífica idea de la muerte, que hasta ahora, no hay, que sepamos, manera alguna de desecharla; y siendo así, comprendemos la necesidad, ni la importancia de las conocidas palabras que en el primer día de la cuaresma pronuncia el sacerdote católico, al poner sobre la frente de los fieles la simbólica ceniza, por más que se afirme que esta ceremonia es también un correctivo de la vanidad, pues ya está bien probada su ineficacia.

Es nuestro sentir, mas atinados se mostraban los antiguos egipcios cuando colocaban sobre las mesas de sus banquetes algunas calaveras, para recordar la brevedad de la vida y

excitar la temperancia de los comensales, muy rebelde, á juzgar por la necesidad de semejantes estímulos.

Nos inspira la muerte muy serios temores, porque, segun el raciocinio más comun, ó termina todo en el abismo de la tumba, ó más allá de ella hay otra vida de eterna gloria, ó de sempiternos lamentos, reservada á nuestras buenas o malas obras. Si lo primero, la idea de la nada siembra en el alma el más hondo desconsuelo, porque, en efecto, ¿qué queda de la bondad y de la sabiduría de un Dios semejante al Molooch de los Asirios, sólo nos dá el martirizarnos por un poco de tiempo y arrojarnos despues al espacio, en donde se pierda hasta la memoria de nuestra existencia?

Si lo último ¿puede mayor desventura afligirnos que la amenaza formidable de que cuando el llanto de nuestros ojos haya cesado en la tierra, sólo será para seguir llorando por todos los siglos en la ingrata compañía de Satanás y sus secuaces, enmedio de los más crueles y brutales tratamientos?

Y nos se nos objete que la duracion de las penas debe estar en armonía con la de los premios, para que no se destruya el principio de justicia que consiste en la equidad con que debe darse á cada uno lo que corresponde, pues si es fácil explicarse la eternidad de las recompensas porque está en perfecta relacion con la bondad infinita del Creador Supremo, no puede comprenderse de ningun modo la perpetuidad de los castigos, por estar en abierta pugna con la infinita misericordia del mismo Supremo Criador.

En otro artículo ampliaremos este pensamiento, emitiendo algunas ideas referentes al infierno, segun el juicio que respecto de él hemos podido formar en la pequeñez de nuestras facultades.

Por ahora, y para dar fin al presente, humilde trabajo, sólo agregaremos unas cuantas palabras.

La verdad es que todo lo que el hombre debate, tiene su pró y su contra, sin que muchas veces baste la luz del choque de las opiniones; y contrayéndonos al caso que nos ocupa,

dirémos: que si á un individuo lleno de juventud, sano, opulento y feliz se le amenaza e muerte cierta, le verémos estremecerse de horror y portarse como un cobarde en tan crítico lance. Ahora bien: haced lo mismo con un anciano, lleno de achaques, pobre, desdichado; y si es creyente, si ha cumplido todos sus deberes de modo que su conciencia esté enteramente satisfecha; la muerte se presentará á sus cansado ojos, no imponente y terrible, sino amable y cariñosa, y será para él tan grata como el blando lecho despues de un dia de grandes fatigas.

Cumplamos pues fielmente las obligaciones todas que por Dios y por los hombres nos han sido impuestas, y esperémos la muerte en la tranquilidad de los justos.

Ella sólo es sensible para los delinquentes que desean que no llegue nunca el momento de comparecer ante el Juez Supremo; y es temible, porque saben que no tienen derecho ninguno á los ricos galardones destinados á la virtud triunfante; mas no porque teman arder para siempre en los profundos infiernos, cuya existencia los tienen sin ningún cuidado.

Figarete

(*Diario del Hogar. Periódico de Familias.* T. II, n. 35, México, 27 oct. 1882, p. 1.)

Los Inmortales

EL DIA DE MUERTOS

...SIN METERME á indagar lo que significa verdaderamente esta fiesta de los muertos, inspirada por otras ideas y mantenida por las constumbres, simplemente, automáticamente, y dejándome arrastrar por la corriente humana que se dirige a los cementerios este día para visitar las tumbas, fui yo también a verlas como podría haber ido, en un día diverso, no con un objeto religioso, sino con un objeto puramente humano, indagador y reflexivo:

Veremos, me dije, como se halla la inmortalidad, a juzgar por la revelación de nuestros cementerios. Y corrí a los más concurridos y a los más lujosos. En ellos se opinaba la gente, gente de todas las clases sociales, pero con especialidad de la clase rica; de la que gusta exhibirse con sus trajes de moda, con sus alhajas, con sus escándalos de opulencia y de orgullo [...]

Después de todo, me decía un amigo serio y positivista, si consideramos esta vanidad de los ricos desde un punto de vista puramente mercantil, encontraremos que tiene su utilidad. Da dinero a las canterías, da trabajo a los arquitectos y escultores, produce derechos al fisco, desarrolla el gusto santuario de los sepulcros, y ahora este día, vea usted, produce también un movimiento extraordinario en muchas ramas de la vida industrial, los jardineros ganan mucho con sus ramilletes, lo cual hace progresar el cultivo de las flores, los que labran cera, ganan con la venta de los cirios, la cual mantiene el cultivo de las colmenas, que tiene tan pocas aplicaciones ya; los empresarios de ferrocarriles se llenan los bolsillos este día, lo cual deba estimularlos a componen y mejorar sus vías, las modistas ven llegar el día de muertos con alborozo, porque, aunque la visita a los panteónes no es la causa principal de los estrenos de Noviembre, si influye, en mucho, pues el traje negro y nuevo es de rigor para

mostrarse aquí... y si sale usted de esta necrópolis del fausto y del orgullo y vé usted por ahí... esos otros cementerios más modestos, en que el pueblo humilde encierra en pobres sepulcros a sus muertos, verá usted además el movimiento comercial continuarse hasta en sus ondas más remotas y extrañas, hasta el vicio. Hoy hay banquetes al aire libre, junto a los sepulcros, y estos banquetes al aire libre, junto a los sepúlcros, y estos banquetes son opíparos y consumen mayor cantidad de sustancias alimenticias hoy, las calzadas que conducen a los cementerios están pobladas de figoneras, y el arte culinario callejero está de enhorabuena, hoy se riegan las lozas sepulcrales más bien que con lágrimas, con una catarata de pulque y de aguardiente. Todo eso es todavía y siempre, aunque en otra esfera, la inmortalidad molecular [...]

Al terminar el día, los criados y las criadas recogían los crespones y las flores de trapo y las coronas de inmortales, apagaban los cirios y vaciaban los braseros de perfumes en el suelo, no sin empinar el último trago de pulque en el jarro que sacaban de un maceton de flores. Movíanse disputas acá y acullá por la pérdida de un moño de crespón o por la posesión de un cabo de cirio, y aquella servidumbre, indiferente e irritada por el sol y el fastidio, se abandonaba a escenas de risa y de burla, semejantes o peores que las de los sepultureros de Hamlet.

Por último, desfiló hasta el último criado y el guardián cerró el panteón, dieron las once de la noche, el silencio y la sombra llenaron aquél recinto lúgubre e inponente, en el que sólo se escuchaba el rumor de los árboles del jardín vecino, que mecía el frío viento de la noche.

(*La República. Diario de la Tarde*. Vol. VIII, n. 133, México, 2 nov. 1883, p. 1.)

CRONICA DE LA GACETA

NUESTROS bondadosos abuelos crearon y vulgarizaron un proverbio que ha llegado hasta nosotros, en alas de la tradición y de la fama; el tal proverbio dice:

"Dichoso el mes que empieza con todos santos y acaba con san Andrés".

Noviembre, sin embargo del proverbio, es un mes nebuloso, frío lluvioso, en fin, está como saturado de tristezas y que pudiera ser de otro modo, cuando en él se celebran Todos Santos y San Andrés, lleva por decirlo así, en su seno, y mejor aún, en su cabeza, la conmemoración de los difuntos.

¡Quién puede estar alegre y dichoso en un mes que se inicia con dobles y responsos, con lágrimas y tristezas. Un mes es este que se recuerdan á los seres queridos que ya no existen, y sobre todo, este es el golpe de gracia que voy á dar Noviembre, el mes en que, á fuerza de pensar en tanto muerto venimos á parar en la triste, terrible, y lúgubre espantosa y enloquecedora idea de que nosotros, ese yo tan querido, tiene que desaparecer de este hermosísimo lugar, llamado tierra, hermosísimo sí, pésele á aquellos que le llaman valle de lágrimas [...]

Robinson

(*La Gaceta*. Año II, n. 27, México, 21 nov. 1883, p. [1.]

NOVIEMBRE

NO SE QUIÉN ha dicho que Noviembre es para los desgraciados el mes de los negros pensamientos y de los intensos frios del alma: la hora en que los cuervos de la tristeza caen en bandas sobre el corazón en busca de un resto de alegría que devorar. Enmudecen los ruiseñores, se van las golondrinas, se deshojan los árboles, se nubla el cielo, palidece el sol, y nosotros, así que el mes empieza con sus fiestas funerales, caemos de rodillas delante de la tumba y consagramos una oración a los muertos. Que triste es este mes !Qué sombrío! El tin tan, acompasado, solemne, fúnebre de las campanas tocando á muerto le despierta la nieve suele ser frecuentemente su sepulcro. La pintura pudiera retratarle copiando un cementerio, una corona amarilla, una sepultura ó una cruz: la poesía necesita subir á las ramas de los sauces para escuchar sus quejas y bajar á las tumbas para preguntarles sus secretos.

El alma vive un dia del pasado y se olvida de sus agitaciones y de sus esperanzas con el recuerdo de los muertos: entre una oración y una lágrima aportamos con horror la mirada de las negras amarguras del vivir y soñamos con la inmortalidad en el cielo. Para la naturaleza, el cierzo y el frio, para las ilusiones. el desengaño.

Dia de difuntos!

Cuántas historias, tristes que recordar! Cuántos remordimientos no acallados. Cuántas miserias y cuántas desventuras!

La fiesta de los muertos tiene algo de fantástica y extraña. Un rio de gente que va a los cementerios, alegre como a una romería, y vuelve triste como o bajo la impresión de una desgracia inconsolable, los camposantos convertidos en exposición de coronas, figuras de porcelana, cintas negras, frases de dolor, trajes de luto y lámparas y farolillos que llevan en sus cristales pintada la muerte., la pobre cruz de

madera, en que el sol ha puesto su mirada de fuego y el panteón donde ha dejado el arte sus impresiones y su imborrable sello, la soberbia., poesías elegiacas, que causan más horror que la tumba, millares de luces que, cerrada la noche y vistas desde lejos, parecen un aprocésion de fuegos fatuos.

De vuelta de los cementerios, la gente llena los teatros ansiosa de ver cómo D. Juan Tenorio vence o Mejía, enamora á Doña Inés, mata al Comendador y alcanza la gloria.

La fortuna de este tipo de legendario consiste en ser á un mismo tiempo supersticioso y valiente, terrible y compasivo, burlador y enamorado, credulo y ateo.

A un estudiante le preguntaron examinándole de literatura española:

—Por qué es DON JUAN TENORIO un drama religioso?

—Porque enseña que se deben robar monjas y matar comendadores para ir al cielo.

Otra nota festiva en el concieto de la luctuosa fiesta de los muertos:

En la lápida de una sepultura de uno de los cementerios de París se leía lo siguiente:

“Aquí yace Don fulano de tal. Su desconsolada viuda sigue vendiendo manteca por mayor y menor.”

La noche de difuntos es la noche de los ensueños terribles, de las apariciones amenazadoras, de la poesía tétrica y nebulosa. Brujas y duendes nos obsequian en sueños, en palacios de arquitectura extraña, con bailes parecidos al de ROBERTO EL DIABLO. Soñamos con el infierno que DANTE visitó llevado de la mano por Virgilio, y oímos chocar de huesos, gritos y carcajadas, ayes de eterna desesperación. Vemos la muerte cerca de nosotros, como Hamlet veía la sombra de su padre. Y al despertar no es raro que queriendo refugiarnos en nuestro corazón, asustados de tantas escenas terribles, encontremos en él, como FIGARO, este letrero espantoso: **AQUI YACE LA ESPERANZA!**

Os parece todo esto muy triste? Yo hubiera querido ofreceros mejor un cuadro alegre con muchas flores, mucha

alegría y mucha luz. Pero el día de difuntos no los tiene. En los cementerios no nacen mas que las flores amarillas de la muerte, y esas para adornar las tumbas haen falta. Esperemos!

Un recuerdo y una esperanza forman el paréntesis que encierra la vida.

Miguel Moay

(*La Actualidad. Semanario Ilustrado.* Año I, n. 3, México, 1 nov. 1885, p. 18.)



LAS CALAVERAS

EN TODOS los pueblos del mundo, aun en los más bárbaros existe el culto de los muertos, el respeto á la majestad del sepulcro y es porque, ante el inponente silencio de una tumba, el hombre más frívolo se formaliza y siente su alma invadida por ideas que participan de la terrible gravedad del eterno misterio. Y es también porque el recuerdo de los seres que nos fueron queridos nos sumerge en honda melancolía.

Sólo en México (nos contrasta el decirlo) se falta a esa costumbre, convirtiendo el día de difuntos, el día de la conmemoración de los muertos, en una especie de carnaval fúnebre.

Lo decimos sin ambages: no conocemos nada más idiota, nada más estupidamente sacrílego que eso que aquí llaman *las calaveras*. Tomar por pretexto el día de difuntos, el día del recogimiento, el día en que todos lloran la ausencia eterna de algún ser adorado, para decir chistes y bufonadas y poner el próximo en caricatura, nos parece una cosa tan repugnante, como lo sería pasear por las calles un esqueleto vestido de Arlequín al cual se le obligará a esgimir la marota y el gorro de cascabeles de Triboulet; ¡Respeto a las tumbas! ¿Desde cuándo, para zaherir a los vivos, se necesita llegar hasta la profanación de los muertos?

Lo repetimos: esas bufonadas y esas caricaturas, en semejante día, nos parecen estúpidamente sacrílegas.

Y si nosotros tuviéramos autoridad para ello, terminantemente prohibiríamos, por el buen nombre de México, esa costumbre impía.

Sólo á un genio como Shakespeare y á un supuesto loco como Hamlet puede permitirseles que, durante el silencio de la noche, digan payasadas en un cementerio.

Pero ¡por dios! no permitamos que los copleros invadan los campo santos a la luz del día de las *memorias tristes*, para bailar, sobre las amarillas flores de las tumbas una zarabanda literaria.

Los atentados al pudor se castigan en todos los países cultos.

¿Hay algún atentado mas bestial que ese atentado al pudor de la muerte.

Señor Gobernador del Distrito, ifuera esa indecencia lúgubre de nuestras calles!

Rigel

(*La Actualidad. Semanario Ilustrado.* Año 1, n. 3, México, 1 nov. 1885, p. 18.)

CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

LA RELIGIÓN, guía divina del hombre, que lo recibe al nacer de los brazos de la madre, y lo acompaña durante su vida, dedica un acuerdo todos los finados haciendo un llamamiento á la humanidad para que entonces una plegaria por los que nos han precedido en la señal de la fe, y duermen tranquilos el dulce sueño de la paz. La Iglesia Católica en este día, después de rezar por todos los santos no comprendidos en el santoral, anuncia, con el tañido fúnebre de las campanas, el momento solemne del recogimiento y de la oración, para recordar a nuestros seres más queridos, estableciéndose el mudo diálogo del que vive con el que ha muerto cuyos ecos se suceden en el espacio como un tierno gemido, como la halagadora esperanza de la resurrección universal.

Las tempestades que las pasiones políticas levantan, el orgullo de clase, de riqueza ó de ciencia, las rivalidades que se fomentan, las odiosidades que nacen de la envidia, de la opulencia, de la vanidad, todo lo que alimenta la vida del hombre teniendola en constante efervecencia, viene a confundirse en el mismo polvo. En la tumba, todo acaba, y sólo se levanta como triste compensación de lo efímero de nuestra existencia, el vago recuerdo de afectos que se van extinguiendo como el fuego de un volcán enfriado por la acción del tiempo y de los elementos.

La humanidad vuelve á sus luchas, avanza, se revuelve en el torbellino de las ambiciones y olvida este triste paréntesis, dejando á los muertos en su soledad, para extraviarse de nuevo en el dédalo de los placeres. El ¡ay! que la humanidad en este día exhala, se desvanece luego cual fuego fatuo; y el *REQUIEM* de hoy se transforma mañana en tumultuosa algazara. Por eso no debemos olvidar a los muertos en el único día que les está consagrado, ofreciéndoles el piadoso tributo de la oración.

Todos los pueblos han rendido culto á los muertos: los druidas, sacerdotes de los galos, celebraban esta fiesta como nosotros, en la noche del 1º al 2 de Noviembre, por lo que vemos que algunas de sus prácticas se han conservado entre los pueblos cristianos. En este día solemnizaban con el fuego sagrado la purificación de sus culpas, y creyendo ciegamente en la inmortalidad del alma, enterraban con los muertos sus libros de cuentas como si debieran dar razón de ellos en la otra vida, dirigiendo también cartas a los difuntos, que depositaban en los sepulcros o sobre la pira.

Los hebreos conmemoraban esta fiesta, llamada *SRAD-DA*, en el mes de mayo: reuníanse los sacerdotes en un banquete, y en él discutían los misterios de ultratumba. Este pueblo que conservó en la antigüedad incólume la idea de un sólo Dios, tuvo gran reverencia a los muertos, y sus cantos y plegarias han sido aceptadas por el Cristianismo, ya que de la religión judaica dimana la nuestra.

Todos los pueblos han creído en la inmortalidad del alma: los griegos quemaban los cadáveres considerando que el cuerpo no es más que la envoltura del espíritu, los egipcios, no viendo en la vida sino una peregrinación dirigida hacia la eternidad, se ocupaban más en fabricar sepulcros que casas, como nos lo demuestran aquellas ingentes Pirámides, aquellas vastas ciudades de muertes cerca de Tebas, Licopolis, Menfis y Abidos, donde el hombre debía pasar innumerables años, bajo el cetro de Osiris y de Isis.

En la antigüedad fueron los egipcios quienes mayor culto rindieron a los finados, siendo de lamentar únicamente que llevaran su vanidad hasta más allá de la tumba, pues en las momias se adivinaba la posición social, la alta gerarquía la opulencia del muerto, por haber sido muy distinta la forma del embalsamamiento entre ricos y pobres. Encontráronse algunas momias con la cabeza y el pecho ceñidos de guirnaldas, de flores y de hojas de acanto y de aroma, árbol que se halla en abundancia en todas las orillas del Nilo, la flor del aroma es amarilla cuando está fresca, y tiene tal consistencia,

que se asemeja a una obra de arte, estando sus hojas fuertemente enlazadas aún después de marchitas.

La mayor parte de nuestros escultores representan la muerte bajo la figura de un esqueleto empuñando una guadaña o un reloj de arena. Los libros sagrados, con un aquijón en la mano ó teniendo las llaves del infierno, los etruscos la pintaban con un rostro horrible, colocándole una cabeza de Gorgona, erizada de culebras, entre los romanos la muerte aparece como un genio triste e inmóvil teniendo una antorcha apagada y vuelta al revés, y los helenos poéticos siempre en sus símbolos, le dan una bella representación mostrándonosla con un pié alado, cerca de un caduceo, y una mariposa encima que emprende su vuelo.

¡Esta mariposa es la imagen del alma subiendo al cielo!

México, octubre de 1885
Francisco de Paula Flaquer

(*El Album de la Mujer*. Año 3, T. III, T. V, n. 17, México, nov. 1885, p. 162.)



CUENTOS LIGEROS

LOS PAGANOS hacian de todo una divinidad; nosotros hacemos de todo una diversión[...]

Todos los Santos... ¡que se escandalicen todos los diablos!

Muertos... ¿Es cierto, muy cierto, muy señores nuestros de todo nuestro respeto y cariño, que ustedes no vuelben ya por acá, y que nos creen dados á la pena, á la lagrimita y al suspirito, comiendo sin sal y sin azúcar; bebiendo agua de la fuente ó de los arcos, con callos en rodillas, surcos bajo los lagrimales y el devocionario en mano?

¿Sí?... pues *viven* ustedes muy engañados: y para convencerlos y persuadirlos de todo lo contrario, ahora verán sus mercedes ¡Sus dolientes!. Hechid de dinero las escarcelas, las carteras y los bolsillos, y salid al comercio, visitemos los almacenes de tiendas de sastres y modistas, las más elegantes zapaterías, la guantería, la perfumería. ¿No hay modista? aceitemos la "¡Domestica!" ¿No hay máquina de coser? ¡Venga la costurera pesetera! ¿Tampoco hay esto? ¡Pues á cortar y coser cantando, á voltear la polonesa y el chaquet, á cambiar de adornos á los vestidos y sombreros á empeñar unas prendas para desempeñar otras! ¡A pedir dinero con el 50% al mes!

¡Ea! aquí están las inmensas calabazas para hacerlas en tacha, y los tejocotes para la jalea, y los huevos, y la leche, y las almendras para el turrón! Agua se les ha de hacer la boca, á las calaveras y á las animitas.

¡Venid acá chicuelos! allí teneis todo el mundo de la muerte en miniatura, hecho de carton, papel, barro y tejamanil! he ahí el negro catafalco, con sus candeleros de cañaveral, su fúnebres cuartetos impresos en los costados y su calavera de azúcar con su mitra de oropel: voltead la hueca pira y llenandola con sus animitas y borreguitos de alfeñique, con trinitarios de cabeza de garbanzo y ciriales y cruces de popote, con cochecitos-funebres enpenachados

con plumas de pavo, con muertitos amortajados que se sientan con un hilo y con amarillas muertitas que leen sentadas, y con gafas, todas temblorosas, fragmentos impresos de "El Tiempo" y de "El Valedor"

¿Quereis más? Ah la mesita de la ofrenda con su mantel encarrujado, su frasco de vino, su bizcocho de muerto, y su tumbita coronada por una calavera de barro! Aún más? ¡Sí un entierrito de estira y afloja con hospicianos vestidos de negro y obispos vestidos de morado! ¿Más todavía? La fruta ivenga el hondo canasto y hechidlo de fruta de la estación! Id arrojando en él guacamotes tamaños como cirios y jícamas tamañas como calaveras; las doradas y las almibaradas naranjas y el dulce camote morado y amarillo; el helado y el espinoso chayote y el carnozo y azucarado plátano; la exquisita chirimoya y los enmelados rollos de camote que-retano, las verdes y jugosas limas y el coco blanco y fresco; los olorosos perones y otros muchas frutas tan variadas como incitantes.

Entremos ahora á la anticuada cerería y compremos media docena de gruesos cirios vestidos de rosas negras[...] y gardenias, nardos, y violetas; con ramilletes rústicos de negras y espinosas bellotas y de pajizos plumeros, y con coronas de musgo que de ciprés de simprevivas y de inmortales.

A casa! Ensendamos su blanca cera á los niños; vengan los gigantescos bizcochos de á duro cubiertos de azúcar en grano, y el cesto de la fruta, y los enlutados cirios de los mayores, y pongamós la ofrenda a los parientes difuntos. ¡Extraño fulgor derrama la llama de la cera en la estancia! Semejante a una agudizada lengua de oro, lame el aire y llama la atención de los niños que la miran un momento pensativos, para retirarse después á un rincón para practicar la cruel anatomía de los juguetes, riendo á cada apuntación violenta que hacen ellos.

Hoy no pasamos á la mesa, nanita; dénos usted aquí chocolate y biscochos rociados con azCc. Venga el cuchillo: qué inmensas rebanadas color de huevo! Lleve usted ese

biscocho grande para las muchachas. Los niños no quieren chocolate: vienen hartos de calaveras de dulce, de nieve de leche y de mamones. Déles usted una poca de agua y acuéstelos, porque mañana a las cinco hemos de estar en el Zócalo todos para tomar los wagones y llevar la cera y las flores al panteón. Ahora vamos a dar la última mano á los vestidos nuevos. ¿Ha hecho usted todas las compras con anticipación? ¿Han traído toda la ropa blanca? Supongo que dejaría usted muertos y descuartizados el guajolote y la pipilita, y que habrá usted mandado al rastro por la cabeza del señor. Bueno. Ya sabe usted que es cosa de él que come con salsa borracha y pulque de piña sólo en días como mañana y el doce del que entra; para nosotros, mole como platillo principal; el niño come mañana en la Concordia. Ah! muy temprano la leche y el pulque. Se me olvidaba: mañana oímos todo el mundo tres misas.

Reparta usted esta friolera entre las muchachas, y adviértales que ninguna se vaya a vestir de verde ó de colorado. No hay de qué. Hasta mañana!

Y á la mañana siguiente al ver entrar, y salir de los templos enlutadas muchedumbres, y al oír en los campanarios esa ruidos ay melancólica escala descendente que se le llama doble, y al ver marchar rumbo a los panteones multitud de wagones tripulados por compactas masas humanas, entre las que se distinguen caras pálidas, unas y otros apopléticas, torzos completamente escorzados, y pies batiendo el aire, manos abiertas buscando apoyo, y montones de coronas de yerba y de flores, de trapo y de cuentas, ramos de semillas secas y de zacate dorado inmensos *banquets* y cirios de todas dimensiones; al ver todo esto cualquiera creería que la sociedad toda era una gran familia de dolientes, que con el luto en las ropas y el corazón iban á regar de flores que de lágrimas las sepulturas de sus muertos...

Pero si algo llora frente á ellas es sólo la cera, que deja su blanca huella de lágrimas en las ropas y en los sombreros y en las losas del panteon.

¡Dichosa la sepultura, sin luces, flores ni adornos!

La profana curiosidad de los vivos pasará de largo ante ellas!

¡Pobre tumba en cuya lápida haya grabado el amor y el dolor su grito de duelo, su frase del íntimo cariño, su sagrada y eterna despedida! El crítico inberbe, que no sabe la verdadera ortografía de su nombre, se parará ante ella con el cigarro en la boca y la estupidez en la sonrisa y señalando la fúnebre inscripción á sus amigos ó á su barragana, tan necios como él, criticará burlonamente el nombre, el verso, la idea, la incorrección gramatical que en ella vea, y se alejará risueño y triunfante, pellizcando á las gatas, y ofendiendo á las pollas con sus cínicas miradas.

Y alrededor y al pié de los artísticos y religiosos monumentos sepulcrales se verá á la gente del pueblo arrancando la carne de las cabezas de carnero con los enchilados dedos enpinandose los jarros de pulque como en mudos y plebéyos brándis á los muertos.

Y el panteon parecerá haber sido asaltado y acampado por tribus bárbaras que lo examinan todo con curiosidad y lo destruyen con malicia; y cuando allí salgan con el muchacho montado en hombros y abrazando á la mujer por la espalda, enmedio de las oleadas de gente que asfixian á los niños y á los ancianos que ultrajan el pudor de la doncella y la casada, que vacian los bolsillos y hasen agitarse en alto los negros bastones de los fastidiados gendarmes; cuando así salgan, digo, se dispersarán, en la prolongada calzada y el abierto llano, y á la sombra de los arboles ó de las nubes, sentados en estrechos círculos, consumirán alegremente, como en la más animada de las ferias, millares de carneros hechos barbacoa y millares de toneles y corambres pletóricos de pùlque, riendo y cantando alrededor de la mansión de la muerte, como arrojándole el guante á las puertas mismas de su tétrico palacio.

Y después como un complemento indispensable á la feria de la muerte, aquella inmensa multitud repletade barbacoa

y de pulque irá apeñuscarse en las bancas del Zócalo, su paseo favorito, ó á gritar insensatamente alrededor del Kiosco, deleitándose con el populachero repertorio bailable del Sr. Rios toledano ó de otros de sus émulos.

La clase aristocrática, ó que presume de tal, por su parte, va á pasear las costosas y fantásticas creaciones de ese ogro que se llama Moda. á la luz del alumbrado eléctrico, de los farolillos venecianos y de las lamparas japonesas, creyendo cada cual de aquellas perfumadas y estiradas personas, que ella es la que empuña el cetro de la elegancia y de la hermosura, y la que se lleva tras sí todos los gestos de admiración y todas las sonrisas de la envidia.

También allí los directores de conciertos, conociendo el pésimo gusto filarmónico de la aristocracia del tanto por ciento, los deja sordos y hartos de polkas, schottich, mazurcas y danzas, tocadas á todo laton y á trompetazo limpio, para que sepan lo que reciben.

Aquella respetable concurrencia envuelta en seda y perfumes debe salir del *Salon de Conciertos* indigesta de luz eléctrica y de chorritos de agua; de heno, lana y eucalipto, de farolitos tricolores, y sobre todo de schottichs y mazurcas.

(*Diario del Hogar. Periódico de las Familias.* Año 5, n. 46, México, 8 de nov. 1885, p. 1.)

ECOS DE LA SEMANA

NUESTRA población ha paseado mucho y se ha divertido bien en estos días.

La inauguración del salón de conciertos ha sido muy brillante, y reuniéndose ahí todo el México elegante.

La feria de muertos se ha visto muy favorecida por los niños y los que ya no lo son, y se han vendido muchos entierros de garbanzo, ofrendas de cera y muertos de pan.

Algunos de nuestros periodicos han publicado calaveras, distinguiéndose entre ellos, La Patria Ilustrada por el espiritismo con que están escritos sus epitafios...

(*Diario del Hogar. Periódico de las Familias.* Año 6, n. 41, México, 7 nov. 1886, p. 1.)

EL 2 DE NOVIEMBRE

EN TAL FECHA los vecinos de la ciudad de México salen de sus casas a la calle, no en pos de los espectáculos taurinos o teatrales, sino con dirección a los panteones.

En toda vía pública, hay plétora de gentes y de vehículos.

Los próceres van en elegantes carruajes, al trote largo de sus caballos.

Los coches providentes marcado con número color de plata, color de fuego o color de cielo, gimen al peso de familias enteras que se hacen caber en cada uno de ellos, y se deslizan por el áspero pavimento al paso tordo de las escuálidas bestias.

En los wagones de los tranvías no cabe la gente. Hasta las damas van de pie, y en las plataformas.

Por último, quienes no han podido proporcionarse otro modo de traslación que el usado en los tiempos paradisiacos, caminan sobre las plantas de sus pies y van como si amputara el viento.

Un detalle importante:

Si no todo, la mayor parte de los que así cruzan por calles y callejuelas, llevan consigo fúnebres coronas, y cirios y macetas, y lámparas y cruces, y lazos y festones.

La obesa dama que junto a su adorado estorbo y frente a sus éticas niñas, pasa reclinada en sus cojines de su landeau las frescas y rollizas mozas de clase media, mártires en el vehículo de a 50 centavos la hora; y los viandantes de tranvía, y la menuda gente pedestre, todos conducen a la morada de los muertos, caprichosos emblemas de recuerdos.

Es la humanidad que pasa con dirección al sepulcro.

(El Album de la Mujer. Año 4, T. XI, México, 4 nov. 1888.)

LOS MUERTOS Y LOS VIVOS

NADA más natural que honrar la memoria de los muertos en algún acto de respeto ó de simpatía; siendo este, digámoslo así como la continuación del efecto que á ellos nos unió en vida, y como la nueva atadura de los humanos lazos, que aparece romper la muerte.

En todos los pueblos ha habido simbólicas e imponentes ceremonias al dar los vivos su última derrama la madre tierra: unas impregnaban de unguento gracioso los cadáveres, y envolviéndolos en blancos, lienzos, y depositaban en el lugar en que debían dormir, su sueño eterno; otros ponían en el féretro todos aquellos objetos que recordaban la gloria ó el renombre del finado; las armas al guerrero, sus instrumentos propios al artista, los objetos de la ciencia al sabio: algunas hacían proceder los enterramientos de extraños ceremonias, y otros recogían sus cenizas en preciosa urna, la que conservaban como religión venerada.

En todos los antiguos usos, se ve deseado honrar á los muertos; como si la humanidad egoísta quisiera descargar su conciencia con llenarlos de homenajes cuando de nada les sirven, en compensación de no haberles hecho justicia en vida.

Las modernas costumbres, que todo lo han reglamentado, han señalado un día de duelo oficial para consagrar un recuerdo á los muertos.

Bien quedo la viuda divagarse en todo el año, no siendo parca en distracciones, y prepararse inocentemente para contraer nuevos lazos, con tal que el 2 de noviembre mande adornar é iluminar la tumba del esposo muerto, y de que vayan si el tiempo lo permite, á estar unos diez minutos junto aquella tumba.

Tranquilo puede el huérfano, ya que ha heredado gran caudal, entregarse á los devaneos propios de su edad, si al llegar el famoso día 2 no se ha olvidado de dar sus disposi-

ciones con toda suntuosidad que requiere su posición social: con esta cree haber cumplido y pagado la deuda de cariño y gratitud á quien de dió el ser.

Luis G. Rubin

(*El Bien Social*. Año 1, n. 14, México, 1. de nov. 1888, p. 1.)

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

HOY NUESTROS 2 cementerios se encontrarán de seguro, llenos de gente de toda clase y condiciones, como todos los años.

Este costumbre no alterada hace ya muchos años por reforma alguna, aun prevalece sin mas diferencia que la natural que el tiempo ofrece y el doliente puede inventar para identificar la memoria de su caro deudo. El objeto que conduce al cementerio a una o más personas, no puede menos de ser único y exclusivo. Allí jamás podrá notarse otra cosa que el traje apropiado a esa ceremonia sagrada, las flores, las siemprevivas, el ciprés, el rezo, el semblante melancólico, las lágrimas vertidas en silencio, la belleza en fin ardiente, recordándonos a la Virgen María llorando su angustiada soledad.

[...] ¿Qué mas satisfacción para el observador profundo que mirar la tierna solicitud con que una señora o una joven asean y adornar las tumbas ese día? Muchas hay que no dejan de tener las mismas o mayor número de ofrendas todo el año, y aunque este procedimiento no es necesario, en seres de conocida inteligencia en nuestro país, tiene un mérito de suma delicadeza y levantados sentimientos. Mantener recientes las flores a la interperie por medio de un velero constante para perpetuar día por día la memora de un muerto, es tener un corazón todo poesia, todo abnegación, todo subliminal, porque las flores, aun en un vaso de agua y al abrigo de las habitaciones del gusto más refinado, hay que despedirse de ellas pronto para reemplazarlas con otras, quizá irenos bellas, arrojando las primeras al suelo.

Tal es el cuadro que presentarán esta tarde nuestros 2 cementerios, costumbre que no obstante ser la misma desde la fundación de ésta ciudad, llena su objeto, pues nada hay más interesante ni más poético, que la HERMO-

SURA ENLUTADA, visitando segun su costumbre las tumbas de los séres por quienes van allí a depositar su OFRENDA!

(La Revista del Norte. T. XXII, n. 2366, Matamoros, 2 de nov. 1888, n. 2, p. 1.)



CALENDARIO

1º VIERNES. La fiesta de todos los santos. Se exponen las reliquias de los santos en la Santa Iglesia Catedral y en todas las demás que las tienen.

2º SABADO. La Conmemoración de los fieles difuntos. Santos Marciano confesor, Tobías mártir y Eustaquia virgen.

En este día los altares estan privilegiados.

Hoy puede decir 3 misas cada uno de los señores sacerdotes, aplicables a todas las almas en general, a excepcion de cada una que cada sacerdote puede decir por particular difunto, y por la que puede recibir el extipendio ordinario. Las misas son de difuntos, con una oración, según el misal de España. Están concedidas perpetua y generalmente 1800 años de indulgencia, aplicables á las ánimas benditas del purgatorio, á los que dijeren ú oyeren la Santa Misa devotamente en este día.

(*La Razón Católica*. Año 1, n. 7, Mérida, Yucatán, 27 oct. 1889, p. 1.)

LOS MUERTOS

HACE algún tiempo, hablando del día de finados, decíamos: ¿Qué busca, qué quiere toda esa gente que afanosa se dirige en este día a los cementerios? ¿Acaso todo ese anhelo es por dirigir a Dios preces por el alma de los que se fueron? ¿es una peregrinación piadosa? ¿mueve a esa multitud el deseo de contemplar de cerca los despojos de la muerte para meditar en sus terribles misterios? ¡Vanidad! ¡pura vanidad! Los cementerios son en este día tan solo un paseo más o menos atractivo, según que la ostentación del hombre adorna más o menos las tumbas donde reposan aquellas por quienes ya no lleva luto su corazón. Durante el año, una completa soledad reina en esos tranquilos lugares, sólo las aves posando en los árboles que dan sombra a los sepulcros, sólo las flores que abren sus pétalos sobre la tumba del pobre que no pudo adornarla con una lápida, dejando a Dios el cuidado de su poético adorno, son los únicos seres que hacen compañía a las cenizas de los que tanto nos amaron sobre la tierra.

Pero llega un día en que la vanidad llama a las puertas de nuestra memoria cerradas por el más espantoso olvido: “despertad, nos dice: hoy es el día de los finados; el mundo, vuestro amo y señor, irá allá al cementerio donde reposan aquellos restos... ¿no recordais? los restos de nuestra madre, de nuestra esposa, venid, que si ignorais el sitio donde se hallan, de seguro habrá una pomposa inscripción sobre el duro marmol que, más fiel que vuestra memoria, la conservará todavía, adornad esa lápida, porque si el mundo no la encuentra al gusto moderno, dejará caer sobre vosotros todo el peso de su amarga crítica.

¡Oh! no reprobamos el que las tumbas se adornen, sino el espíritu con que esto se hace. Poner por pedestal de la vanidad humana las cenizas de nuestros padres o bienhechores, escribir con estas demostraciones sobre sus tumbas la palabra RE-

CUERDO cuando el corazón pronuncia la palabra OLVIDO, es una mentira que repugna. El cariño se demuestra haciendo el bien a los que amamos, y sólo la oración y buenas obras pueden aprovechar a las almas que duermen en el Señor. Nosotros conocemos una persona que al ver muerta a su hija, tuvo para ella una oración en sus labios, mucho antes de que el llanto subiese a sus ojos, y desde entonces haorado incesantemente por ella. Si acude en el día de difuntos a adornar el sepulcro de su hija, no será la vanidad quien guie su mano ni escribirá una mentira sobre los restos del ser querido.

Por otra parte es tan fácil hacer bien a las ánimas benditas! es tan natural!, tan debido el hacerlo! Hay jaculatorias brevísimas que tienen concedidos trescientos días de indulgencia aplicables a las almas de los muertos, por ejemplo esta:

“En tu concepción, Virgen María inmaculada fuiste. Ruega por nosotros al Padre cuyo Hijo por obra del Espíritu Santo diste a luz.

Hay otras mucho más breves que duran lo que un suspiro y tienen concedidas cien días de indulgencia, igualmente aplicables a las ánimas, como son las siguientes:

¡Jesús mio misericordia! ¡oh dulcísimo Jesús, no seais mi Juez sino mi Salvador!
¡Jesus, José y María, os doy el corazón y el alma mía! ¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía!

Y otras muchas que podeis ver en unas hojitas que al más infimo precio se venden en la librería Católica del Colegio Pio de Artes y oficios. Con sólo pues que en la calle, o al interrumpir por un momento vuestro trabajo o en medio de

él, pronuncieis en voz baja alguna o algunas de esas jaculatorias, hareis mucho bien a las ánimas benditas.

¿Os negariais a hacerlo?

Francisco Flores Alatorre

(El Amigo de la Verdad. Periódico Religioso y Social dedicado a la instrucción del pueblo. 2a. ép., Año 18, T. IV, n. 95, México, p. 3.)

1
 2
 3
 4
 5
 6
 7
 8
 9
 10
 11
 12
 13
 14
 15
 16
 17
 18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100

LA FLOR DE MUERTO

ZEMPOATZUCHITL llaman nuestros indígenas á esas rosas amarillas que alfombran en estos días nuestros campos.

En la ciudades populosas estas flores son vistas con desprecio o con tristeza, las campesinas las miran con amor. Cuando empiezan a nacer en los huertos y sienten en su frente los aires melancólicos de noviembre, la alegría llena su corazón porque si tienen ofrenda para sus muertos: ¡para sus muertos que han sido abandonados durante un año!.

Los poderosos, los señores de la tierra, levantan en panteones, propios monumentos y capillas de marmol decorados de oro para honrar á sus deudos; los que no tienen riquezas, los pobres, llevan á sus tumbas solamente flores de muerto, que salpican con sus lágrimas.

El Zempoatzuchitl es la flor de los pobres, está en sus huertos, en sus ofrendas y en sus tumbas. Las llevan al sepulcro de sus padres y esperan que cuando ellos desaparezcan de la tierra, sus hijos lleven esas mismas flores como el único adorno de sus lápidas.

En la tumba de los reyes hay cetros y coronas, en la de los héroes laureles, en la de los sabios inscripciones bien meditadas, en la de los pobres flores de muerto.

Este es el último presente del amor y de la gratitud.

Durante la vida podemos lograr honores y riquezas, podemos recibir obsequios de valia que representan gran trabajo, después de la muerte, el más grande presente para los muertos, son la creación á Dios por su descanso y las flores en su tumba.

En este día, los sepulcros abandonados y polvosos inspiran dolor y tristeza. Las que los habitan no tienen deudos ó estos entre las locuras de la vida se han dudado ya de los que los adelantaron.

Una tumba sin flores, es un altar en que no hay ceras escondidas, un lugar olvidado de los hombres que no humedece ni una lágrima [...]

Los indígenas en medio de su ignorancia, nunca abandonan los sepulcros sin inscripción de sus muertos y con flores amarillas los adornan este día.

Los grandes esperan en vida que en su tumba se haga el compendio de sus glorias humanas, las pobres para nuestra tumba solo esperamos flores de muerto.

(*El Heraldó*. Año 1, T. II, n. 195, México, 2 nov. 1889, p. 3.)

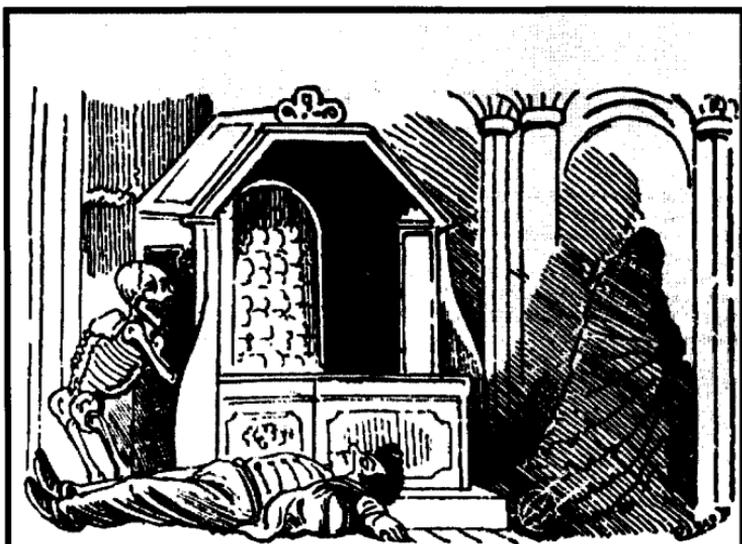
LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

DE LA "GACETA de México" de noviembre de 1734 tomamos lo siguiente: "El día 2 se celebró con toda pompa fúnebre general y continuos dobles en todas las iglesias, capillas, ermitas y capiteles de dentro y fuera, arrabales, conternos y extramuros la conmemoración de los fieles difuntos que tuvo principio en la religión de S. Benito, en donde San Odilon, Abad de Cluni, que falleció en 1048, á los 87 años de edad, en fuerza de una revelación hecha a un virtuoso monje, ordenó que en todos los monasterios de la ciudad (fuera de los sufragios por ánimas del purgatorio que entre año se ofrecian) se señalase el día segundo de noviembre, y que á este fin todos ofreciesen sus misas y oraciones, como así desde entonces se observó; y esta revelación dió motivo para los Santos Pontífices ordenasen en toda la iglesia se hiciese el mismo día de conmemoración y aplicación de las misas, sufragios y oraciones de toda ella por las almas del purgatorio.

El solemne verso de *Requiem eternam* que tantas veces se repita, según afirma Michael Timoteo, lo compusieron los Apóstoles.

Los responsarios de las lecciones de Mauricio, Obispo parisiense, y las oraciones, unas se hallan en el sacramentario de Gregorio Magno y otras añadió San Pío V.

(*El Universal*. T.V, n. 161, México, 2 nov. 1890, p. 2.)



LA CONFESION DE UN ESQUELETO



UNA APARICION

HUMORADAS DOMINICALES

LA CIUDAD ha ofrecido en estos días un aspecto animadísimo; parece que al llegar hasta nosotros estas fechas se amalgama la alegría y el dolor. Con el 1º y 2º de noviembre, los habitantes de esta capital adunan sus sufrimientos con sus alegrías y se lanzan á las calles para mostrar rostros placenteros en el día de "Todos los Santos", y al siguiente en el día de los difuntos, van a llorar a los panteones en medio de grandes cirios, y vanidosos sepulcros.

Sin embargo México ofrece consuelo para todos los dobles del día de los difuntos. Unos, los privilegiados de la fortuna, ó los que empeñan todo lo empeñable, para aparentar lo que no son, van en la noche al concierto de la Alameda. Los otros los que no figuran, se encierran en sus respectivas casas, y los demás, los que puedo llamar los desheredados, van á mitigar su sentimiento en los figones, apurando los fenomenales vasos de blanco licor.

Los panteones de esta capital, desde el aristocrático de los franceses hasta el humilde de la Villa de Guadalupe reciben en este día numerosas visitas. En el primero junto al Español, el del Tepeyac y el Americano podran admirarse ricos monumentos y elegantes lápidas; en el segundo como en el de Dolores, las toscas cruces donde va nuestro pueblo á *llorar al hueso*[...]

(*Diario del Hogar. Periódico de las Familias.* Año 12, n. 44, México, 6 nov. 1892, p. 1.)

SANTOS Y MUERTOS

EL NIÑO rico, acompañado de respetuosa ama de llaves, que se conserva á distancia; entra á un gran almacén y compra sin regatear los más caros juguetes, que el criado de librea transporta con gran cuidado, y con cierta envidia, porque tiene hijos, al coche que queda parado por ahí cerca.

Goza con ellos un instante, enseñándolos á la mamá que lo besa, al papá que lo acaricia, á los hermanos que lo abrazan, á las visitas que lo aplauden y á los criados que lo adulan.

Si hay un caballito de cartón que estiran, todos se apresuran á atarle lijera cuerda de seda; si es un velocipedo todos a quieren montarlo y enseñarle su manejo; si es un fusil, se dedican á dar la indispensable instrucción; si es un trompo con música, se lo arrebatan los unos unos á los otros, queriendo cada quien ser el primero en iniciar al niño á los secretos del mecanismo; y si ese mismo trompo, al bailarlo, salta y le revienta las narices á uno de los visitantes este, entra tal cual lagrimilla furtiva que le provoca el dolor del golpe, y dominando los naturales pucheros, se muestra muy complaciente y dice "No fue nada" cuando tal vez usa lentes y las narices para él son todo.

Pasadas unas horas, el chicuelo se fastidia de sus santos y sus muertos y hastiado de ellos los abandona, á los hijos de la portera que los ven como reliquias ó á los dientes laudo falderillo, que los destroza en un momento como trapos inservibles.

En cambio el otro chico, el arrancado, se resuelve á mendigar por el centro de la población lo que no ha conseguido en el arrabal, y con tal resolución, pata en el suelo y sin sombrero, pian pianito se dirige al nuevo campo que piensa explotar, ó por bien, aburriendo con todo planidero á algún transuente que al fin le arroja unos centavos con desprecio ó por fuerza, atisbando un bolsillo mal cuidado, que sea á propósito para sustraer su contenido.

Va por en medio del arrollo aventando con la punta de su deforme pie cuanta basura se encuentra al paso; el ojo atento al piso, buscando que la fortuna le depare una moneda tirada y medio escondida entre dos canteras, y silba que silba la polka de moda en el organillo que noche á noche toca por su apartado barrio.

LLega donde el ruido de la multitud simula una colmena, y allí. abriéndose paso como puede, metiendo codo y cabeza, atropellando á todo el mundo, se cuela por aquí, se vuelve por allá, enredándose en las piernas de los paseantes; en todas partes anda y por todas partes busca, hasta que consigue, si el gendarme no lo priva de su libertad de acción, centavo pedido por un lado pañuelo robado por otro, que luego realiza á ínfimo precio, reunir tres ó cuatro monedas de cobre, para comprar la calavera de rigor; esto es, si no se le coge de un puesto contra la voluntad del descuido del dueño.

Toma con veneración el codiciado dulce ocultando como puede entre el cuero y la camisa, y salé á un lugar apartado y silencioso, para contemplar á su sabor aquel cráneo que excitaba sus deseos hacía ya muchos días. Lo acercaba observando la cándida blancura del azúcar; lo retiraba en busca del efecto que en él hacen los ojos figurados con papel dorado, le cuenta los dientes, le espulga la monda nuca y las duras quijadas y hasta besa la malhecha cruz del mismo dorado papel que tiene pegado sobre la frente.

Media hora de contemplación y vienen las vacilaciones de si conservará su calavera por toda la vida, ó se la comerá desde luego.

Angustias infinitas le torturan, resoluciones contrarias le acongojan; quiere mordela y la acerca pausadamente á su boca, más con impulso rápido la retira para, observarla entera por última vez. ¿Qué haré? — se pregunta á si mismo y la calavera le contesta incitándole á que pege una tarascada en el hueco de una oreja, y á la vez, que a deje intacta para maravilla y codicia de todos los pilluelos que habitan la

misma casa de vecindad en que él vive. ¡Tan varias son así las sensaciones que experimenta á la vista del dulce!. De pronto sus ojos se animan, da un respingo y chilla de placer; vuelve receloso la cara a todos lados temiendo ser sorprendido, y violento, agitado, ¡zas! pega sabrosa lengüetada en aquel cráneo que tiene entre sus trémulas manos, escondiéndolo enseguida entre los pligues de la mugrosa camisa.

A encontrado la solución para saborear y conservar al mismo tiempo sus Santos y Muertos, y gozoso de tal caso, se relame aún los labios por el lambetazo aquel, y silba de nuevo con más fuerza la polkita aquella, mientras piensa en un lugar seguro para ocultar su tesoro....

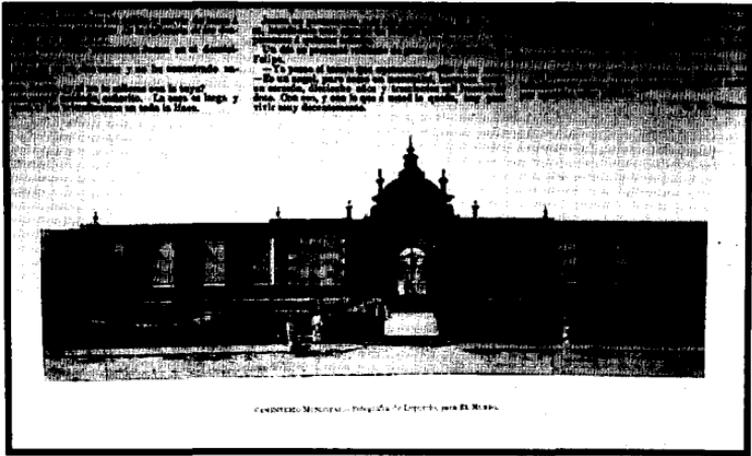
¿En el caño?...¿en las botas viejas de padre?... ¡Dónde quiera, con tal que no se la roben, porque en él cifra toda su felicidad.

Entre tanto los niños, con los Santos y Muertos piensan solo en chucherías y golosinas, los grandes tienen atenciones de otro género, con sagrados recuerdos y plegarias á sus deudos, y haciendo que las coronas fúnebres adornen el sepulcro del hermano que blandones flameen con pálida y vacilante llama ante la tumba de la madre.

Yo, que comparo el gozo de los chicos con el dolor de los grandes, no puedo menos que exclamar con cierta tristeza, ¡Si aún pudiera importunar con los santos y los Muertos [...]

Joie

(*El Heraldó*. 2a. ed., T. III, n. 103, Guadalajara, 2 nov. 1893, p. 2.)



MUSEO NACIONAL DE HISTORIA DE ESPAÑA, por E. BARRA

EL PANTEON ESPAÑOL

Desde las primeras horas de la mañana, la infinidad de vagones, de la Plaza de armas, salían cada hora para aquél panteón, iban completamente llenos de selecta concurrencia.

La hermosa fachada de aquél sementerio, estaba severa, pero elegantemente adornada, con grandes cortinas negras musgo y flores.

Más adelante, la vista se perdía entre los monumentos que, artísticamente adornados, lucían sus bellezas de mármol, bronce y piedras.

Entre esos monumentos lo que más resaltaban por la severidad de sus fúnebres galas, eran los de las familias, Toriello Guerra, de la de Hidalgo, de Tereza de Sainz].

(*La Nación*. Año 1, T. I, n. 15, México, 3 nov. 1894, p. 2.)

Episodio dramático en un cementerio el día
de difuntos
DESDE UNA TUMBA¹

INTERIOR de una tumba de mármol esculpado lleno al exterior de coronas, flores, negros crespones. En el fondo de ella y en semioscuridad dos ricos ataúdes, en el que descansan los esqueletos de los padres del dueño de la miseria. Una voz (desde el ataúd del padre).

¡Qué extraños rumores! El sueño de la muerte que aprisionaba mis sentidos me deja al parecer en cierta libertad, y se me figura volver á la vida. Es de noche. ¡Como me oprimen estas tablas!]

(*El Grano de Arena*. T. 1, n. 17, México, 4 nov. 1894, p. 193.)

¹ Nuestros lectores darán convenientemente valor á esta ficción alegoría, que solo en tal sentido debe tomarse, y unicamente para el cristiano fin que se propone el poeta. Notarán, además, que no á todos los cementerios cabe aplicar su moraleja, sino tan sólo á los de ciertas grandes poblaciones, en las cuales la visita del día de Difuntos ha pasado á ser para muchas personas una diversión, y no un acto de cristiana piedad, como quiere la iglesia que sea.

LAS MISAS DE DIFUNTOS

EL MÁS ÚTIL, el más precioso y el más eficaz de todos los recursos que tiene disponibles la Iglesia para socorrer a las almas de sus fieles hijos que sufren los terribísimos tormentos que son indispensables para su purificación, en la cárcel del purgatorio, es, sin duda alguna, el santo sacrificio de la misa, en que el hombre –Dios se ofrece a dios por el hombre, en que Dios– Hombre se inmola a Dios como víctima de propiciación para el hombre, y en que el hombre Dios pide a Dios, impetrando su omnipotente misericordia en favor del hombre.

Todos las misas, sean del rito, carácter o naturaleza que fueren, el objeto con que se celebren, y el color del ornamento que se use para celebrarlas, constituyen un sufragio; pero de una manera especial las misas de difuntos llamadas de REQUIEM., siendo una de las principales, y que de una manera material las caracteriza, el color negro del ornamento, es decir de la casulla, estola, manipulo, paño de cáliz y bolsa de corporales; el ángulo puede ser blanco.

Estas misas son de cuatro clases:

1ª La Misa en que se hace la conmemoración de los fieles difuntos.

2ª La de obitus ó fallecimiento.

3ª La de aniversario.

4ª La cotidiana de difuntos.

El 2 de Noviembre, los Sacerdotes gozan el privilegio de celebrar tres Misas, con indulgencia plenaria en cada una de ellas, aplicable a las almas del Purgatorio, pero solamente por una pueden recibir estipendio y aplicarla por determinada alma, las otras dos se han de aplicar precisamente por todas las almas del purgatoio y entran al tesoro de la Iglesia.

De estas 3 misas, la primera es la de la conmemoración, la segunda, la del aniversario, y la tercera, la cotidiana de difuntos.

Estas tres misas, se puede decir continuas o interrumpidas; y sólo en la última se consumen las abluciones, que en las dos primeras se depositan en un vasito de cristal, que se cubre con una pali.

En las dos primeras no se purifica el cáliz; y el Sacerdote debe tener cuidado de consumir totalmente el *Sanguín* sin que quede ni una gota, y aplicando los labios en la misma parte de la copa, la que no se ha de enjuagar con el purificador.

En las Misas de difuntos se omiten algunas de las ceremonias ú oraciones de las misas comunes, y se modifican otras; pues en el Sacrificio se observa la tierna solicitud de la Iglesia en favor de las almas de Purgatorio, por quienes se ofrecen de una manera especial.

Lo primero que se suprime es el Salmo Judico que recita el Sacerdote al pie del altar, alternándose con el Ministro; pues en todo él, el que lo recita se refiere á sí asi mismo; y en estas Misas todo es por las almas del Purgatorio; de todo se hace abstracción por ellas, hasta de la doxologia; esa bellísima fórmula con que se invoca á la Augusta Trinidad tantas veces repetida, en cuyo lugar se dice y se repite aunque no siempre *Requiem Aeternam*; así es que hasta la gloria á Dios se reemplaza por la suplica por las almas.

Además, en este Salmo, su inspirado autor, refiriéndose á su alma, le pregunta por qué está triste; y esta pregunta es impropcedente en este caso, cuando las vestiduras de la Iglesia son de luto, cuando sus cantos son gemidos, cuando el dolor le inunda por completo.

Al comenzar el *Introito*, cuya frase es: "Dales, Señor, el eterno descanso," no se signa como en otras misas, sino que signa el Misal, apoyando la mano izquierda sobre el altar; y terminando el Salmo que constituye el *Introito*, se repite el *Requiem*.

La práctica de apoyar la mano izquierda en el altar, cuando se signa el en aire, es común en todas las misas con la advertencia de que antes de la consagración se pone la

mano fuera de los corporales, y sobre ellas, después de la consagración.

No se dice Gloria: este himno de alegría, que le eleva el alma junto á la cuna del Dios-Hombre, acaba entre las elegías de dolor que llena el pecho á los sepulcros de la humanidad.

La Secuencia, conocida con el nombre de *El Dies iroe*, por la frase que se empieza, se dice después del Gradual. Su recitación es obligatoria cuando hay una sola oración; si hay más de una que al arbitrio del Sacerdote recitarla ú omitirla.

Antes de leer el Evangelio, el Sacerdote, inclinado en medio del altar, deice la oración "Purifica, etc.," omitiendo las que vienen después "Dame Señor, Tú bendición," y la siguiente.

No besa el Misal á la conclusión del Evangelio: "Se an borrados nuestros pecados, etc."

También se omite el Credo, que es símbolo de la Fe que profesan lo vivos y cuya ratificación no puedan hacer ya los difuntos.

Al preparar el Cáliz en el Ofertorio, mezcla el Sacerdote unas gotas de agua al vino, como es costumbre, pero sin bendecirla: veamos cuál es el motivo de esta omisión.

En esta mezcla dice San Cirilo, el agua representa el pueblo fiel que se une a Jesucristo, representado por el vino generoso, que unos minutos después se va á convertir en su sangre; para cuya unión necesita ser bendecido; pero como en las Misas de Difuntos, las almas de estos, que están en el Purgatorio son las que se unen á la Sangre del Salvador, que por ellas se ofrece, estando estas almas fijadas ya en la gracia, no necesitan la bendición. En las Misas comunes, esta bendición enseña á los fieles que la unión con Jesucristo sólo se opera por el misterio de la Cruz. Los Fieles Difuntos no necesitan ya de esta enseñanza.

Después del Salmo 25, cuyos versículos del 6 al 12 se recitan en el Lavatorio de los dedos, se suprime el *Gloria Patri*, pero no se dice *Requiem Aeternam*.

El Prefacio siempre es el común: los Religiosos Franciscanos tienen concedido, por privilegio particular solicitado

por el M.R.P. Comisario Fr. Teófilo Sandro, un Prefacio especialmente compuesto por un Religioso Fernandino para las Misas de Difuntos.

En el Agnus, el Sacerdote no se golpe el pecho; y en las dos primeras veces que se pronuncia, en lugar de "Ten misericordia de nosotros," se dice: "Concédeles el descanso;" y en la tercera, en vez de "danos la paz," "concédeles el descanso eterno".

De las tres oraciones que se dicen antes de la Comunión, se omite la primera. Al final de la Misa, no se dice *Ite Missa est*, sino *Requiescant in pace* y no vuelto el Sacerdote hacia el pueblo, sino dando á éste la espalda, y vuelto hacia el altar.

Hay que advertir, que con excepción de las oraciones, todos las preces se hacen en plural, aun cuando la Misa se apliquen por un solo difunto.

No se da la bendición; y después que el Sacerdote ofrece el Sacrificio, besa el altar, y sin volverse hacia el pueblo, para leer el último Evangelio.

Estas modificaciones y estas supresiones, con toda discreción, con todo acierto y con todo estudio determinadas por la Santa Iglesia, imprimir un marcado sello de solemnidad á las Misas de Difuntos: ellas están llenas de misterio y de significación, y derraman dulces consuelos en el corazón del cristiano, que tanto los necesita; desgarrado, como está, por el recuerdo palpitante de los dolores que le han causado la muerte.

En todos sus actos, en todas sus ceremonias, en todos sus preceptos, en todas las circunstancias, la Iglesia hace sentir una dulce, tierna y maternal influencia sobre sus fieles hijos que tienen la dicha de alimentarse con su doctrina, alumbrarse con su luz, guiarse por sus indicaciones y descansar en su regazo; pero en este día solemne por su luto y memorable por su dolor, en que recuerda con nosotros, á nuestros muertos; pide, con nosotros, por nuestros muertos, y pone en vuestras manos sus medios, sus recursos, sus tesoros y sus gracias para socorrer y salvar á nuestros muertos, se muestra

ante el espíritu, verdaderamente solícita, verdaderamente generosa, verdaderamente sublime; y se hace sentir en el corazón verdaderamente tierna, verdaderamente amorosa, verdaderamente dulce, verdaderamente Madre.

Lic. Victoriano Agüeros

(*El Apostolado de la Cruz*, T. 1, n. 27, México, 1 nov. 1896, pp. 389-399.)



Consuélate . . . no llorest

Quadre de Helga Clesau.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
José Peón del Valle 2 DE NOVIEMBRE	7
Guadalupe Ríos de la Torre DESARTICULACIÓN DE UN SIGLO	11
Luis G. Iza LLORAR EL HUESO	17
Edelmira Ramírez Leyva ALEGRÍA DERROCHE Y DIVERSIÓN EN LA FIESTA DE LOS MUERTOS DECIMONÓNICA	21
Rubén M. Campos MUERTE	33
Marcela Suárez Escobar LA MUERTE COMO AUSENCIA	35
Amado Nervo REQUIEM	43
Guadalupe Ríos de la Torre CALAVERAS EN EL ARTE MEXICANO	47
<i>SELECCIÓN HEMEROGRÁFICA</i>	
EL DÍA DE MUERTOS (1850 - 1899)	
AÑO CRISTIANO ABREVIADO	63
Félix Romero LA FIESTA DE LOS DIFUNTOS	65
Fortuno DÍA DE MUERTOS	69

JJ.A.	
EL DIA DE LUTO	73
LOS MUERTOS	77
EL SALON DE ZOCALO	79
S. Catalina	
EL DIA DE DIFUNTOS	83
ESPIRITU DE LA PRENSA. DIARIOS DE AYER	87
D. Ciriaco	
El dia de muertos. COSTUMBRES MEXICANAS	91
De Espinel	
EL OTOÑO Y LAS FIESTAS DE NOVIEMBRE	95
RECUERDOS E IMPRESIONES	
LOS VIVOS Y LOS MUERTOS	97
Francisco Sosa	
Recuerdos de México, 1868	
LA FIESTA DE MUERTOS	101
Florian	
MAÑANA	109
M. Gutiérrez Nájera	
MIENTRAS DOBLAN	113
Figarete	
LA MUERTE	119
Los Inmortales EL DIA DE MUERTOS	123
Robinson	
CRONICA DE LA GACETA	125
Miguel Moay	
NOVIEMBRE	127
Rigel	
LAS CALAVERAS	131
Francisco de Paula Flaquer	
CONMEMORACION	
Y DE LOS FIELES DIFUNTOS	133
CUENTOS LIGEROS	137

ECOS DE LA SEMANA	143
EL 2 DE NOVIEMBRE	145
Luis G. Rubín	
LOS MUERTOS Y LOS VIVOS	147
LA CONMEMORACION	
DE LOS FIELES DIFUNTOS	149
CALENDARIO	153
Francisco Flores Alatorre	
LOS MUERTOS	155
LA FLOR DE MUERTO	159
LA CONMEMORACION	
DE LOS FIELES DIFUNTOS	161
HUMORADAS DOMINICALES	163
Joie	
SANTOS Y MUERTOS	165
EL PANTEON ESPAÑOL	169
DESDE UNA TUMBA	171
Victoriano Agüeros	
LAS MISAS DE DIFUNTOS	173

Día de Muertos, número noventa y uno de la colección Molinos de Viento, se terminó de reimprimir en el mes de abril de 1997 en los talleres gráficos del Departamento de Publicaciones de Rectoría General. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 gr. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dora Luz Juárez Cerdí.

El lector de *Día de Muertos* podrá recorrer la diversidad de costumbres y rituales que realizaba nuestro pueblo, entre tumbas, flores, comida, llanto, poesía, panes, dulces, juguetes, ausencias y presencias, a través de una selección hemerográfica sobre esta festividad en la segunda mitad del siglo XIX.

GUADALUPE RÍOS, EDELMIRA RAMÍREZ Y MARCELA SUÁREZ

DÍA DE MUERTOS



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo